
CRÓNICAS MÁGICAS
1
EL ÁRBOL ÚNICO
DAVID J. MORENO
DESTINO


CRÓNICAS MÁGICAS
1
EL ÁRBOL ÚNICO
DAVID J. MORENO
DESTINO

DAVID J. MORENO



# CRÓNICAS MÁGICAS

## 1

## EL ÁRBOL ÚNICO

DESTINO

© Textos por David J. Moreno, 2024
© 2020 by Giunti Editore S.p.A., Firenze-Milano
www.giunti.it
Traducido por David J. Moreno

© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2024
Calle 73 n.º 7-60, Bogotá
www.planetadelibros.com.co

Primera edición en Colombia: octubre de 2024
ISBN 13: 978-628-7579-73-6
ISBN 10: 628-7579-73-0

Impresión: xxxxxxx xxxxxx
Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

Primera edición en formato epub (Colombia): Octubre de 2024
ISBN: 978-628-7579-74-3
Libro convertido a Epub por: Digitrans Media Services LLP
INDIA

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

*Para Dios, a quien doy gracias por este mundo,*
*donde me divertí como nunca.*
*Para mi familia, a quien le debo la mejor compañía.*
DAVID J. MORENO

# Índice

Eran Solo niños
La salamandra Y los dos niños
El Bosque De la dríada
Carta a Cola Roja
La casa de Al Fir Darrig
Sílgard, La ciudad de roca del este
El concilio de Gudrun
El camino de Hundí
Más allá del frío Camino
De lo que sucedió cuando perdieron el Camino
El caballo de agua
La marcha de los merrows Y El camino hacia Qultre Dhagar
El montaraz Mago
La batalla por Qultre Dhagar
El árbol único
La luz de la Estrella y el Camino a casa
Ar Agor
Agradecimientos

# Eran Solo niños

Gabe y Nancy nunca habían visitado a su abuelo solos. Su hogar estaba al sur de Irlanda, en Glendalough; «el lugar más apartado del planeta», según Nancy. Aún eran demasiado pequeños para decirles *no* a sus padres, sabían que estas vacaciones serían aburridas y, de seguro, tenían razón. ¿Por qué? Bueno, si tienes diez y once años, no mueres de ganas de ir a un lugar como este y dejar a tus amigos para ver a tu abuelo, pero como he dicho antes: eran demasiado pequeños para decir que no.

Gabe era un chico muy serio; le gustaba investigar, examinar los insectos y construir cosas usando su imaginación. Solo tenía un amigo, Aidan, un chico un año menor que él, que sufría de alergia aguda; era raro verlos juntos, pues Gabe dividía su tiempo entre encerrarse en su habitación para crear artefactos con partes de sus juguetes y estar en la tierra y las flores del jardín, buscando entre las petunias de su madre algún gusano listo para salir de su crisálida y convertirse en mariposa. Nancy, por el contrario, amaba leer y se la pasaba sentada en el despacho de su padre leyendo todo tipo de historias. Aunque había empezado con historias de princesas y de príncipes, ahora solo estaba interesada en las de piratas, ladrones y reyes. Su otra pasión eran los mapas y las constelaciones, así que podía identificar, en una noche estrellada, cuál era la Osa Mayor.

El día antes de la partida, Gabe estaba sentado en el patio de la casa con un grillo entre sus manos sucias, observándolo de cerca, mientras Nancy leía *Moby Dick* sentada en el columpio.

—¿Crees que vaya a durar tanto el viaje? —preguntó Gabe a su hermana, elevando el insecto para examinarlo a contraluz del sol.

—Papá y mamá dicen que será breve —suspiró la niña, cambiando de página.

—Lo sé, pero… no es solo eso. Es que el abuelo es tan gruñón —replicó Gabe.

—Es verdad. Cuando estamos allí siempre nos manda a dormir temprano, sin importar lo que le digamos.

—Yo creo que quiere parecer más enojón de lo que es.

Nancy y Gabe nunca habían pensado en su abuelo como una persona alegre y feliz, sino como alguien serio y un poco malhumorado; pero era el único abuelo que tenían y debían visitarlo cada primavera, obligados por sus padres, Anton y Mildred. Los dos hermanos siempre habían ido con sus padres; sin embargo, esta vez debían ir solos, pues mamá y papá tenían que ir a Londres por trabajo durante un mes entero.

Al caer la noche, Gabe y Nancy fueron a dormir con la certeza de que el viaje sería el más aburrido del mundo.

En la mañana, Nancy puso sus tres libros más preciados en la maleta junto con su oso de peluche, se ató el cabello en una cola y bajó al primer piso. Gabe sabía que en Glendalough

encontraría insectos magníficos, así que llevó consigo su lupa, un microscopio que su padre le había regalado por su cumpleaños, algunos frascos de vidrio y su ropa; cerró la maleta con fuerza y bajó rápidamente las escaleras hasta alcanzar a su hermana. Afuera, en el jardín, su madre y su padre esperaban de pie cerca del coche que habían alquilado para llevar a sus hijos; Anton metió las maletas en el baúl y después ayudó a los dos niños a subir.

—Mis niños, se van a quedar un rato sin su mamá, pero el abuelo Angus los cuidará, no tienen que preocuparse —dijo la madre, pellizcándoles las mejillas.

—Ayuden al abuelo; es un hombre mayor y no puede hacer muchos esfuerzos —dijo Anton, poniéndoles el cinturón de seguridad—. Espero que se comporten bien.

—Sí, papá —contestó Nancy—. Pero, por favor, vuelvan pronto.

—Sí, papá —siguió Gabe—. Por favor… no nos dejen tanto tiempo solos.

Por respuesta, Mildred les pellizcó los cachetes de nuevo.

—Mamá, no somos bebés —replicó Gabe sobándose la mejilla.

—Sí lo son; para mí siempre lo serán. —Le dio un beso en la frente a cada uno—. Se hace tarde. Ya es hora de despedirnos.

Anton repitió el gesto de Mildred y cerró la puerta del coche.

Por fin los chicos detallaron al hombre sentado frente al volante: de cabello negro y mirada seria, asentía por el retrovisor. Encendió el coche y lentamente se alejaron, dejando atrás la pequeña casa en las afueras de Dublín. Nancy y Gabe se giraron en sus asientos y observaron por el parabrisas trasero del coche a sus padres, cada vez más pequeños. No se lo dijeron, pero ambos sintieron que no volverían por mucho más tiempo del que pensaban.

El hombre que conducía no habló durante todo el camino. De vez en cuando echaba una mirada por el retrovisor, sin decir nada. Tras poco más de hora y media, entraron en Glendalough; ambos sintieron un nudo en el estómago. Los árboles eran cada vez más altos, los bosques parecían no terminar e impedían que se adivinara a dónde los llevaría el camino. Aparte de los árboles, solo veían ovejas en la carretera.

Quince minutos después, vieron una pequeña colina en la que se alzaba una pequeña casa; más allá se veía otro bosque, más espeso que los que habían visto jamás; parecía una pared verde, el fin del mundo. Gabe tragó cuando vio a su abuelo bajo el pórtico de la granja, junto al buzón adornado con una pequeña campana que sonaba cada vez que dejaban la correspondencia.

El coche se detuvo. El hombre que conducía bajó y abrió las dos puertas para que los niños salieran. Tomaron aire y fueron a saludar al abuelo Angus: tenía una espesa barba blanca, igual que su cabello; ojos azules, como los de Gabe y Nancy, y un rostro arrugado que no dejaba espacio a otra expresión más que la seriedad. Llevaba el mismo bastón de siempre, el mismo reloj de bolsillo sujetado a su chaleco y el mismo sombrero gris de toda la vida.

Angus los miró de reojo sin decir ni una palabra.

El conductor bajó las maletas, cerró el baúl, dio un rápido apretón de mano al anciano, encendió el coche y se alejó.

—Buenas tardes, abuelo —dijeron los hermanos al mismo tiempo, mirándolo fijamente.

—Buenas tardes. ¿Trajeron todo? Hoy no iremos al pueblo. Esperaremos hasta mañana —dijo mirando primero el cielo y luego el reloj.

—Sí, señor —contestaron al unísono.

—Está bien. Entren; está haciendo frío. Tomaremos chocolate caliente. —Dio media vuelta y entró en la casa.

Gabe y Nancy observaron la fachada de la casa; parecía sacada de un cuento: con el techo

alto y las ventanas pequeñas, una enredadera creciendo entre los muros y la pintura amarilla algo descolorida por el tiempo. Tras una corta mirada, siguieron los pasos de su abuelo. Adentro, parecía que el tiempo no hubiera corrido jamás; la casa era exactamente como la recordaban: la mesa para el té, el sillón junto a la chimenea, las fotografías de la abuela en la encimera, el suelo en madera, el empapelado de los muros con flores blancas. Era extrañamente acogedora. Seguía tal cual su abuela la había dejado, como si el abuelo Angus conservara todo en su lugar solo para recordarla… Y así era: todo estaba dispuesto como un homenaje a la abuela Rosetta.

Entraron en la cocina, el lugar más pequeño de la casa, con horno de leña, estufa de carbón, una mesa de roble con sus sillas y una puerta que daba a la parte trasera de la casa, al bosque impenetrable. Dejaron las maletas en el suelo mientras su abuelo servía el chocolate. Se sentaron en silencio frente a sus tazas humeantes.

—¿Recuerdan las reglas? —dijo con voz dura.

Los dos asintieron, recordando la última vez que habían venido.

—Quiero que me las repitan —ordenó.

Gabe le echó una mirada furtiva a su hermana antes de hablar.

—Primera: no debemos hacer ruido —empezó Gabe.

—Segunda —continuó Nancy—: no debemos tomar nada que no sea nuestro.

—Tercera: no podemos alejarnos de la casa —siguió Gabe.

—Cuarta: debemos ir a dormir antes de las siete de la noche —concluyó Nancy.

El abuelo asintió a gusto por la buena memoria de los niños, se puso de pie y miró su reloj nuevamente.

—Hay una nueva regla —dijo mientras se guardaba el reloj en el bolsillo.

Nancy y Gabe dieron un sorbo de chocolate. Siempre había sido estricto, pero ahora lo parecía más. Sus padres les aseguraban que antes, cuando la abuela Rosetta vivía, él era un abuelo como los demás, pero que con el tiempo se había vuelto un poco más huraño.

—Quinta: no deben salir de sus habitaciones en la noche, aunque escuchen algún ruido, sea cual sea, ¿entendido?

—Sí, señor —contestó Nancy.

Gabe estaba distraído con una mariposa que había entrado en la cocina. Volaba hacia él muy lentamente con sus alitas amarillas, llevada por la brisa. Entonces un manotazo rápido acabó con la vida de la mariposa. Cuando Gabe levantó la mirada, vio a su abuelo abrir la mano con la que acababa de matarla. Nancy le dio un golpe con el codo izquierdo en las costillas y Gabe tragó saliva, asustado por lo que acababa de ver.

—¿Entendido? —gruñó su abuelo.

—S… sí, señor —dijo bajando la mirada.

—Y no olviden que a la habitación junto a mi recámara está totalmente prohibido entrar. No quiero ver a nadie rondar esa habitación ni quiero preguntas sobre esa habitación. Muy bien, ahora vayan a desempacar, tendrán la misma habitación, como siempre, y los esperaré más tarde para cenar.

Se dio media vuelta y salió de la cocina, dejando solo el sonido de sus pisadas.

—¡Está loco! —exclamó Nancy tomando su maleta.

—No solo eso: también parece que nos odia —dijo Gabe mientras abría su maleta y sacaba uno de los frascos.

Se arrodilló, tomó la mariposa entre los dedos, frunció los labios y negó con la cabeza, la puso en el frasco y lo volvió a guardar en su maleta.

—Es mejor que subamos o de seguro nos hará lo mismo que a este pobre insecto.

Nancy asintió y salieron de la cocina hacia las escaleras de madera; subieron al segundo piso y se dirigieron a sus aposentos de siempre. Antes de entrar vieron la habitación prohibida al final del pasillo; lo llamaban *despacho* porque el abuelo siempre estaba allí, encerrado. Las otras habitaciones estaban repartidas por el pasillo. Cuando entraron en la suya, reconocieron las dos pequeñas camas sencillas, el armario y la ventana que daba al bosque.

—¿Por qué rayos nos habrá dicho eso de la quinta regla? —susurró Gabe.

—No lo sé, aunque ya no me sorprende nada de él. Quizás termine en un asilo. Debe de ser triste que nadie te visite —dijo Nancy acomodando sus calcetines en un cajón.

—¿Qué crees que oculte en esa habitación? No puedo imaginar qué hay allí. —Se quedó un instante pensativo—. Si realmente no quisiera que entráramos, no hubiera dicho nada… Creo que, más que una orden, es un reto —conjeturó Gabe.

—¡Ni se te ocurra! Debemos cumplir las reglas. Si él no quiere que entremos, no entraremos —advirtió Nancy, sacando el resto del contenido de su maleta—. Solo quiero que termine este mes para poder volver a casa, así que procura no hacer una tontería.

Angus siempre los había tratado de una forma extraña, con frialdad, como si hubiese olvidado que eran solo niños y, además, sus nietos. Gabe suspiró y se sentó al borde de su cama pensando en el despacho del abuelo.

Cuando vaciaron las maletas, Nancy puso sus libros en la mesa de noche y Gabe escondió sus frascos bajo la cama. Se cambiaron de ropa y esperaron pacientemente a que su abuelo los llamara para cenar. Después de un rato, escucharon dos golpes secos en la puerta: era el llamado para bajar a comer que conocían desde siempre.

En la mesa hubo un silencio incómodo; solo el reloj de la pared llenaba el vacío. «Si tan solo pudiese silbar», pensó Gabe tomando dos muslos de pollo como si fueran maracas. Nancy sonrió y negó con la cabeza para que se detuviera antes de que su abuelo se diera cuenta, pero Gabe continuó mientras hacía gestos.

Al terminar la cena, sin decir ni una palabra, Angus se sentó a escuchar viejos discos de acetato en la victrola que tenía en la sala. Sin un televisor y sin poder salir, lo único que podían hacer era escuchar música o leer, así que Nancy sacó *Moby Dick* y se sentó en el sofá. Gabe habría sacado sus frascos con insectos, pero temió que su abuelo los arrojara por la ventana, así que se sentó a escuchar a su hermana leer en voz baja, mientras la música resonaba en la sala de estar. Después de un rato, Angus miró el reloj y se puso de pie para detener la victrola. Nancy y Gabe supieron que debían de ser las seis y media y que debían ir a cumplir la cuarta regla.

—Buenas noches, abuelo —dijo Nancy, y le dio el incómodo abrazo de despedida que siempre le daba.

El anciano asintió.

—Buenas noches —musitó Gabe, y repitió el gesto de su hermana.

Subieron a la habitación, se pusieron sus pijamas, apagaron la luz y se metieron bajo las cobijas dispuestos a dormir… Pero, por algún motivo, Gabe no pudo hacerlo; quizás porque extrañaba a su madre o su cama o, más probable, el televisor: era demasiado temprano y a esta hora solía ver dibujos animados o se sentaba a leer sus historietas, pero aquí no tenía nada de eso. Miró al techo y empezó a contar ovejas para intentar conciliar el sueño; llevaba más de mil cuando un ruido lo hizo estremecer: provenía de afuera de la habitación, en el pasillo, y se repetía cada tres segundos.

A través de la rendija inferior de la puerta, vio la luz de una vela que iluminaba el pasillo;

también llegaron a él los pasos del abuelo con su bastón. Entonces hubo silencio de nuevo.

«¿Por qué el abuelo sí puede salir de su habitación en la noche y nosotros no?», se preguntó Gabe. De seguro nunca sabría la respuesta a esa pregunta, así que retomó el conteo de ovejas hasta que se durmió.

A la mañana siguiente, Nancy despertó a las seis para ayudarle a su abuelo a revisar las ovejas, mientras que Gabe se ocupaba de las gallinas. Después de eso, tendrían que llevar las ovejas hasta el otro lado del campo, para que pastaran. Más tarde, mezclaron la mantequilla de leche de cabra y cambiaron el agua de todos los floreros de la casa. Solo cuando terminaron esas labores, desayunaron y fueron al pueblo a comprar algunas provisiones.

El camino al pueblo fue tranquilo. El paisaje era bello y silencioso. Lo único que rompía la paz del ambiente era la vieja camioneta del abuelo, llena de abolladuras oxidadas y con un ensordecedor rugido de motor. Nancy imaginaba qué estaría haciendo con sus amigas en Dublín, quizás hablando de la fiesta de Muriel McGraw el siguiente fin de semana, pero la voz de su abuelo la devolvió a la realidad: pasaría sus vacaciones totalmente aburrida en el lugar más apartado del planeta.

El pueblo era pequeño; no tenía mucho más que unas tiendas, tres restaurantes y una iglesia. Estacionaron frente a una tienda y entraron en ella. Mientras atendían a su abuelo, Nancy caminó por los pasillos de la tienda, curioseando los revisteros. Notó a dos señoras ancianas de pie junto a las neveras; hablaban en voz alta.

—Es verdad, mi abuelo se lo dijo a mi padre y mi padre me lo dijo a mí. Él mismo vio cómo ese ser diminuto corría por el campo lanzando flores al cielo y cantando, pero cuando mi abuelo la vio, la criatura se desvaneció y nunca más la volvió a ver…

—¿Quién puede creer eso? —pregunto la otra—. Son solo historias viejas para asustarnos. Además, ¿qué pruebas tienes de ello?

—No tengo pruebas, pero mi padre dijo que mi abuelo había muerto contando esta historia.

Mientras hablaba, la mujer se fijó en Angus.

—Mira —susurró—, allí está ese viejo huraño de Angus Abbott.

—No puedo creer que no tenga vergüenza de haber insultado a George; él solo deseaba saber si esa granja suya estaba en venta —contestó la otra mujer con una mirada de recelo—. Además, el valor que mi querido George ofreció estaba por encima de lo que cuesta un lugar como… ese.

—Dicen que casi nunca sale de esa granja, que solo lo hace para comprar miel, leche y el diario. Es muy extraño.

—Es una alegría no verlo todos los días.

—¡Nancy! —gritó Angus.

La nieta se giró y siguió a su abuelo y su hermano hacia la vieja camioneta, descargaron las cosas y caminaron hacia un restaurante para almorzar. Todo se hizo en el más absoluto silencio. Cuando terminaron, subieron al auto y volvieron a casa. Durante el viaje, Nancy no pudo evitar pensar: «Parece que todos odian al abuelo».

Cuando llegaron, Gabe bajó de un salto y corrió al interior de la casa. Había encontrado una oruga en el parabrisas y quería verla en el microscopio sin que su abuelo se diera cuenta.

—Nancy, revisa si ha llegado correspondencia —pidió Angus, mientras entraba los víveres.

Nancy corrió hasta el buzón, abrió la puertecita, haciendo sonar la campana: no había nada. Antes de entrar, observó de nuevo la fachada de la casa. Sí, era un poco vieja, pero no era fea; sus enredaderas le daban un aire mágico. No entendía por qué las mujeres hablaban de ella como si no valiera nada.

—Seguramente solo querían cotillear —se dijo en voz alta.

Mientras caminaba hacia la casa, escuchó la campanita del buzón tintinear tres veces. Se giró y vio que el badajo aún se balanceaba; solo cuando se detuvo, decidió volver al buzón: adentro había un sobre. Observó a todos lados, pero el campo estaba desierto. Tomó el sobre y vio que tenía un sello de cera que lo mantenía cerrado; del otro lado tenía un escudo con un candelabro, con una sola vela en el medio, y una mano enguantada que apuntaba a la luz; también estaba la información del destinatario:

*PARA: ANGUS ABBOTT*
*Sr. A. Abbott F. Fingersmub,*
*B101.*
*Condado de Wicklow,*
*Glendalough.*

En la esquina superior derecha, con letra a mano pequeñísima, decía:

*Pedimos a la señorita Nancy Abbott entregar*
*este sobre al señor Angus Abbott. Gracias.*

Nancy, confundida, caminó lentamente hacia la casa. No sabía qué misterio la atraía más: el origen de la carta, el sello de cera, el escudo o la indicación dirigida a ella. Cada dos pasos giraba la cabeza para ver si descubría al posible remitente, pero no encontró a nadie. De repente, una sombra se interpuso en su camino; la chica se sobresaltó hasta que reconoció a su abuelo.

—Llegó esta carta para ti. —Fue lo único que atinó a decir.

Angus tomó la carta y, sin decir ni una palabra, entró a la casa.

Nancy lo vio desaparecer y giró una última vez hacia la campana del buzón: estaba inmóvil y silenciosa como siempre.

Nancy entró con la cabeza revuelta. Nada tenía sentido. En primer lugar, no había ninguna carretera con el número B101, ya que la única vía que llegaba hasta allí era la R757; en segundo lugar, ¿cómo sabía el remitente que sería ella quién recibiría la carta?, y finalmente, y lo más extraño, Nancy estaba segura de que la carta había aparecido como por arte de magia. Era tanta su confusión que no encontró las palabras para contarle a Gabe.

Esa tarde, el abuelo parecía más enojado de lo habitual; incluso los hizo ir a sus habitaciones un poco antes de lo normal. Aquel mal humor se prolongó por un par de días. Ya no solo no hablaban; casi ni lo veían: pasaba aún más tiempo encerrado en su despacho y caminaba por los pasillos con cara de preocupación.

Hasta que una noche, después de cenar, encerrados en su cuarto, Nancy rompió el hechizo del silencio. Sentía que hacía mucho no hablaba, ni siquiera con su hermano.

—¿Has notado más extraño al abuelo? —preguntó viendo el techo de la habitación.

—No, para mí sigue igual de extraño.

—Yo creo que está preocupado. Parece más pensativo que de costumbre. —Por fin miró a su hermano y encontró que jugaba con una lupa en las manos—. Está más extraño desde que recibió esa carta.

—¿Cuál carta?

—Hace unos días encontré una carta en el buzón; era muy rara… Tenía un sello de cera, un escudo, e iba dirigida al abuelo, aunque en el sobre me pedía a mí que se la entregara. Desde ese día se comporta extraño, más de lo común.

—¿Y qué decía la carta?

—No lo sé, no era para mí, así que no la abrí… Pero puedo apostar a una cosa: no portaba buenas noticias.

# La salamandra
# Y los dos niños

Pasaron dos semanas. Dos semanas tediosas en las que casi ninguno de los tres hablaba. Dos semanas con pocas salidas al pueblo para comprar víveres.

Durante casi todas las noches, Gabe escuchaba los pasos y murmullos de su abuelo por el pasillo y veía la luz de la vela que se filtraba bajo la puerta de su habitación. Una vez, no pudo soportarlo más, interrumpió el conteo de ovejas y despertó a su hermana.

—Nancy. ¡Nancy, despierta! Mira —gritó susurrando.

—¿Qué quieres? Es muy tarde…

—¡Despierta!

Nancy se revolvió inquieta en la cama, enojada por la insistencia de su hermano, pero espabiló pronto.

—¿Qué quieres, Gabe? Si es algo tonto, no te lo perdonaré; te lo advierto.

—Es el abuelo. Todas las noches sale de su habitación, hay unos sonidos extraños, hay un silencio y luego vuelve a su cama. Cada… Noche… Es… Igual —Enfatizó las últimas palabras.

—Quizás solo vaya al baño. No creo que haya ningún misterio… Vuelve a dormirte. Mañana tendremos que levantarnos temprano —dijo Nancy, bostezó y acomodó la cabeza en la almohada.

Gabe miró decepcionado a su hermana, aunque realmente no estaba sorprendido: desde que Nancy había cambiado de escuela y de amigos, se comportaba de una forma muy extraña, estirada y sin curiosidad, como si quisiera parecerse a Agnès Alesbury y a Muriel McGraw, un par de niñas mimadas que actuaban como si fuesen adultas, pero no superaban la altura de él.

Se quedó en la cama con los ojos y los oídos muy despiertos. Tomó aire y observó a su hermana, que dormía profundamente de nuevo. Sabía que ella no se despertaría y, si lo hacía, no lo acompañaría, así que decidió aventurarse solo: esperó diez segundos antes de ponerse en pie, para tener valor. Descalzo se acercó a la puerta y la abrió levemente, solo una rendijita para ver, pero no vio más que oscuridad, aunque aún escuchaba a su abuelo moverse por la casa. Asomó la cabeza para confirmar que no hubiera nadie y salió al pasillo. Siguió el sonido de los pasos de su abuelo, llegó a la escalera y descendió siete escalones. Cuando llegó al octavo, lo asustó el silencio.

Los volvió a oír y reanudó el descenso. Con las manos apretadas en puños y haciendo el mayor esfuerzo para que no crujiera la madera, llegó al primer piso. Sentía los pies fríos, pero no se detuvo: la luna llena se filtraba por las ventanas y dejaba ver la sala vacía. Caminó a la cocina y descubrió la puerta cerrada, oyó una voz y pensó que lo habían descubierto, pero por fortuna

no fue así: era su abuelo, hablando con alguien tras la puerta; parecía muy molesto.

—¡Aléjense de aquí! ¡No son bienvenidas en esta casa! ¡Fuera de mi casa!

Gabe intentó abrir la puerta para saber con quién hablaba, pero esta rechinó al instante.

—¿Quién está ahí? —exclamó Angus, acercándose a la puerta.

Gabe se echó a correr a su habitación, saltó por las escaleras y milagrosamente no hizo ningún ruido; se acostó en su cama, se cubrió hasta las orejas con la cobija y fingió estar dormido. Un instante después, la puerta se abrió de nuevo: era su abuelo confirmando que ninguno de sus nietos hubiera incumplido la quinta regla. Solo cuando Angus salió, Gabe soltó el aire; se levantó un poco para ver a su hermana, que seguía profundamente dormida, se dejó caer de nuevo y clavó su mirada confundida en el techo.

—¿Con quién hablaba el abuelo? —susurró.

No tenía ni una pizca de sueño, pero tampoco ni la más mínima idea de algo que explicara el comportamiento de su abuelo.

—¿Con quién hablaba? —volvió a susurrar, pero el sueño le llegó antes de encontrar una respuesta.

Ambos despertaron a la hora de siempre, se organizaron y se dedicaron a sus labores de siempre, Gabe con las gallinas y Nancy con las ovejas. Pero ese día, el tintineo de la campana del buzón llamó la atención de Gabe. Para su sorpresa, encontró una carta. Era parecida a la descripción que le había hecho su hermana unas semanas atrás: dirigida a su abuelo, con un sello de cera, un escudo:

*PARA: ANGUS ABBOTT*
*Sr. A. Abbott F. Fingersmub,*
*B101.*
*Condado de Wicklow,*
*Glendalough.*

Y en la esquina superior derecha, un mensaje en letra pequeñísima:

*Le pedimos al señor Gabe Abbott entregar*
*esta carta lo antes posible al*
*señor Angus Abbott.*
*Lo saluda atentamente:*

*Fedora Fingersmub.*

Buscó a su abuelo y le entregó la carta. Él le dio un vistazo al sobre, luego al muchacho y, con un aire muy contrariado, exactamente como Gabe lo había pensado: se dio media vuelta sin decir palabra alguna y se alejó para abrir el sobre.

Gabe no podía dejar de pensar en aquella carta, pero fue a la cocina, tomó la canasta de mimbre y regresó al gallinero. Recogió los huevos. Las gallinas caminaban a su alrededor, cacareando y dejando algunas plumas en el aire. Sin tener nada más que hacer, se sentó en el suelo de heno y jugó con una espiguilla.

—¡Odio no saber las cosas! —renegó, arrojó la espiguilla, tomó la canasta con los huevos y salió del gallinero.

A lo lejos, observó a su abuelo, con su bastón, como siempre, y con el sombrero, como casi siempre. «¿Con quién rayos estaba hablando? ¿Quién envía esas cartas y qué dirán?», pensaba. «Quizás simplemente se esté volviendo loco… o quizás se esté aprendiendo los diálogos de una obra de teatro», trató de convencerse. Pero sabía que esas no eran las verdaderas respuestas.

Entró a la cocina y dejó los huevos en el mesón; mientras acomodaba su gorro detalló una pequeña ventana en lo alto, sobre la puerta, a la cual nunca le había puesto atención. Apoyado en el vidrio había un manojo de bayas rojas, varias ramitas de serbal y una piedrecilla de ámbar, todo amarrado con un hilo rojo. Se acercó y lo tomó. «¿Qué rayos es esa cosa?», pensó. Se dio vuelta y encontró otro manojo en la puerta.

Fue a la sala de estar y se sentó en el sofá, preguntándose qué era lo que su abuelo escondía; vio otros manojos en la entrada y en la ventana de la sala.

Mientras tanto, Nancy terminó de ayudarle al abuelo y se fue a la habitación para cambiarse de ropa y leer un poco, ya que no había nada que hacer hasta la hora del almuerzo. Se sentó en su cama, tomó su libro *Moby Dick*, pero se le resbaló de las manos. Cuando se arrodilló para levantarlo, notó un extraño rollito de hierbas amarrado a la pata de su cama, giró la cabeza y vio uno igual en la cama de su hermano. Dejó el libro en la cama, salió de la habitación y corrió escaleras abajo para encontrarse con su hermano.

—¿Por qué estas poniendo estas cosas en mi cama y en la tuya? —reclamó enojada.

—¿Qué? Yo no he hecho nada —se defendió Gabe, poniéndose de pie.

Nancy miró exasperada a su hermano y vio que había otro manojo de serbal en la ventana de la sala.

—¿Por qué mientes? —dijo acercándose a la ventana para tomar las bayas—. Aquí está la prueba.

—Eso no es mío, Nancy. Ni siquiera sé qué son…

Nancy observó las bayas un segundo y luego miró a su hermano, que la miraba tan confundido como ella.

—Entonces, ¿cómo llegó esto aquí?

Gabe se encogió de hombros: no tenía ningún sentido colgar bayas y ámbar en todas partes. Tomó a Nancy de la mano y la jaló para llevarla hasta la cocina, donde le señaló la ventana y la puerta para que viera que allí había otros manojos. Ambos se quedaron en silencio por varios minutos.

—Recuerdas que te dije que el abuelo baja cada noche… No sé por qué, pero creo que él es quien los pone en las puertas y ventanas.

—Quizás esté loco… —susurró Nancy.

—No lo sé, quizás… O tal vez algo extraño esté pasando… También he encontrado una carta, igual que tú —reveló frunciendo el ceño.

—¡¿Qué?! ¿Y qué decía?

Gabe la describió con el mayor detalle posible.

—¿Dices que la envió una tal Fedora Fingersmub?

—¡Chitón! —la instó Gabe para que bajara la voz—. Es mejor que el abuelo no nos encuentre hablando de esto.

—Esto es muy extraño… —Nancy dio media vuelta y se dirigió a las escaleras. Gabe la alcanzó y se puso frente a ella.

—¿A dónde vas?

—Arriba; deseo leer tranquilamente. Es claro que el abuelo está loco o que esas cartas lo han

dejado muy mal; no quiero saber más sobre el asunto, así que iré a leer —dijo cerrando la discusión—. Además, muy pronto volveremos a casa.

Odiaba que lo tratara como a un bebé, solo porque ella era la mayor, pero no podía hacer nada más. Nancy lo esquivó y subió a la habitación. Gabe se cruzó de brazos y miró hacia la ventana, observó a su abuelo aún sentado sobre la cerca: con la mirada en el bosque, sosteniendo el bastón con fuerza. Cuando vio que Angus se dirigía a casa, dejó todos los atados en su lugar.

Al caer la tarde, aunque ninguno lo quiso admitir, no podían dejar de pensar en el serbal y en aquellas cartas. Nancy trataba de alejar sus pensamientos regando las plantas del jardín. Gabe, por su parte, se sentó junto a la ventana de la sala, con el mentón apoyado en un brazo, observando el bosque frente a él: los árboles se movían, sacudiendo sus ramas. Dentro de las hojas, una figura comenzó a aparecer, como si entre las ramas se hubiese abierto un camino. Gabe se puso de pie, tratando de agudizar la vista. La figura caminaba hacia la casa, muy tranquilamente, dando pasos ligeros; llevaba una capa larga sobre los hombros, un sombrero aplastado, una túnica, una mochila y solo un guante: todo verde. La figura, que ya era evidente que era un hombre, cruzó el umbral de la reja y se detuvo frente a la casa. Nancy vio al extraño solo cuando lo tuvo al lado; interrumpió su labor y no fue capaz de decir ni una palabra.

—Buenas tardes, Nancy. Busco a tu abuelo Angus —dijo sin mirarla, sin despegar los ojos de la casa.

—Lo… lo… lo iré a buscar —tartamudeó mientras corría al interior.

Nancy entró a toda velocidad sin decirle nada a Gabe. El hombre la siguió y se paró en el umbral de la puerta:

—Tú debes ser Gabe. —Y extendió la mano.

Gabe se paró de un salto y detalló al hombre: era muy alto, con barba gris corta y el cabello corto aplastado por el sombrero. Estiró la mano para saludarlo, con la boca abierta por la sorpresa.

—Es… es un gusto. ¿Qui… quién eres?

—¡Oh… qué modales! Disculpa, yo soy…

—Cornelius —interrumpió la voz del abuelo desde atrás del desconocido.

El hombre de verde soltó la mano de Gabe y caminó hacia Angus, arrastrando la gran capa. Nancy se hallaba de pie junto al marco de la puerta, observando cómo Cornelius se acercaba a su abuelo y le estrechaba la mano.

—¡Qué bueno verte, Angus!

—Lo mismo digo. Hace un largo tiempo que no sabía de ninguno de ustedes.

—Han pasado muchas cosas, pero veo que no la has pasado mal. Tienes un hermoso jardín aquí y buena compañía —dijo Cornelius, dando un vistazo a los dos niños.

Gabe miró a Nancy, confundido: ambos sabían que su abuelo era un hombre solitario. Aparte de las suyas y las de sus padres, no sabían que recibía visitas.

—¿Qué haces aquí, Cornelius?

—Traigo noticias de…

—Espera. —Miró a sus nietos—. Es mejor que hablemos en otro lugar. Vamos a mi despacho.

Cornelius asintió y dio un paso al interior de la casa, agachándose, ya que la puerta era muy baja para él; el abuelo lo llevó hasta el segundo piso, al despacho, y cerró la puerta.

—¿Has visto eso? —dijo Nancy.

—Sí… El misterio se complica —susurró—. Sea quien sea, seguro tiene que ver con todos

los misterios del abuelo y de esta casa.

Gabe corrió a la cocina, tomó un vaso y subió muy lentamente. Nancy lo siguió. Caminaron en puntas de pies hasta el despacho y, con cuidado, Gabe apoyó la boca del vaso contra la puerta para espiar qué conversaban los dos hombres, pero hablaban demasiado bajo: solo logró escuchar algunas frases sueltas:

—Esas son malas noticias, muy malas…

—Eso no es todo, Angus; varios han muerto… Está fuera de control… Los rills no se han pronunciado… Empezará una guerra no solo en…

—Solo escucho algunas partes. No sé de qué están hablando —susurró.

—Déjame intentarlo a mí.

Nancy tomó el vaso y apoyó la oreja contra él.

—Te pido que recapacites, Angus. Tiempos oscuros se avecinan.

—Lo siento, Cornelius, pero tengo una familia que proteger.

—Entiendo. Entonces, te pido que guardes esto por mí; no hay lugar más seguro que este. —Ambos se quedaron callados un momento—. Pronto vendrá quien lo necesite.

—Estará seguro, lo prometo. Supongo que sabes lo que está pasando… Fedora y Polibolio me han enviado algunas cartas desde Dublín. Intentan saber dónde se encuentra, pero… no he sabido de él desde hace mucho. Su desaparición, junto con la de…

Nancy aguzó el oído, pero los dos hombres hablaban cada vez más bajo.

—¿Crees que sea coincidencia o que los dos estén vinculados de algún modo? —preguntó Cornelius.

—Eso no lo sé, pero ruego que no sea así, de lo contrario estamos frente al mayor peligro de todos los tiempos —respondió Angus con voz queda.

—¿Tus nietos saben sobre esto?

—Saben lo que deben saber: nada. Y seguirá siendo así hasta que sea necesario hablar.

—Entonces, es todo. Se ha dicho lo que debía decirse. He de irme, viajaré a Dublín, hay algunos gólems de Grenola que desean hablar, he tenido que lidiar con sus gestos todo el mes. No lo sabes, pero son muy expresivos con sus gestos —dijo entre risitas Cornelius—. Bueno, me voy. ¿Me permitirías hacerlo por aquí?

—Por supuesto, querido amigo.

—Gracias. Odio viajar por las marcas de Arrojo; siempre terminan por sacudirte el cerebro… Y ni qué se diga de ir en eso que ustedes llaman autos: demasiado humo, muy lentos y el tráfico… Agradezco tu tiempo, es hora de partir, solo recuerda lo que te he dicho: no olvides a dónde perteneces.

Inmediatamente la puerta se sacudió, como si el viento soplase fuertemente dentro de la habitación.

Los hermanos, al no escuchar nada más, corrieron a la habitación y fingieron estar ocupados: ella con su libro y él mirando por la ventana. No habían terminado de soltar el aire cuando su abuelo apareció en el pasillo: tenía una expresión muy seria y preocupada. Nancy, sintiendo que el corazón se le iba a salir del pecho, lo miró de reojo detrás del libro. Angus simplemente cerró la puerta y se alejó por el pasillo. Ambos soltaron el aire contenido en los pulmones, se miraron y sonrieron: no los habían descubierto.

—¿Tú entendiste? —preguntó Gabe.

—El abuelo sí guarda un secreto y ese hombre alto es parte de él. Lo único que sé es que: el abuelo quiere dejar su pasado atrás, algo está matando a unos viejos conocidos y alguien muy

importante para ellos desapareció. —Hizo una pausa—. ¿Sabes qué es un rill?

—¿Un qué?

—Rill. Eso dijo el tal Cornelius cuando habló de las muertes. Dijo algo con ese nombre.

—Nunca había oído esa palabra. ¿Será un objeto? ¡Quizás un nombre! ¿Tal vez en ruso o alemán?

—Creo que esa palabra es importante. Buscaré en mis libros; quizás haya algo… —murmuró Nancy, tratando de recordar si alguna vez había leído o escuchado tal palabra.

—¿Por qué crees que ese hombre sabía nuestros nombres? —preguntó Gabe poniéndose en pie y caminando de un lado a otro por la habitación.

—No lo sé. Lo que sí sabemos es que el abuelo Angus no quiere que sepamos nada acerca de esto.

Gabe sabía que los paseos nocturnos del abuelo tenían que ver con esa visita, así que, sin decirle nada a Nancy, decidió que esa noche rompería nuevamente una de las reglas.

Quizás por el desajuste en la rutina, ese día no almorzaron en casa. Salieron al pueblo, entraron a uno de los restaurantes y se sentaron en la mesa más apartada del local, donde las miradas acusatorias de las personas del pueblo no los fuesen a molestar. Cada uno ordenó un gran pedazo de carne.

—Abuelo —habló Nancy, tomando su vaso de soda.

—¿Sí?

—¿Quién era ese hombre?

Gabe se ahogó con su bebida, tosió, bajó el vaso y clavó la mirada en su hermana, que a su vez la tenía clavada en su abuelo.

—Solo un viejo amigo al que no veía hacía mucho… —dijo sin darle mucha importancia.

—¿Por qué se viste tan raro? —preguntó Gabe, arriesgándose a mirar a su abuelo.

—No hay que criticar a las personas por su forma de vestir, Gabe. Es su forma de ser y ya.

Allí terminó el asunto. Sabían que no les diría nada más.

Como siempre, regresaron tan pronto terminaron de comer. La tarde transcurrió tranquilamente, cenaron y después se sentaron a escuchar música y a leer. El reloj cucú que colgaba de uno de los muros daba las seis y media. Aunque todos veían la hora, Angus sacó su reloj de bolsillo para confirmar, se puso de pie, apagó el tocadiscos y se despidió. Gabe y Nancy subieron a su habitación.

Si bien su hermana le había dicho que era una tontería y su abuelo les había ordenado que no salieran, Gabe tenía en mente otra cosa: se dejó la ropa puesta y se acostó en la cama sin dormir. La habitación apenas estaba alumbrada por la luna. En poco tiempo oyó la respiración pesada de su hermana.

Debía ser cerca de medianoche cuando la luz de la vela iluminó el pasillo y los pasos de su abuelo resonaron en el suelo. Gabe se puso de pie y corrió hasta la puerta. Esta vez sería valiente, esta vez no despertaría a su hermana. Tomó un largo respiro y, al percibir que los pasos se alejaban, abrió la puerta y salió de la habitación con dirección a las escaleras. Las piernas le temblaban un poco, tenía miedo, pero eran más las ganas de descubrir el misterio. Cuando llegó a la base de la escalera, esperó a que su abuelo cerrara la puerta de la cocina para seguir avanzando. Angus hablaba con alguien:

—¡Fuera de la casa! Ya les he dicho que no son bienvenidas aquí. ¡Largo, largo! —gritaba enojado—. Espero que con esto se alejen de aquí para siempre.

Aunque Gabe pegó la oreja contra la madera de la puerta, no logró escuchar nada más; al

sentir que los pasos se acercaban, corrió a su habitación y se acostó en la cama. Como la vez pasada, Angus abrió la puerta de la habitación de sus nietos justo cuando Gabe se terminaba de cubrir hasta el mentón para fingir un tranquilo sueño; al ver todo en calma, se marchó.

—Ya debe estar dormido —murmuró Gabe para sí mismo un rato después.

Aguzó el oído y decidió salir de nuevo. Bajó en silencio las escaleras y llegó a la cocina. Sentía que el corazón le latía rápidamente, como si se le fuera a salir del pecho, pero tomó valor y empujó la puerta, temeroso de lo que fuera a encontrar: estaba vacía. Dio un paso hacia dentro, miró al techo, al suelo y a la ventana: no había nada, solo silencio total. Aunque estaba dudando de sí mismo, siguió avanzando, inspeccionó lo que le permitía la poca luz, pero no había nada inusual… Entonces, en la estufa, encontró un pequeño ramo de serbal, igual a los otros. Lo tomó y lo miró sin parpadear, como si no quisiera que se le escapara el misterio que sabía que ocultaba ese pequeño atado. Cuando lo iba a dejar en su sitio, una ligera brisa sopló dentro la chimenea de la estufa. Gabe retrocedió asustado.

Pero no pasó nada más.

Estiró de nuevo la mano para dejar el ramo en su lugar y la brisa volvió a correr. Esta vez se le cayó el serbal al suelo, y se quedó inmóvil. Entre las cenizas, los carbones y los pequeños troncos aún intactos, se encendió una pequeña chispa, que se apagó rápidamente. Cuando se agachó para tomar el atado, la chispa volvió, ahora más fuerte, y pronto se convirtió en una llama que le alumbró el rostro. Aunque su primer impulso fue huir, tomó aire y valor para plantarse y analizar el fuego: era hermoso. No era como ningún otro que hubiese visto antes; parecía moverse en una especie de danza.

Las llamas fueron perdiendo intensidad sin llegar a apagarse. Entonces dos puntos resaltaron entre ellas: eran dos ojos que parpadeaban y miraban a Gabe. Lentamente, apareció una cabeza alrededor de los ojos; después, el resto del cuerpo: era una salamandra, una salamandra de fuego, de un fuego naranja, rojo y amarillo. Tenía la cola corta y subía por los pedazos de carbón, sujetándose con sus patitas. Era tan pequeña que de seguro cabría en sus manos. El muchacho no podía creer lo que estaba viendo. Estaba tan concentrado que había olvidado totalmente a su abuelo y sus reglas.

No sabía qué hacer, así que actuó sin pensar: se dio vuelta y corrió hacia su habitación, subió sin hacer ruido, abrió la puerta y se dirigió a la cama de su hermana.

—Nancy —le dijo mientras la sacudía—. ¡Nancy! —le gritó susurrando.

Ella abrió los ojos, molesta, se sentó en la cama entredormida y parpadeó intentando verlo en la oscuridad.

—Dios… Gabe, ¿ahora qué pasa?

—¡Ven! Vamos. Tienes que ver esto… Es increíble… —Y la jaló de la mano.

—Gabe, es medianoche, es hora de dormir, por favor, vuelve a la cama.

—¡No! Ven. Debes verlo.

—¿Ver qué? —respondió enojada.

—No sé cómo explicártelo, debes verlo con tus propios ojos.

Nancy suspiró y lo miró más confundida que molesta, se sentó en el borde de la cama y se puso las pantuflas.

—Si es algo tonto, te juro que le diré al abuelo que has estado levantándote por las noches —dijo con tono amenazante.

—No es nada tonto; te lo juro.

Salieron de la habitación, bajaron las escaleras y llegaron a la cocina. No hicieron ni un solo

ruido. Gabe guio el paso hasta la estufa y señaló los leños y el carbón: la llama había desaparecido.

—¿Qué? ¿Qué quieres que vea?

—Es que… estaba aquí. Te juro que estaba aquí…

—¿Has estado jugando con fuego? Te vas a hacer pipí en la cama por jugar con fuego.

—No he estado jugando con fuego, aquí había una salamandra, te lo juro… Una salamandra de fuego —insistió tomando un pedazo de carbón.

—¿En serio? ¿Una salamandra en una estufa? ¿Por qué el carbón no está caliente, entonces? —dijo Nancy mientras negaba con la cabeza.

De pronto, de la nada, se encendieron los carbones de la estufa: la llama se reavivó y les iluminó los rostros sorprendidos. Con el fuego volvió la salamandra.

—¡Oh, por Dios! —exclamó Nancy tapándose la boca.

Gabe sonreía, mientras su hermana abría los ojos como platos.

—Creo que me volví loca.

—Te dije que era verdad.

—Pero… ¿Cómo…? ¿Qué…? ¿Cómo puede ser esto? Nunca había visto ni leído nada parecido. —Se acercó para detallarla mejor—. ¿Dónde la encontraste?

—Simplemente apareció ahí, en la estufa.

La salamandra se irguió sin dejar de mirar a los niños, se dio media vuelta y sus patitas delanteras se transformaron en brazos delgados y finos, con algunas marcas en la piel que brillaban; su cabeza se volvió humana, con los ojitos rojos y el cuello delgado. Muy lentamente, las llamas que la rodeaban se apagaron y solo quedó esa criatura: desde la cabeza hasta el ombligo con forma de una personita; el cabello estaba hecho de llamas y se movía por la tenue brisa nocturna que se colaba en la cocina. La parte inferior, las patas y la cola, seguía siendo de salamandra.

Ambos se hicieron de rodillas para ver mejor a ese ser extraño. El animalito se dejó caer y caminó en cuatro patas, aunque tuviese manos. Emitía cierta luminosidad roja, como un halo de luz sutil. Se escondió tras los leños y continúo observando a los dos niños. Gabe acercó una mano para acariciarla.

—¿Qué haces? —le preguntó Nancy preocupada.

—Solo quiero tocarla... ¿No es increíble?

La salamandra humanoide se ocultó más, detrás de un carbón. Solo le veían los ojos y el cabello de fuego.

—Hola —susurró Gabe—. Es un gusto conocerte.

—No creo que te entienda.

—Mi nombre es Gabe Abbott —se presentó y estiró la mano a forma de saludo.

La salamandra caminó hacia ellos, se irguió sobre sus dos patas de anfibio y, cuando estuvo lo suficientemente cerca, alzó el brazo y con la manita le tocó un dedo a Gabe, pero la retiró rápidamente.

—No tengas miedo, no te vamos hacer daño, lo prometo.

La salamandra se acercó de nuevo y con ambas manos tomó el dedo, como si lo saludara de mano.

—¿Estás viendo? Me saludó, creo que nos entiende, es muy lista.

—No te confíes… ¿Y si es peligrosa? ¿Y si te muerde?

Nancy estaba nerviosa. Habría preferido que su hermano no la hubiese tocado; es más:

¡habría preferido que no la hubiera despertado! Pero ya era tarde y, aunque un sentimiento de protección por ser la hermana mayor se revolvió en su interior, tenía demasiada curiosidad: así que también estiró la mano. La salamandra repitió el saludo.

—Es un gusto. Me llamo Nancy Abbott.

Oyeron unos pasos: Angus bajaba las escaleras e iba hacia ellos.

La criatura saltó a las manos de Gabe, quien alcanzó a esconderlas detrás de su espalda justo cuando la puerta se abrió de golpe.

—¿Qué hacen aquí? —Traía puesta una bata azul oscuro con franjas más claras y se sostenía, como siempre, de su bastón—. Saben que no pueden salir de su habitación a esta hora.

No gritó, pero su tono fue más fuerte que antes y su gesto era severo. Encendió las luces, vio el atado de serbal y bayas en el suelo, frunció el ceño y caminó con dificultad hasta él. Los nietos no sabían qué decir ni a dónde mirar.

—Esto debe estar aquí. —Se agachó, tomó el serbal y lo puso de nuevo en la estufa—. Es muy importante que esto esté siempre aquí. —Buscó con la mirada a los chicos—. Y bien: ¿por qué están aquí?

—Lo… Yo… Lo... —tartamudeó Gabe.

—Tenía mucha sed y le pedí a Gabe que me acompañara por un poco de leche —contestó Nancy, sin atreverse a hacer contacto visual con su abuelo.

Hubo un corto silencio que sintieron eterno.

—¿Qué tienes ahí? —dijo señalando a Gabe, que escondía las manos tras la espalda.

Aunque estaba asustado, su mente estaba llena de preguntas: ¿por qué el abuelo estaba tan preocupado por esos tontos atados de hierbas?, ¿era él quien los ponía por toda la casa?, ¿para qué servían? Angus dio un paso más y estiró la mano, exigiendo que le entregara lo que ocultaba.

—Nada. No tengo nada… Solo tengo frío, nada más.

—Déjame ver.

Los hermanos cruzaron una preocupada mirada: no tenían opción. Gabe estiró las brazos al frente y vio la cara de rabia y confusión de su abuelo, pues sus manos estaban vacías.

# El Bosque De la dríada

Los dos niños volvieron a su habitación después de ser castigados; el corazón les latía rápidamente. No parecía importarles el no poder salir de la habitación. Llegaron a la cama de Nancy y se arrodillaron en el suelo para ver las manos de Gabe, que aún acunaba las palmas como si trajera algo.

Abrió las manos sobre el tendido, pero no había nada en ellas. Los niños observaron confundidos el vacío; entonces, de la nada, una chispa saltó de sus manos a la cama, como había sucedido en la estufa. Los dos se pusieron en pie y se alejaron, temiendo que la cama se fuese a incendiar.

La pequeña salamandra apareció de nuevo envuelta en llamas.

—Cada vez me sorprendes más —dijo Nancy sonriendo.

La extraña criatura parecía aturdida, como si estuviese mareada. Comenzó a moverse tambaleándose, se puso a chillar con un tono agudo y perforante, como el siseo de una pequeña ardilla, se agarró la cabeza entre las manos y el fuego de sus cabellos brilló más intensamente. Nancy se retiró, temerosa de que fuese a estallar, y Gabe trató de calmar a la salamandra, pero esta seguía gritando.

—¿Qué dice?

—No lo sé, pero si sigue gritando llamará la atención del abuelo.

La salamandra levantó sus manitas y le apuntó a un pequeño atado de serbal con ámbar amarrado con el hilo rojo. Nancy se apresuró a arrancar los que estaban en las camas, corrió a la ventana y los arrojó al tejado; la salamandra se calmó, bajó la intensidad de la luz de las llamas y se sacudió, como quitándose el mareo.

—Creo que eso le hace daño —dijo Gabe.

—Pobre… Parecía muy doloroso.

—¿No es extraño que el abuelo lo haya puesto allí y justamente le haga daño a esta criatura?

Todo tenía sentido: cuando el abuelo hablaba solo, decía que se fueran, que no eran bienvenidas, y ahora aparecían estas cosas colgadas por todas partes en la casa. Nancy y Gabe se miraron y luego a la salamandra, mientras esta observaba a su alrededor, caminando por entre las mantas como si fuesen colinas.

—Pero ¿por qué la querría lejos? Parece inofensiva; incluso es muy bonita —dijo Nancy, trayendo una manzana para compartirla.

—No lo sé. Quizás tenga que ver con la extraña visita de Cornelius y aquellas cartas… —contestó Gabe.

—Pero ¿cuál es la conexión entre esta criatura y las cartas?

—Según lo que oímos, el abuelo no quiere que sepamos algo… algo que tal vez tenga que

ver con aquella persona desaparecida o esa palabra *rill* —conjeturó Gabe.

—Pero ¿de qué se trata esto? ¿Qué o quién es? ¿Y dónde está?

—No lo sé, pero quizás ella sea la respuesta a todas nuestras preguntas —respondió Gabe mirando fijamente a la salamandra.

—¿Quién eres, persona misteriosa? —preguntó Nancy—. Si hubiese podido escuchar mejor, tal vez sabríamos de qué o quién hablaban —se lamentó.

—Ahora debemos preocuparnos por ella. No podemos dejar que el abuelo la descubra.

—¡Es verdad! Quizás, si la ve, tendrá el mismo final que la mariposa —dijo con voz triste.

Nancy partió la manzana en trocitos pequeños y le entregó uno a la criatura. La salamandra lo tomó entre sus manos y lo miró fijamente, después se agachó y lo dejó en el colchón.

—Parece que no le gusta. —Interpretó Gabe, apoyando el mentón en el colchón.

—Sí… ¿Qué comerá?

La salamandra caminó hacia la ventana. Gabe se puso de pie y Nancy se sentó a los pies de la cama para ver qué hacía. La criatura era demasiado pequeña para alcanzar el seguro, así que no se preocuparon ante la idea de que saliera y se cayera desde allí; pero la salamandra tenía otros planes: hizo un ligero movimiento con la cola para tomar impulso, desapareció dejando algunas chispas y enseguida reapareció colgada del seguro. Abrió la ventana, se paró en el alféizar, giró para ver al par de niños, levantó las manitas e hizo señas para que la siguieran. Los hermanos la miraron con curiosidad: ¡parecía una locura! Nancy se asomó para ver el bosque. La habitación estaba demasiado alta como para bajar desde allí. Gabe también se asomó y vio cómo la salamandra bajaba al techo y caminaba por la cornisa hacia la canaleta.

Se detuvo y los llamó nuevamente.

—¡Hey, no, espera! —clamó Gabe.

—No grites. Llamarás la atención del abuelo. Ella quiere que la sigamos.

Nancy se cambió las pantuflas por sus zapatos y salió por la ventana hacia el techo.

—¡¿Qué?! Estás loca, vuelve, no quiero caer al vacío.

—Tal vez ella nos diga qué o quién es la persona de la que hablaban el abuelo y Cornelius. Además, ¿quién dice que caeremos? Solo pisa donde yo pise —le explicó Nancy.

«Estás loco, Gabe», pensó el niño, suspirando mientras veía a su hermana. «Estás loco si la sigues», se repitió a sí mismo. Cerró los ojos y tomó aire, salió por la ventana y bajó al techo, pero una fría brisa lo tomó por sorpresa: le sacudió el cabello y le hizo temblar las piernas. Abrió los ojos y observó que su hermana le tendía la mano para que la tomara.

La salamandra continuó caminando, guiándolos hasta la canaleta, desapareció en medio de un montón de chispas y reapareció un instante después en el techo de la camioneta de Angus. Desde allí, agitó los bracitos, llamándolos. Gabe miró al vacío y sintió que las piernas le temblaban aún más; a Nancy, en cambio, todo esto parecía divertirla: se sentó en el borde del techo y se descolgó por la canaleta apoyándose en los tornillos que la mantenían en el muro. Gabe respiraba cada vez más rápido al ver el suelo; no había dado ni un paso, mientras que Nancy ya iba a mitad de camino. Cuando ella dio un salto a la camioneta, su hermano ni siquiera había soltado el aire. Ella se cruzó de brazos al verlo allí.

—¿Qué haces allí? Baja como yo lo hice. No tenemos mucho tiempo antes de que el abuelo despierte —le ordenó con un susurro.

Él era un niño valiente, pero había dos cosas que no soportaba: las arañas y las alturas eran su pesadilla. Se sentó al borde como su hermana lo había hecho y se descolgó.

—Ahora, por favor, no vayas a mirar hacia abajo. Solo baja y ya.

Gabe obedeció y bajó lentamente por la canaleta hasta llegar a la camioneta. Cuando apoyó ambos pies, suspiró y se secó el sudor frío de la frente.

—Lo lograste. Sabía que lo harías. Ahora, continuemos —dijo Nancy observando el cielo y calculando la hora.

Debían ser las cinco de la mañana, el cielo seguía azul oscuro y la pequeña salamandra era lo único que les iluminaba el camino hacia el bosque. Se alejaron corriendo, pero de vez en cuando volteaban hacia la casa. Desde hacía un buen tiempo deseaban correr y jugar en el bosque, pero su abuelo nunca se lo había permitido.

La brisa de la madrugada y el aroma que se desprendía de los árboles nunca habían sido tan maravillosos. Los dos niños se lanzaron hojas del suelo y jugaron a las escondidas. Caminaron hasta donde los árboles parecían hacer un techo de ramas y el suelo estaba cubierto de musgo y hojas.

La salamandra se detuvo; los niños la observaron con una sonrisa de oreja a oreja; la criatura se sentó en una pequeña seta roja, moviendo las piernitas como lo haría un niño… y esperó. Se pararon junto a ella, pero no sabían dónde se encontraban: era una parte del bosque que nunca habían visto, en la que los árboles eran más altos, sus ramas se cruzaban como en un tejido y sus hojas parecían ser más verdes. Los troncos estaban cubiertos por enredaderas y prímulas; el aroma que emanaba era delicioso.

Gabe miró al cielo, que seguía azul oscuro, aunque le parecía que estaban allí hacía ya mucho más tiempo. Mientras caminaban y jugaban, la luz azul clara del día se coló por entre las hojas y el tramo del bosque se hizo más claro. De repente algunas hojas empezaron a caer del cielo sobre la cabeza de los niños. Pronto cayeron más. Nancy levantó la mano para atrapar una, que era tan verde como todo lo que los rodeaba; el arrullo de las hojas no era el normal que haría un pequeño grupo de hojas al caer, sino que era un canto suave, hermoso, y las hojas ahora cayeron en más cantidad, en una asombrosa lluvia verde.

—Parece una canción, pero no entiendo qué dice —dijo Gabe sin despegar los ojos de las hojas a su alrededor.

El árbol de atrás emitió un sonido, como si algunas ramas se le estuviesen rompiendo. Los niños se dieron vuelta y el árbol se estremeció. Ellos retrocedieron observando con temor. El tronco verde tomó la forma de un cuerpo. Un rostro apareció en la madera; era hermoso, tan delicado que Nancy llegó a pensar que era un ángel. La piel era verde y los cabellos, de los cuales crecían ramas, hojas y flores, eran rizados; las manos eran delgadas, con el aspecto de una rama; tenía los ojos cerrados, pero cuando salió totalmente del árbol, los abrió: eran de un verde oscuro, profundo.

La figura caminó hacia ellos con sus largas raíces, que se transformaban mientras se acercaba, convirtiéndose en unos delgados pies verdes; sus orejas terminaban en punta y sobresalían entre la hermosa cabellera rizada.

Sentir miedo habría sido muy normal, pero ninguno de los dos niños parecía sentirlo; el árbol de donde había salido la figura continuaba allí, como si nada hubiese pasado. Gabe se aclaró la garganta para hablar, no sin antes tomar la mano de su hermana.

—Hola —logró decir, aunque nervioso—. Soy Gabe.

—Y yo Nancy. ¿Tú quién eres?

La criatura verde los observó un rato sin decir nada, bajó la mirada buscando a la salamandra, que continuaba de pie sobre la seta. El pequeño anfibio miró al ser extraño frente a ellos, desapareció de la seta y reapareció sentado sobre su hombro, le susurró algo al oído y volvió a

desaparecer, dejando en su lugar pequeñas chispas.

El ser, que tenía la figura y altura de una mujer, los miró desde arriba.

—Yo soy una dríada y este es mi bosque —dijo con la más hermosa voz.

—Es un gusto —contestó Gabe.

—Ustedes son humanos, ¿verdad? —preguntó mirándose las piernas y las manos.

—Así es, de pies a cabeza —le contestó Nancy—. ¿Y tú qué eres?

La dríada caminó alrededor de ellos, examinándoles el cabello y la ropa, como si nunca hubiese visto a seres tales.

—Soy un espíritu del bosque. Yo protejo este árbol y aquello que lo rodea —habló con voz suave.

—¿Eres un hada? —interrumpió Nancy.

—En cierto modo… sí

—¿Por qué nos trajiste aquí? —preguntó Gabe.

—El saber podría cambiar sus vidas. Si lo deseas saber, el miedo debes perder —dijo en verso.

Nancy dio un paso al frente sin mirar a Gabe, que aún lo pensaba.

—Deseamos saber —dijo decidida.

La dríada asintió y miró al bosque. En cambio Gabe parecía asustado por lo que su hermana acababa de decir. «¿Será que no escuchó la frase *cambiar sus vidas*?», se preguntó.

La dríada caminó hacia un lugar no muy lejos de su árbol; ambos la siguieron. Aquella parte del bosque estaba marchita: las flores secas, los árboles morían lentamente, el musgo había desaparecido y las prímulas parecían hojas de papel. Todo era muy triste allí.

—Hace unas lunas este bosque era tan verde como lo es mi prado; muchas como yo cuidaban de él… además de otras criaturas —dijo con tristeza.

Caminaron un poco más por el terreno marchito. Los hermanos avanzaban con cuidado, procurando no caer. El espíritu del bosque se detuvo junto a un grupo de árboles secos, tocó la tierra y se volvió hacia los niños, que observaban la escena con pesar.

—Pero ¿qué ocurrió? —preguntó Nancy.

—Nadie lo sabe…

Gabe observó a su alrededor: no había ni un solo insecto o planta viva hasta donde su vista llegaba; el único árbol que seguía verde era el de la dríada.

—Cada diez lunas, el bosque y todas las tierras, el verde sur, el antiguo este, el majestuoso oeste y el frío norte, necesitan de la luz. Dependemos de una llama que nos dé calor: la Estrella del Sur, una magnífica ave creada por Direll que cada diez lunas renace dando la luz necesaria para que nuestro mundo pueda sobrevivir con su magia —continuó la dríada—. Pero, un día, la Estrella del Sur no volvió… La esperamos por largo tiempo, pero cuando llegó la tercera luna, el bosque ya empezaba a morir. La Estrella no se volvió a ver. Las demás dríadas se marcharon llevándose sus árboles.

—¿Por qué no te fuiste con las demás? —inquirió Gabe, mirándola temeroso.

—Porque mi deber es cuidar el bosque… Así que me quedé viendo cómo las flores morían y el bosque dejaba de ser verde. —Volvió su mirada hacia el único árbol verde, lo observó con amor y alargó los dedos como ramas para acariciarle el tronco.

—¿Y por qué nos trajiste aquí? —preguntó de nuevo Nancy.

—Necesito que me hagan un pequeño favor —susurró.

Los niños permanecieron mudos ante esas palabras. La brisa les desordenó los cabellos. La

dríada sonrió y se les acercó.

—¿Un favor? ¿Qué favor? —preguntó Gabe, nervioso ante la inesperada cercanía.

—Hay una persona que conoce a la Estrella del Sur; es quizás la única capaz de hacerla regresar. El problema es que no sé dónde está y la única manera de encontrarla es buscando a Ludcic. Les agradeceré siempre si deciden ayudarnos a mí y a este bosque.

Gabe y Nancy no sabían qué decir, no podían alejarse más de la casa, muy pronto despertaría su abuelo y, si no los encontraba en casa, de seguro se enojaría y terminaría castigándolos aún más. Nancy parecía estar a punto de decir que no; sabía lo que pasaría si se atrevían. Gabe conocía muy bien a su hermana, sobre todo ese gesto que le decía que no cruzaría ese límite. Entonces pensó: «¿por qué no hacerlo?».

—Sí… iremos —dijo cerrando puños y ojos, tan bajo que creyó que no lo habían escuchado.

—¡¿Qué?! Gabe, no podemos alejarnos más de la casa. Recuerda las reglas.

—Lo sé… pero, si vamos, quizás podremos saber de quién son las cartas y, algo más importante, qué oculta el abuelo. No puedo ir sin ti. —Y le ofreció la mano.

—Esto es muy extraño… Pero tienes razón. Iré contigo.

Tomó la mano de su hermano y suspiró. Se habían comprometido con la dríada a ayudarla.

—Que así sea —contestó el espíritu del bosque.

La criatura se acercó a su árbol y elevó la mano como si estuviese esperando una gota del cielo: una ligera brisa sacudió el árbol y de sus ramas se desprendió una hoja, que se meció en el aire hasta caerle en la palma de la mano. La dríada se volvió hacia Gabe y le entregó la hoja. Él notó que esta tenía algo escrito, pero no logró descifrar lo que decía.

—Hacia el este hay un prado naranja; es el Prado Oriental —dijo—. Allí podrán ver un camino, el único que existe. A mitad de camino hay una gran roca. Deténganse: allí encontrarán a Ludcic. Si le entregan esta hoja, todo habrá terminado. Entonces podrán volver.

Gabe guardó la hoja en el bolsillo de su pantalón y tomó la mano de su hermana con una mezcla de miedo y emoción. Todo parecía muy simple; incluso Nancy pensó que sería divertido, cerró su abrigo y esperó a que su hermano le dijera que estaba listo. Aunque Gabe había aceptado, sentía miedo de cruzar por aquel lugar, pero siempre había sido un niño de palabra y había jurado ayudarla; así que, aunque sentía que no quería alejarse más de la casa, se acomodó el gorro y estuvo listo para partir.

—Que el elemental del fuego los acompañe en este viaje y los lleve por lugares de luz —se despidió la dríada.

La salamandra apareció en el hombro de Gabe, envuelta en llamas rojas, enseguida saltó al hombro de Nancy y desapareció, dejando, como siempre, unas chispas.

# Carta a Cola Roja

Gabe caminaba junto a Nancy. Ella sabía cómo leer mapas, conocía los puntos cardinales y por eso sabía perfectamente dónde estaba el este.

Caminaron por el bosque muerto, alejándose de la dríada. Descendieron por una colina amarilla de plantas y árboles secos y atravesaron el lecho de un pequeño riachuelo casi seco, con rocas en medio del fango; después llegaron a un claro silencioso, donde cada árbol, arbusto y planta estaba completamente seco. Aunque ya habían pasado varias horas, según la cuenta que llevaba Gabe, el cielo sobre ellos parecía ser el mismo.

Aunque no había dríadas, encontraron un grupo de diez árboles dispuestos en círculo, sin nada en medio, como si hubiesen crecido así. Nancy se inclinó para tomar la única pequeña flor que crecía cerca, pero esta se deshizo apenas la tocó. Gabe, corriendo, entró en el círculo, miró las altas puntas de los diez árboles: eran los más altos de todo el bosque y tenían muchas hojas, tantas que era imposible entrever el cielo, excepto si se estaba exactamente en el centro. Nancy se detuvo fuera del círculo y observó cada árbol. Dio algunos pasos alrededor, sonriendo de oreja a oreja.

—¡Rayos! Es muy bonito. ¿Quién los sembraría de este modo?

—Vamos. Debemos cruzar este círculo para llegar a donde nos dijo la dríada. Sal de allí o llegaremos tarde a casa del abuelo —lo exhortó Nancy dando algunos pasos y rodeando el círculo.

—¡Entra! Mira cómo se ve el cielo desde aquí —la tentó Gabe.

Nancy entró en el círculo y vio los árboles como si fuesen gigantes. Se detuvo en el centro y observó el cielo… El firmamento se volvió completamente oscuro y pudieron ver las estrellas; después, la bóveda celeste se transformó en un hermoso cielo de mediodía; y luego, en una mañana soleada, con nubes blancas que les pasaban sobre la cabeza. Nancy volvió al exterior del círculo y observó desde allí el cielo: aún era azul, no había cambiado en absoluto.

—¿Qué está pasando? —preguntó Nancy incrédula.

—Quizás sea como la pantalla de un televisor y veas la naturaleza desde aquí —especuló Gabe, cuya teoría no le pareció tan descabellada a Nancy, mientras observaba aquel espectáculo natural.

—¡Debemos continuar al este y llegar al Prado Oriental! —exclamó Nancy en voz alta.

Ninguno de los dos estaba preparado para lo que pasó. Afuera del círculo, el cielo se iluminó y las plantas cambiaron rápidamente de forma: el simple musgo se transformó en un prado de hierba larga; los árboles, en arbustos anaranjados, como si fuese verano; el cielo azul oscuro fue remplazado por un cielo soleado lleno de nubes blancas y brillantes. Poco a poco el bosque se fue convirtiendo en un lugar dorado. Todo se detuvo y volvió a la normalidad, pero los dos niños

ya no estaban en el mismo lugar.

—¿Qué hiciste, Nancy?

—No tengo idea…

—Creo que este círculo nos llevará a donde deseemos, con solo decirlo —adivinó Gabe, caminando aún dentro de él.

Nancy no entendía muy bien lo que pasaba, pero seguía viendo el hermoso prado sobre el que ahora se hallaban: a lo lejos veían montañas verdes y una ligera línea brillante, que debía ser un río o quizás el mar.

—¿Crees que este sea el Prado Oriental? —preguntó, viendo cómo el cielo parecía hacerse más hermoso afuera.

—Supongo —respondió Gabe—. Y ahora, ¿a dónde debemos ir?

—Bueno, la dríada dijo que buscáramos una roca y que allí encontraríamos a Ludcic; sigamos caminando hacia el este, que seguro allí estará…

—Genial, pero si deseamos volver, ¿cómo lo haremos? —la interrumpió su hermano.

Aunque Nancy era muy buena leyendo mapas y el cielo, sabía que no existía ningún mapa de aquel lugar en ningún libro que ella hubiese leído, y que la única manera de volver era por el círculo; así que se hizo de nuevo en la mitad y observó el cielo… Se sorprendió al ver que ya no cambiaba, que era el mismo cielo de afuera. Gabe se rascó la cabeza, confundido. Se les ocurrió que si gritaban «Glendalough» volverían al instante. Durante cinco minutos gritaron tan fuerte que incluso tuvieron dolor de garganta, pero nada ocurrió. Entonces se sentaron a descansar: observando cómo las montañas parecían tan cercanas, aunque sabían que estaban lejos de allí.

—Si no volvemos, el abuelo se enojará —dijo Gabe asustado.

—Ese no es el problema —contestó Nancy recostándose en el suelo para ver mejor el cielo —. Si no regresamos, no tendremos que preocuparnos por ningún castigo y, créeme, no regresar es nuestro primer problema.

—¡Esto es superinjusto! Por hacer un favor terminamos perdidos —rezongó Gabe casi sollozando.

—No llores. Lo único que debemos hacer es encontrar a Ludcic, entregarle la carta, preguntarle sobre la persona o cosa desaparecida y cómo volver —lo calmó Nancy.

Gabe asintió secándose los ojos y se puso de pie, listo para continuar con la misión. Los dos caminaron hacia el este, buscando con atención la roca descrita por la dríada; pero no había nada, solo senderos con arbustos y flores blancas. Al poco tiempo vieron un sendero oculto tras algunos arbustos. Como se dirigía al este, lo siguieron, revisando cada rincón en busca de la roca de Ludcic.

—Estoy cansada —murmuró Nancy, deteniéndose para descansar—. No pensé que estuviese tan lejos la roca…

—Ni yo. Quizás nos perdimos o el círculo nos llevó a algún lugar al que no debíamos ir.

—No, seguimos la dirección correcta, pero quizás ya pasamos la roca… o no buscamos bien —exclamó Nancy mirando al cielo.

Ambos miraron alrededor para descubrir si habían pasado algo por alto y, justo detrás de ellos, vieron una gran piedra con un zorro dormido encima de ella. No se sorprendieron al ver al animal: en la granja del abuelo habían visto muchos otros que venían a cazar las gallinas. Examinaron la roca desde una distancia prudente, buscando algo que les indicara dónde estaba Ludcic.

Cansados de buscar se sentaron a pensar. «¿A dónde ir si no sabes a quién buscas ni dónde

estás?», se preguntó Nancy, arrancando un poco de pasto y arrojándolo.

—Creo que, si esperamos, quizás llegue Ludcic —dijo Gabe.

—Sí, es lo mejor…

De pronto una voz resonó cerca de ellos.

—¿Quién desea hablar conmigo?

Los niños se pusieron de pie nuevamente y miraron a su alrededor, confundidos y asustados; al no ver a nadie pensaron que podría ser un fantasma.

—¿Quién desea hablar conmigo? —repitió tranquila la voz.

—¡¿Quién habla?! —preguntó Nancy viendo a su alrededor.

—Soy yo el que les habla.

Gabe se dio vuelta para ver si había alguien más detrás de ellos, pero no encontró a nadie; solo notó que el zorro había despertado.

—¿Ustedes quiénes son? —preguntó el zorro.

Gabe observó cómo el animal movía la boca. Al inicio no podía creerlo, pero pronto se dio cuenta de que era verdad: el zorro les estaba hablando como lo haría una persona. Tembloroso, apuntó con el dedo al zorro. Nancy lo miró un segundo, pero, como este ya había dejado de hablar, no le importó y siguió buscando como si nada.

—Es solo un animal, Gabe —dijo Nancy en voz alta.

—Eso es un poco descortés de tu parte —respondió con tono ofendido.

Nancy lanzó un grito, dio un paso atrás y cayó al suelo por el susto. El zorro se sentó en la roca y empezó a reír. Nancy lo miró ofendida y sorprendida al mismo tiempo, se puso de pie y se cruzó de brazos enojada.

—Tú debes ser Ludcic —afirmó Gabe.

—Así es, aunque soy más conocido como Cola Roja —dijo moviendo su larga y muy rojiza cola—. ¿Y ustedes son…?

—Soy Gabe y ella es mi hermana Nancy.

El zorro los observó con curiosidad.

—Qué criaturas tan extrañas son… ¿Son enanos o duendes? —dijo, y dio un salto para bajar de la roca y verlos de cerca.

Nancy, más ofendida, pensó: «¿Cómo se atreve a decir que somos enanos o duendes? Él es el descortés».

—Creo que nos estás confundiendo. No somos ni enanos ni duendes; somos humanos —contestó sin mirarlo.

El zorro retrocedió y su mirada se perdió en alguna clase de pensamiento, como si recordara algo que hubiese olvidado hace mucho, luego volvió a mirarlos como si no creyese lo que veía. Entonces empezó a reír; parecía emocionado. Los rodeó, mirándolos con atención, mientras repetía en voz baja:

—Razón, tenía razón. Los libros no mienten; tenían razón.

—¿Libros? ¿Qué libros? —preguntó Gabe.

—Hace mucho tiempo —dijo solemne—, hubo un hombre en estas tierras llamado Dral, peleó ferozmente por la libertad de nuestro mundo, fue el primer hombre aquí, pero murió… junto con su raza. No hubo más hombres sobre esta tierra, así que los humanos aquí son una leyenda, una historia. He leído algunos libros sobre ustedes.

«Esto no puede ser cierto. ¿Cómo podría creerle a un animal que habla?», pensó Nancy. Aún enojada, escuchó con atención la historia del zorro.

Gabe estaba impaciente por saber más, pero estaba muy preocupado por su abuelo, quien seguramente ya habría despertado. Sin embargo, allí el tiempo no parecía ser un problema. Según sus cálculos, habían pasado más de cinco horas, aunque en el bosque de la dríada era de madrugada y allí era media tarde.

—¡*Wow*! ¡Un guerrero! —susurró Gabe—. ¡Genial!

—Es sorprendente ver a un humano aquí… Aunque pensé que serían más grandes y musculosos. Ustedes son muy pequeños y delgados —dijo el zorro olfateando los zapatos de Gabe.

—Es que somos niños —respondió Gabe.

—¿Niños? ¡Ah! Cachorros de humano.

—Sí, supongo que sí, algo parecido…

—Es tarde; debemos marcharnos o el abuelo se dará cuenta —lo interrumpió Nancy.

Gabe sabía que era tarde, pero allí los hombres eran guerreros, héroes de leyenda.

—Señor Ludcic, hemos venido a traerle una carta —exclamó Gabe.

—¿Una carta de quién?

—De la dríada del bosque —respondió Nancy.

Gabe dejó la hoja sobre el suelo y el zorro se acercó para leerla; después de un momento, pareció preocupado, se sentó en el suelo. Sus patitas delanteras eran negras, como si tuviese botas; movió la cola por el suelo, miró a los dos niños y suspiró.

—Al parecer no se ha enterado… No pensé que empezaría tan pronto y, si sigue así, de seguro todos moriremos.

Un escalofrío cruzó la espalda de los dos niños al escuchar esas palabras.

«¿Qué quiere decir con que todos moriremos», se preguntó Nancy. Aunque no estaba segura de lo que el animal decía, podía sentir que era verdad: la tristeza en sus ojos verdes mostraba una cara diferente a la del zorro burlón. Parecía indefenso.

El zorro se puso de pie y observó el camino.

—¡Debo avisar a Myrddin! —dijo, y se echó a correr por el camino.

Los niños se quedaron quietos por un par de segundos, pero corrieron tras él. Nancy lo alcanzó y se interpuso en su camino. El zorro se detuvo y la miró de reojo.

—¿Qué haces, niña? Debo hacer algo de mucha importancia.

—Lo sé, pero debemos preguntarte acerca de alguien o algo que ha desaparecido. Tiene que ver con algo llamado rill… —Recordó Nancy la palabra dicha por Cornelius—. Y debemos volver a casa, pero no sabemos cómo hacerlo: el círculo por donde entramos no funciona —dijo fatigada por la carrera.

—Lo siento, no puedo ayudarlos. Pero sé de alguien que sí, solo síganme. Y por cierto, si lo quieren, pueden llamarme Cola Roja.

Dicho esto, se echó a correr nuevamente. Los niños no tuvieron otra opción que seguirlo.

# La casa de Al Fir Darrig

Gabe y Nancy estaban preocupados porque nadie los ayudaba a encontrar respuestas a sus preguntas ni a regresar a casa, pero pronto se olvidaron de esto. Querían ayudar a Cola Roja, que corría sin detenerse; aunque estaban acostumbrados a hacer este tipo de ejercicio, hubo un momento en que tuvieron que parar. Estaban aún cerca de donde habían encontrado al zorro, pero cada vez más lejos del círculo. El zorro se sentó y observó a los dos niños con curiosidad.

—¿De qué lugar vienen?

—Al otro lado del bosque de la dríada está nuestro mundo —contestó Nancy, mientras se dejaba caer en el suelo para descansar.

—Es un lugar hermoso. Deberías ir alguna vez...

—No, no creo que sea buena idea —lo interrumpió su hermana.

—¿Por qué? ¡Sería emocionante! —replicó Gabe.

Nancy no quería decirlo en voz alta, pero sabía que sería un error que él fuera hasta su mundo, pues si algún cazador lo veía, seguramente terminaría muerto o enjaulado; al parecer, en este lugar, los animales no recibían el mismo terrible trato. Se acercó a su hermano y le susurró al oído lo que quizás podría pasarle a Cola Roja. Gabe, después de escucharla, no dijo nada e hizo como si tuviese una cremallera en los labios.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dijo Nancy mirando al zorro.

Cola Roja asintió. Parecía impaciente por continuar el camino.

—¿Quién es Myrddin?

El zorro se echó a reír nuevamente, divertido por la pregunta, como si fuese una broma preguntarlo o fuese muy obvio para todo el mundo. Los niños lo observaron confundidos por tal risotada. Dejó de reír y los observó apenado.

—¿En verdad no saben quién es Myrddin? —preguntó asombrado.

Los niños negaron con la cabeza y esperaron a que les dijera quién era.

Cola Roja parecía emocionado de poder hablar de él, y su conmoción de antes se transformó en felicidad.

—Nadie puede compararse con el más poderoso mago de todos los tiempos —dijo en un susurro, como si fuese de suma importancia lo que decía—. Él ha estado desde tiempos inmemoriales sobre esta tierra y, aunque pasa el tiempo, nunca muere. Recorre este mundo; unos dicen que en espera de su muerte; otros, que busca algo, pero nadie sabe por qué aún sigue aquí…

La palabra *mago* quedó en el aire para los oídos de los niños. ¿Qué clase de hombre caminaba por el mundo durante tanto tiempo sin morir? Toda su atención estaba puesta en Cola Roja. Nancy parecía más reacia a lo que pasaba; aunque había dejado atrás la idea de volver

pronto a casa, todavía pensaba en hacerlo.

—¿Y dónde está? —preguntó Gabe, que no veía la hora de encontrarlo.

Uno de los sueños de Gabe había sido el de ser mago; su padre le había comprado una caja con artefactos mágicos, incluso un sombrero, pero el niño se desilusionó al saber que todo era un engaño y que no existía la magia en aquellos artefactos.

—Después de esa montaña —dijo Cola Roja levantando la mirada hacia una gran montaña, justo enfrente de ellos.

Desde donde estaban podían ver cientos de aves cruzar el cielo por entre las laderas y los árboles, dando vueltas, parecidos a una nube, pero de color agua marina.

—Tras esta montaña hay una ciudad de enanos; lo más seguro es que esté allí… Después deberemos pasar por el camino de Hundí —continuó Cola Roja.

Los niños sopesaron un segundo las palabras *ciudad* y *enanos*, pero no dijeron nada.

—Genial… Aún hay algo que quiero preguntar —dijo Gabe.

—¿Y ahora qué? Los humanos son muy curiosos —protestó el zorro.

—Dijiste que todos ustedes morirían…

Permaneció callado sin terminar su pregunta, pues era obvio lo que quería preguntar. Cola Roja no pareció a gusto, incluso evitó la mirada del muchacho viendo hacia la montaña, como si no lo hubiese escuchado, pero se encontró con los ojos fijos de Nancy. Frunció el entrecejo y, como si fuese a llorar, dijo con tono triste, bajando la voz:

—No me gusta hablar de eso; los zorros detestamos hablar de ese tema.

Nancy se puso de pie y acarició la cabeza de Cola Roja, que sollozó y empezó a caminar mientras hablaba.

—La madriguera de los zorros prevalece junto con la casa de la Estrella, pero cuando esta desapareció, los bosques y ríos empezaron a morir, así que tuvimos que huir de allí; al llegar a una nueva tierra, nuestra vida feliz fue corta… Algo más llegó. —Se sacudió y mostró los dientes, mientras el pelo se le erizaba en la nuca—. En medio de la noche llegaron cientos y cientos de duendes, con hachas y arcos… Mataron a casi todos los zorros. Algunos fueron expulsados a la fuerza; a otros los tomaron como prisioneros. Luego llegaron unas criaturas altas y horribles, llamadas far muhltres, que destruyeron todo. —Cola Roja dejó salir unas cuantas lágrimas.

Gabe, que nunca antes se había sentido así, pensó: «Pobre zorro, tuvo que ver cómo su familia desaparecía y tuvo que abandonar su hogar».

—Pero ¿por qué lo hicieron? —preguntó Nancy, enojada al escuchar tal cosa.

—Fue por orden de Firkling… —musitó mirando al suelo con rabia. Luego bufó y se dio vuelta mostrando los dientes filudos.

—¿Y eso qué es? —preguntó Nancy frunciendo el ceño.

—No es un qué; es un quién. Es un hechicero muy cruel. Nadie ha podido enfrentarse a él… No sé por qué, pero creo que la muerte del bosque y la desaparición de la Estrella del Sur tienen que ver con él… Ruego a la tierra que no sea así.

Ninguno de los tres se dio cuenta de lo que se acercaba por el horizonte: un gran nubarrón gris se aproximaba cada vez más rápido. Los relámpagos no se hicieron esperar. Cuando un rayo cruzó el cielo, Nancy gritó: los rayos eran su peor miedo. Se puso las manos en las orejas y cerró los ojos mientras gritaba.

—¿Por qué hace eso? —preguntó Cola Roja.

—Les tiene miedo a los rayos.

Gabe la miró y empezó a reír junto con Cola Roja.

—¡No es gracioso! ¡Podrían caernos en la cabeza! —dijo temerosa mientras observaba el cielo gris.

La lluvia cayó golpeando las hojas a su alrededor, mojándoles la cabeza. Emprendieron el camino nuevamente, corriendo por entre los arbustos, acercándose cada vez más a la montaña. La brisa hacía que el aire se sintiera más frío. Gracias a Dios llevaban abrigos o se habrían congelado.

—Qué suerte —dijo ella mirando un árbol sobre su cabeza.

Cola Roja se sentó junto al tronco y Gabe se dispuso a quitarse los zapatos, ya que la lluvia le había mojado los calcetines. Nancy, en cambio, se escurría el cabello.

El árbol tenía una sola pera, como si alguien se hubiese comido las demás; aunque estando tan lejos de todo, Nancy no creyó que alguien se acercara a comer justo allí. Cuando la lluvia se volvió delgada y se pudo ver el camino, Cola Roja se puso de pie y observó la pera con hambre, olfateó el tronco y las raíces antes de volverse hacia Nancy.

—Deberíamos comer. Mira esa pera… Por lo que he olido, no es venenosa. Tómala —le pidió.

Nancy se puso de pie y trató de alcanzarla alzándose en la punta de sus pies, pero sintió un golpe en la cabeza que la detuvo.

—¡Auch! —se quejó.

Entonces otra piedrita la golpeó en la frente; otra, a Gabe en el hombro; otra más, a Cola Roja en el lomo. Todos giraron la cabeza como locos para encontrar al culpable.

Sobre una de las ramas del árbol había una criatura pequeña, parecida a una rata. Llevaba sobre la cabeza un sombrero gris, sucio, y un gabán negro, con algunos parches; en la boca llevaba dos pipas: una larga y delgada y otra pequeña. Tenía una larga barba blanca. Sus cejas eran grandes, espesas, del mismo color de la barba, y ocultaban sus ojos negros. La criatura saltaba de una rama a otra, desapareciendo rápidamente, mientras les lanzaba piedras.

—¡Oye, deja de hacer eso! —gruñó Cola Roja.

La criatura lo observó enojada, se detuvo y sopló una de sus pipas, dejando escapar el humo.

—¡Aléjense de mi árbol, esta es mi casa, esa es mi pera y no pueden comérsela!

—Pero tenemos hambre. Además, solo queda una —dijo Gabe apuntando a la pera.

—Sí y es mía.

La criatura se acercó a la pera y se puso delante de ella, sosteniéndose de la rama con sus largos dedos llenos de pelo.

—Esta villa de árboles es mía.

—Pero si los demás árboles están secos y el único que tiene hojas es este —espetó Gabe enojado. Tenía hambre y el animal no iba a compartir la fruta.

—¿Quién eres? —preguntó Cola Roja.

—Soy sir Al Fir Darrig —contestó apoyando el bastón sobre la pera.

—¿Y por qué los demás árboles están secos? —Cola Roja levantó la mirada para ver mejor los demás árboles.

Sir Al Fir Darrig suspiró y se volvió hacia los árboles que tenía tras él. Parecía preocupado, como si aquel lugar fuera más que un simple bosque.

—No lo sé. Es como si hubiesen dejado de vivir por decisión propia. Ahora solo me queda este árbol, pero, igual que los otros, se está secando…

Al Fir Darrig levantó el bastón y, con un leve toque, las hojas empezaron a caer.

—Parece que aquí también está pasando —murmuró Nancy mirando a Cola Roja.

—Es peor de lo que imaginaba. Es mejor seguir nuestro camino; pronto caerá la noche. —Se sacudió el agua del pelo y empezó a caminar sin despegar la mirada del cielo.

Aunque el estómago de Gabe rugía por el hambre y no sabía en dónde encontrarían algo de comer, trató de olvidarse de esa idea y siguió al zorro. Nancy observó a Al Fir Darrig, que parecía a punto de decir algo, y aunque le dio lástima se dio media vuelta para continuar el camino. Entonces la rata dio un brinco y se interpuso. Cola Roja la observó confundido y los dos niños se miraron, antes de que esta se acercara a ellos juntando las patas como si rogara.

—¿U… us… ustedes saben por qué está pasando esto?

Cola Roja asintió. Al Fir Darrig se quitó el sombrero y lo sostuvo entre los dedos, apretándolo con fuerza; luego frunció el entrecejo con tristeza, dando pequeños pasos hacia ellos. Nancy tuvo pena por él, pero permaneció callada, esperando a que Cola Roja hablara.

—¿Podrían decirme qué es lo que pasa?

—No lo sabemos, pero ¿quizás tú sí sepas algo respecto a algo o alguien llamado rill? —preguntó Gabe.

—No, lo siento. No sé qué significa. ¿A dónde se dirigen?

Nancy dio un paso adelante para decirle lo que sabían, pero, antes de que pudiese decir algo, Cola Roja la interrumpió y contó todo sobre la Estrella y los bosques que morían.

—Viajamos hacia Sílgard, la ciudad de roca de los enanos.

—Quisiera ir con ustedes… si me lo permiten. Si puedo ayudar a que mi casa no muera, saldré de ella para hacerlo —dijo Al Fir Darrig mientras se ponía nuevamente el sombrero.

Los niños y el zorro se miraron durante un segundo. Cola Roja asintió y continúo por el camino hacia Sílgard. Los niños fueron tras él sin decir nada. Al Fir Darrig volvió corriendo al árbol, tomó la pera y la guardó en su abrigo.

# Sílgard, La ciudad de roca del este

La lluvia caía sin tregua desde hacía horas, lo que, sumado al cansancio y al hambre, hizo que el camino fuera difícil de recorrer. Bajo la guía de Cola Roja, los dos niños, exhaustos y con sueño, y la rata subieron hasta una montaña rocosa que tenía en el medio una mina con una puerta de madera ancha y cerrojos metálicos.

Cola Roja se detuvo en la entrada, se sentó frente al gran portón, permaneció en silencio durante un minuto viéndolo fijo, como si esperase que se abriera por sí solo. Gabe se acercó a la puerta, acomodando la cabeza en la madera. Nancy, en cambio, esperó junto a Al Fir Darrig, que miraba la entrada, desconfiado.

—Parece que no hay nadie —dijo Gabe mientras se arrodillaba y veía bajo la puerta.

—Solo debemos golpear. Los enanos son muy cuidadosos con quién entra en las minas. Ellos forjan artefactos mágicos, algunos de un poder inimaginable, así que debemos ser invitados para entrar —susurró Cola Roja golpeando en la puerta.

—Pero no hay nadie que nos pueda invitar. ¿Qué haremos ahora?

Gabe estaba seguro de que nadie los dejaría entrar, así que se dejó caer al suelo para descansar. Desde el otro lado de la puerta se escucharon unos pasos y el pequeño grupo se volvió para ver de qué se trataba. Una tabla se movió, dejando ver los ojos de alguien con unas espesas cejas oscuras, parecía poco amigable, solamente los miró de arriba abajo. Cola Roja dio un paso adelante y se inclinó haciendo una reverencia. Nancy, Gabe y Al Fir Darrig hicieron lo mismo.

—¿Qué desean? —dijo con voz fuerte y seca como la de un viejo.

—Somos viajeros del sur. Solo deseamos un lugar donde resguardarnos de la lluvia —dijo el zorro sin revelar su verdadera razón—. Hace más de seis horas que está lloviendo y deseamos descansar y algo de comer y beber.

Cola Roja parecía saber lo que hacía, se sacudió el agua que aún tenía en el pelaje y esperó a que hablara el hombre tras la puerta.

—Si desean entrar, una moraleja deben descifrar —rimó la voz con seriedad.

—Será lo más justo para ambos —aceptó Cola Roja—. Si no contestamos correctamente, nos iremos en paz.

—Así sea —dijo el ser tras la puerta—. Un rico hacendado coleccionaba caballos y solo le faltaba uno de determinada raza. Una mañana se dio cuenta de que su vecino tenía a este determinado caballo, así que trató día tras día de convencerlo de que se lo vendiera, hasta que por fin lo consiguió. Un mes después de que hizo la compra, el caballo enfermó y el hacendado llamó al hechicero de la región, quien le dijo: «Es necesario que le des al caballo esta pócima por tres días consecutivos. Después de ese tiempo veremos si ha mejorado. Si no lo hace, no quedará más remedio que sacrificarlo». Un cerdito escuchó la conversación. Al día siguiente, después que

el hacendado le dio la pócima al caballo y se fue, el cerdito se acercó a él y le dijo: «¡Fuerza, amigo! Levántate de ahí; si no, ¡vas a ser sacrificado!». Al otro día, el hacendado volvió a darle la poción y partió. El cerdito otra vez se acercó y le dijo: «¡Vamos, mi gran amigo! Levántate; si no, vas a morir. ¡Vamos, anímate, yo te ayudo!». Al tercer día el caballo recibió su pócima y el hacendado, al no ver gran mejoría en él, dijo: «Probablemente vamos a tener que sacrificarte mañana, porque puedes contagiarles el mal a los demás caballos». Cuando el hacendado se fue, el cerdito se acercó al caballo y le dijo: «¡Vamos, amigo, es ahora o nunca! Ya no queda más tiempo. ¡Ánimo! ¡Fuerza! Yo te ayudo… Vamos… Uno, dos, tres. Despacio… Ya casi… Eso es… Eso es… Ahora corre despacio… Más rápido… Fantástico… ¡Lo lograste, amigo! ¡Corre! ¡Corre! ¡Venciste, campeón! ¡Bravoooo!». En ese momento regresó el hacendado dispuesto a sacrificar al caballo, pero, cuando lo vio correr, exclamó: «¡Milagro, milagro! ¡El caballo mejoró! ¡Hay que hacer una fiesta! ¡Vamos a matar a este cerdito para festejar!».

Nancy observó a Al Fir Darrig intentando averiguar de qué trataba la moraleja, pero él no pudo contestar. Cola Roja se sentó en el suelo a pensar, pero aun así no sabía qué decir. Gabe dio un paso y miró el par de ojos oscuros que le devolvían una mirada fija por entre la rendija.

—La moraleja: es bueno ayudar a los demás… mientras no se arriesgue el propio pellejo —contestó el niño.

Del otro lado de la puerta una carcajada resonó. Cola Roja se puso de pie y miró a Gabe fijamente, con el hocico abierto por la sorpresa. La puerta se abrió y salió un hombre casi tan alto como Gabe, de barba larga y negra, con el cabello largo y oscuro; tenía fuertes músculos en los brazos y vestía un peto que le cubría el pecho. En la espalda portaba un hacha con una hoja grande y ancha, pero delgada, con algunos tallados; el mango era tan largo como él.

—Eres un enano muy sabio… Aunque nunca había visto a un enano sin barba —dijo mirándolo de reojo, antes de ver a Nancy y a Cola Roja.

—Lo siento, pero no somos enanos —aclaró Gabe divertido.

Al Fir Darrig dio un paso enfrente para que lo vieran, sostuvo su bastón adelante y miró al enano, pero este lo ignoró por completo.

—¿Cómo? Nunca antes he visto a una criatura de tal altura que no sea un enano —dijo serio cruzándose de brazos.

—Siento desilusionarlo, pero estas dos criaturas que ve delante de usted no son enanos y tampoco duendes —interrumpió Cola Roja—. Algunos los llaman «los hombres de antaño», pero creo que los conocerá mejor por su nombre original: son humanos, señor.

El enano se dio vuelta, abriendo los ojos para ver mejor a los dos niños, luego sonrió y negó con la cabeza, como si no creyese lo que veían sus ojos. Al Fir Darrig se puso delante del enano y llamó su atención con el bastón, dándole pequeños toques. El enano bajó la mirada. La tormenta parecía haberse detenido y los dos muchachos por fin respiraron con tranquilidad.

—Necesitamos comer —replicó Al Fir Darrig.

—Veo que están cansados. Adentro habrá fuego y comida. Es mejor entrar; pronto lloverá nuevamente. Por favor, síganme, desde hacía más de tres mil años nadie había vuelto a pisar estas tierras antiguas, así que es un placer para mí poder guiarlos a través de Sílgard.

—¿Sílgard? —preguntó Nancy.

—Así es —contestó Cola Roja, siguiendo hacia el interior de la mina—. Es la primera vez que voy a entrar en ella.

Cola Roja entró muy lentamente, seguido por los niños y Al Fir Darrig. Cuando el enano cerró la puerta, quedaron en completa oscuridad. De repente la salamandra apareció en el

hombro de Gabe, iluminando todo a su alrededor. Cola Roja se volvió hacia él, mirando a la salamandra con curiosidad. El enano se echó a reír al ver al pequeño animal sobre el hombro del niño.

—El espíritu del fuego —susurró Cola Roja.

—Al parecer, los humanos tienen mucho que explicar —musitó el enano acercándose a la salamandra, que de un salto llegó hasta el hombro de Nancy.

El enano tomó una antorcha que tenía apagada y la acercó a la salamandra, para que la encendiera, pero el animal no tenía ninguna intención de ayudarle y caminó por la espalda de Nancy hacia el otro hombro.

—¿Podrías ayudarme, jovencita? —le pidió el enano acercándole la antorcha.

—Nunca le hará caso, mi señor —contestó Cola Roja.

—¿Por qué razón?

—Las salamandras, desde tiempos inmemoriales, no comparten muchas cosas con el hombre y no creo que esta le haga caso a la pequeña.

Nancy no sabía por qué decía esto, si esa pequeña criatura no parecía tener miedo de ella; además, hasta ese momento ella nunca le había pedido ningún favor a la salamandra. Alejó la mirada de Cola Roja y la dirigió al enano, levantó las manos acunándolas y le pidió a la salamandra:

—Ayúdame a que esta oscuridad no sea tan profunda, por favor.

La salamandra desapareció de su hombro, dejando algunas chispas en el aire, y apareció en sus manos; la niña se inclinó sobre la antorcha y el espíritu del fuego se iluminó más. Nancy sopló con todas sus fuerzas al animal, y las llamas de este se desprendieron hacia la antorcha, encendiéndola.

—¡Ja, ja, ja, ja! —Dio otra carcajada el enano—. ¡Es bueno sorprenderse! Al parecer lo que he oído sobre los humanos es cierto. Ahora, síganme.

La salamandra volvió al hombro de Nancy, que quedó sorprendida, mientras veía que el enano y su hermano le sonreían.

Ayudados por la luz, continuaron por la galería. El suelo era rocoso al igual que los muros. Gabe pasó sobre algunas piedras sueltas, intentando no tropezar.

—Disculpe usted, señor enano, pero no nos ha dicho su nombre —dijo Gabe.

—¡Ah, qué olvidadizo! Soy Eurik, hijo de Eurrig, caballero de la orden de Firdur y fiel escudero del rey Eurrig de Sílgard —dijo con solemnidad. Hizo una pausa y continuó—: Y ahora, esperen aquí.

Eurik dio un paso adelante, sacó su hacha, la empuñó con una mano y con un fuerte movimiento golpeó el mango contra el suelo.

—¡Fuego! —gritó el enano.

En lo alto se pudo ver una luz que se extendió por los muros: era fuego que corría por delgados canales, por las paredes, hasta llegar a grandes candelabros que colgaban del techo. Como iluminaban desde lo alto, se vieron las altas columnas que sostenían el techo de la mina; después, a lo lejos, el grupo vio las figuras de dos enanos de pie con una antorcha en cada mano. La altura de la mina los sorprendió.

En las paredes laterales aparecieron, esculpidas en la roca, dos enormes estatuas de enanos que miraban hacia una puerta. El suelo había dejado de ser irregular; ahora era una superficie plana.

Nancy dio un paso adelante junto con Al Fir Darrig, que miraba temeroso. Gabe miró al

techo, intentando ver el final, pero no lo logró. Cola Roja avanzó sin despegar la mirada de Eurik, que sostenía el hacha en las manos y sonreía.

—¡Les presento a… Sílgard, la ciudad de roca del este! —exclamó levantando los brazos.

Caminaron hacia las estatuas. Nancy miró fijamente la figura que estaba a su izquierda: sostenía un hacha de hoja doble. Gabe miró la que estaba a su derecha: en cada mano tenía un hacha pequeña.

—¿Quiénes son?

—Son nuestros antepasados. Él es Ervig —señaló al de las dos hachas, luego al otro—: y él es Ercik. Los dos empezaron a construir esta ciudad; de ellos proviene Eurrig, nuestro rey.

—No puedo creer que haya tales cosas bajo tierra; es como si el mundo estuviese al revés —susurró Nancy, viendo a su alrededor.

—Le agradecemos su ayuda, señor Eurik. Solo permaneceremos una noche y luego nos iremos temprano en la mañana —aclaró Cola Roja.

En el gesto del zorro se podía ver preocupación y sorpresa, pues nadie había nombrado a Myrddin.

Al llegar a la puerta, los dos enanos que habían encendido el fuego se acercaron a ellos; la puerta era tan pequeña que parecía diseñada para niños, perfecta para ellos.

—Buenas noches —dijo Eurik, soltando una carcajada.

—Querido hermano, parece que has encontrado algo —dijo el que tenía barba y cabello rojos y rizados, pero los ojos tan oscuros como los de Eurik.

—Bueno, más bien ellos nos encontraron. Les presento a mi hermano Euler.

—Es un gusto. Parece que están cansados. Los dejaremos pasar —contestó.

El otro enano permaneció lejos, junto a la puerta, cuidando de la entrada. Euler y Eurik le dieron un fuerte empujón a la puerta para abrirla.

Al otro lado de la puerta apareció una gran ciudad; pequeñas casas construidas en los muros internos de la montaña. Hacía mucho había sido un volcán activo, pero hacía ya siglos había sido ocupada por enanos que la transformaron en su hogar. En el centro había una cascada que caía de un cráter lateral del volcán. Al ser perfectamente tallado en la roca, parecía que todo fuese parte de una obra de arte.

Bajaron por una calle que llevaba hacia una plaza. Había mujeres muy hermosas, con el cabello largo, y hombres, también con el cabello largo y con espesas barbas, todos de baja estatura. Caminaron lentamente, viendo el gran reino que se erguía frente a ellos, como si fuese un sueño. En el centro de la montaña había un gran árbol que crecía hacia lo que debía ser el cráter central del volcán, la cima de la montaña. Estaba seco y con las ramas agrietadas.

Los habitantes se volvieron para ver el pequeño grupo; Eurik los ignoró, pero Euler se detuvo para ver a sus acompañantes y luego a su pueblo.

—Parece que su visita dará de qué hablar —dijo avanzando con paso decidido hacia el centro de la plaza.

Nancy detalló al pequeño hombre: tenía una gran trenza, el cabello rojo, la nariz ancha y estatura más baja que la de Eurik. Gabe, aunque ya había olvidado la hora, seguía preocupado por su abuelo, quien debía haber despertado hacía tiempo; suspiró y corrió hacia su hermana para recordárselo. En ese instante aparecieron tres enanos con armaduras que resplandecían, una de las cuales era oscura como la plata negra. El enano que la llevaba tenía un bigote bien arreglado y el cabello rubio, con dos mechones a cada lado del rostro y dos pequeñas trenzas que caían por la nuca; miró a Eurik a los ojos. De repente, Eurik y Euler corrieron hacia él; el primero le asestó

un golpe en el estómago, pero el enano rubio lo recibió como si nada le hubiese pasado y le respondió con un cabezazo. Finalmente, Euler chocó el pecho del enano rubio y empezaron a reír. El rubio se volvió y observó a Cola Roja y a Al Fir Darrig, que mantenían la cabeza gacha y evitaban la mirada.

—Un zorro, un ratón y… —dijo pasando la mirada por cada rostro y frunció el entrecejo cuando se fijó en los dos niños— ¿enanos? ¿Sin barba?

Eurik y Euler sonrieron. Nancy, enojada, dio un paso al frente.

—Siento decepcionarlo: NO SOMOS ENANOS —bufó.

—Lo dice muy confiada, a pesar de esa estatura —respondió Euler.

—¿Seguro que no lo son?

Euler asintió.

—Entonces, ¿qué son?

—Humanos.

Su gesto cambió de seriedad a sorpresa. Se cruzó de brazos y empezó a andar alrededor, mirándolos.

—Los humanos están extintos. No queda ni uno solo sobre estas tierras. ¿Por qué les creería este disparate?

—Disculpe, mi señor —interrumpió el zorro.

El enano se volvió y lo miró enojado por haber hablado.

—Estamos aquí para cruzar el camino de Hundí.

—¿Y por qué razón debemos ayudarlos? —preguntó el enano rubio.

—Debemos entregar esta carta lo antes posible a Myrddin.

Los enanos se miraron fijamente y luego posaron sus ojos de nuevo en el zorro.

—¿El mago Myrddin? Hace mucho tiempo que no visita Sílgard y al parecer no le interesa lo que ocurra con ninguno de los reinos —replicó el rubio.

—¿Y de qué trata la carta? Mis queridos… ¿Cómo es que se dice? —les preguntó Eurik.

—Niños.

—Sí, niños. ¿Qué dice la carta?

Cola Roja se sentó en el suelo y se aclaró la garganta.

—Se la dejaré leer, pero debe prometer que nos dejará pasar.

—No prometo nada que no sea justo. Aunque la carta diga la manera de convertir el agua en oro, no puedo prometer nada hasta que lea su contenido.

Cola Roja suspiró y observó a Gabe, que miraba al enano con enojo. Nancy parecía asustada y Al Fir Darrig sujetaba su bastón con fuerza. Cola Roja dejó la carta en el suelo para que Eufir pudiese leerla. El enano se inclinó, la agarró y leyó atentamente la hoja. Aunque era refunfuñón, tomó seriamente la carta, dio media vuelta y empezó a alejarse, seguido por Eurik y Euler. Se dirigían a una colina de rocas; el camino era escabroso y a los dos niños les costó seguirles el paso.

Al llegar a la cima de la colina, vieron un gran vacío oscuro que atravesaba el fondo de la montaña. Un puente de roca cruzaba el agujero negro hasta el otro extremo, donde se erguía un gran castillo de roca; era tan alto que llegaba a la cima de la cueva; sus altas torres parecían perderse en lo oscuro del cielo que se filtraba por aquel cráter. Descendieron en dirección al puente; los enanos cruzaron mirando al frente con gran tranquilidad, mientras que el pequeño grupo conformado por los dos niños, la rata y el zorro observaba al vacío con temor. Aparte de algunas pocas rocas que sobresalían, no se podía ver nada del fondo del abismo, era como si no

tuviese fin.

El puente era largo y no tenía ningún tipo de baranda ni de seguridad; Nancy procuró ir en medio del grupo y no mirar hacia abajo. Gabe, temeroso de las alturas, miraba al enano enfrente de él para no bajar la vista y no perder la concentración; mientras avanzaba, pensaba que, si caía, se hundiría en aquella oscuridad, así que intentaba recordar una canción que su mamá le cantaba todas las noches, pero sin decirla en voz alta, pues temía que Eufir se enojase más.

Cola Roja se mantuvo callado durante el camino; como no sabía casi nada de los enanos, vigilaba cada movimiento de ellos. El olor que salía del vacío se parecía mucho al del azufre, pero era más fuerte, con un toque a carbón. Al Fir Darrig apoyó su bastón contra el borde del abismo, asomó la cabeza y con la patita se quitó el sombrero antes de inclinarse para ver abajo: una corriente de aire llegaba desde allí; parecía tan fuerte como para llevarlos hasta la cima del volcán.

Gabe estaba nervioso y preocupado por lo que Eufir había dicho, pero observaba extasiado la majestuosidad del castillo y las espléndidas esculturas en la roca que representaban a hombres y mujeres en una gran celebración. Cuando finalmente llegaron al otro lado del abismo, se detuvieron para admirar el hermoso cielo estrellado que se veía desde allí. Imponente, frente a ellos, se erguía el castillo. Se abrieron un par de puertas de hierro tan altas que, aunque los niños hubiesen sido gigantes, habrían parecido pequeños al lado de estas. Dos guardias con armaduras les dieron paso a los enanos y, enseguida, a los demás, que no podían creer lo que veían: un largo pasillo, demasiado ancho; el suelo era tan negro como el carbón, pero tan brillante como el ónix. Tanto el techo como los muros eran de vidrio. A mitad del ancho y largo pasillo encontraron un árbol frondoso, hecho en oro y con frutos de plata. Cuando llegaron al final del corredor de cristal, se encontraron de frente con otra puerta, que parecía hecha del mismo material del suelo, con decoraciones en oro y plata, y que en el centro tenía un gran sello.

Eufir, Euler y Eurik se detuvieron. Después, Eufir dio un paso al frente y empujó el gran portón negro, que se abrió de par en par.

# El concilio de Gudrun

Las piernas le temblaron a Gabe al ver el interior del gran salón negro: había seis sillas de plata y, enfrente, se erguía un gran trono de oro que tenía en la parte superior del espaldar el mismo sello que había visto en el portón; junto a este se hallaba otra silla de plata, muy diferente de las otras, con una luna llena en lo alto del espaldar. La luz atravesaba los amplios vitrales e iluminaba el salón, y las llamas de las antorchas formaban sombras fantasmagóricas en las paredes, pero eso no fue lo que asustó a Gabe, sino el conjunto de rostros adustos, sobre todo el del enano que se hallaba sentado en el trono. Su barba, rubia como su cabello, le llegaba al pecho; sobre la cabeza llevaba una corona que brillaba, reflejando los rayos que se filtraban en el salón. «¡Es hermosa!», fue lo primero que pensaron los dos niños. El oro de la corona había sido tallado para que tuviese la forma de un árbol: las raíces se extendían alrededor de la cabeza y en medio tenía una gran piedra negra. El rey vestía elegantemente, con una capa negra y un peto del mismo color adornado con grabados en el pecho.

De los ocho asientos, cinco estaban ocupados: el primero, lo ocupaba un hombrecillo de cabello largo y negro, con algunas canas, y cejas espesas, nariz larga y ancha, con una capa en cuero y botas del mismo color; tenía los brazos cruzados sobre el pecho y observaba al pequeño grupo que acababa de entrar. A su lado había un enano más bajo: con el cabello suelto y enredado y un gran bigote con el que se hacía una trenza que tenía al final una especie de lazo delgado; en la cabeza, un gran sombrero, cuya punta delgada como una aguja se elevaba medio metro; vestía ropas largas de cuero y algodón, su gesto era de confusión, estaba sentado al borde de la silla.

El tercero era un enano gordo, con el cabello castaño atado en dos trenzas anchas que en la punta se deshacían; tenía las mejillas rojas y rechonchas, y su bigote era espeso y le tocaba los pómulos como un par de cuernos. Llevaba ropas más cómodas; tenía chaleco y una bolsa en la cintura. Fumaba una pipa y no dejó de hacer escapar el humo desde que los vio entrar. Estaba sentado junto al trono, en la silla con la luna. El siguiente era el más bajo; era calvo y tenía una barba gris corta; sobre los hombros, una especie de capa que le caía a la espalda. Parecía estar pensando; sus ojos seguían fijos en los niños.

El último personaje de este grupo pintoresco tenía el cabello liso y castaño con una trenza que cruzaba por su cabeza como una serpiente, y la barba entretejida perfectamente, mejor que un tejido; vestía un conjunto completamente en lana y algodón marrón. Parecía más joven que los otros y no miraba a los visitantes, sino a los demás enanos.

Nancy tomó la mano de su hermano y miró a cada lado; notó que la salamandra había desaparecido, pero no se preocupó mucho porque había entendido que el animal aparecía y desaparecía a gusto propio. Gabe, aunque estaba confundido, mantuvo la calma, fijó la mirada en

el enano del trono y caminó hasta llegar al centro del salón, donde dos enanos que acompañaban a Eufir lo hicieron detener. Euler, Eurik y Eufir se acercaron y, con la mano en el pecho, se inclinaron en un saludo respetuoso.

—Mi rey, traigo noticias de Áradien —dijo Eufir.

—¿El bosque de Áradien? —preguntó desde el trono—. Bueno, dime qué ha ocurrido.

—Majestad, algo está matándolo y, según esta carta, ha empeorado.

—¿Matándolo? ¿Quién ha traído tales noticias?

—Mi señor, fue este grupo de… humanos y animales.

El rey se inclinó para verlos: Nancy sujetaba con fuerza la mano de su hermano, como si tratara de ocultarse de aquella mirada penetrante; Gabe le sostuvo la mirada sin moverse. Había algo en el gesto del rey que al niño no le gustaba: tenía unos ojos oscuros y malvados.

—¿Humanos? ¡Los humanos se extinguieron desde Dral! —gritó el rey.

—¡Lo siento, pero no es así! —interrumpió Gabe.

Todos los enanos se volvieron para ver al muchacho; el rey se acomodó en el trono y le devolvió la mirada a Gabe.

—¿Y quién lo dice? ¿Un sin nombre? —preguntó el rey con voz fuerte.

Gabe soltó la mano de su hermana, dio un paso al frente, le temblaron las piernas, pero se mantuvo firme, tragó saliva intentando aclarar la voz y, después de tomar un largo respiro, gritó:

—¡Mi nombre es Gabe y soy un humano!

—No te pareces a Dral: eres pequeño como un enano, pero no tienes barba y además eres delgado. ¿Cómo podría creer que eres un sucesor de Dral?

—Soy un niño. Mi estatura es así por causa de mi edad. Por eso no tengo barba.

—¿Quién te ha dado la carta? —preguntó el rey de los enanos.

—Una dríada del bosque me envió a buscar a Myrddin —mintió.

Gabe estaba tan enojado porque el rey no le creía que decidió decir que él en persona había sido elegido para buscar a un mago al que en realidad ni siquiera conocía. No quería mentir, pero el rey era tan cascarrabias y le recordaba tanto el comportamiento insoportable de su abuelo, era como verlo allí en frente, que se vio obligado a hacerlo.

Cola Roja clavó los ojos en el niño. Las espesas cejas del rey se juntaron, haciendo que se viese más viejo.

—Myrddin… —repitió el rey y empezó a reír fuertemente.

«¿Por qué se ríe?», se preguntó Gabe.

—Nuestra gente ha dejado de creer en él. ¿Dónde estuvo cuando la guerra llegó a la puerta de Abys? —dijo con voz suave, casi un susurro.

El niño no supo qué responder, pero mantuvo la mirada fija en el rostro del rey. Al Fir Darrig, que mantenía su mirada baja, se quitó el sombrero y, aún con la vista en el suelo, habló:

—Pedimos su ayuda. Mi bosque, mi pequeña casa, está muriendo, la Estrella del Sur no ha vuelto y todo, desde Áradien hasta el majestuoso bosque del noreste, está muriendo. Por favor, su majestad, solo debemos buscar a Myrddin —dijo juntando sus pequeñas manos en un ademán de súplica.

El silencio reinó en el gran salón y los enanos se volvieron hacia el rey, que parecía pensarlo.

—No podré tomar esta decisión yo solo, así que convoco al concilio —dijo con solemnidad.

Los demás enanos asintieron. Euler, Eufir y Eurik se sentaron en las tres sillas vacías: ahora ya se encontraba completo el cuadro.

El enano más gordo se puso de pie y con una amplia sonrisa dijo:

—Que la decisión que aquí se tome sea como la roca, que solo se rompa a fuego y acero. —Después fumó de su pipa y dejó salir de la boca una nube de humo.

—Entra en sesión el concilio de Gudrun —dijo el enano de la trenza.

Nancy, Gabe, Cola Roja y Al Fir Darrig dieron un paso al frente y el eco resonó en el interior del salón. Después, todo quedó en silenció, excepto por la respiración agitada de Gabe.

—¿Cada uno de los presentes entiende el deseo de estos forasteros? —preguntó el rey.

Todos asintieron y callaron. El enano que tenía la cabeza calva levantó la mano.

—Puedes hablar, Formby, hijo de Kirby.

Formby se puso de pie y miró al grupo, que esperaba nerviosamente sus palabras.

—Hace mucho tiempo, el montaraz Myrddin se alejó de toda conexión con Sílgard, sin hablar de la terrible desolación de Abys, cuando cayó Fafmall, hijo de Tughall: el que debía ayudarnos y defendernos prefirió esconderse. ¿Por qué razón debemos ayudar a que su desastre desaparezca? Opino que debe ser responsable de sus errores y que él mismo los resuelva.

Nancy no entendía nada de lo que decía, pero sí podía ver el enojo de los enanos con Myrddin. Otro de los enanos se puso de pie pidiendo la palabra. Era el que llevaba puesto el gran sombrero puntudo.

—Puedes hablar, Snorri, hijo de Mori.

—No niego la desaparición de Myrddin, pero las batallas luchadas en Abys sucedieron por causa de la avaricia de Félgur. Que el cielo caiga sobre mí si ese poltrait no deseaba más de lo que sus arcas podían guardar. —Snorri estaba exaltado por las palabras de Formby—. Pero, aunque todo esto haya sucedido, no podemos dejar atrás el hecho de que quizás algo esté pasando. Y si es verdad, ¿cuánto tiempo tardará en llegar a Sílgard?

Muy lentamente y aún con los brazos cruzados sobre el pecho, se puso de pie el enano de cabello negro y pidió la palabra.

—Puedes hablar, Höd, hijo de Halfdan.

—No apoyo ningún lado, pero si el peligro se acerca, lo mejor es ir por él primero.

Höd era muy serio, de voz gruesa y mirada calmada. Mientras estaba de pie, parecía pensar cada palabra que decía.

Lentamente, Eufir levantó la mano, a la espera de la voz del rey:

—Puedes hablar, Eufir, hijo mío.

Nancy miró de nuevo a Gabe, que le devolvió la mirada sorprendido. Si entendían bien, y estaban casi seguros, Euler, Eufir y Eurik eran hijos del rey.

—Que el consejo elija entre ayudar o no a Myrddin es cuestión tuya, padre, pero no puedo ser indiferente ante esta carta; así que debemos dejar pasar a los forasteros. —Apuntó hacia los niños sin dejar de mirar al rey.

El enano que fumaba pipa se puso de pie, sosteniendo su gran peso en las pequeñas piernas, mientras levantaba la mano:

—Habla, Hrolf, hijo de Hjör.

—No hay prueba de que esté pasando tal cosa. ¿Cómo confiar en estas criaturas, sin siquiera saber su naturaleza? Debemos mantenerlos en Sílgard, y si Myrddin desea ayuda, que venga él y reclame lo que es suyo —dijo mientras observaba al consejo, masajeándose la panza con la mano derecha y sosteniendo la pipa con la izquierda.

Hrolf miró a Cola Roja, quien bajó la mirada, sorprendido por lo que este decía; no podían permanecer allí sin ir en busca de ayuda. Pronto no habría nada que hacer.

—Se lo suplico, su majestad, déjenos ir, no cruzaremos por Hundí, si así usted lo desea, pero,

por favor, deje que llevemos este mensaje a Myrddin —rogó Cola Roja.

El rey se irguió y observó al grupo mostrando su enojo, como si no hubiese escuchado a Cola Roja ni a Al Fir Darrig. Eurik miró a su padre con preocupación.

—El concilio de Gudrun votará, empezando por su servidor —dijo Hrolf—. Apoyo que las criaturas permanezcan en Sílgard, hasta la llegada del bardo Myrddin.

Gabe observó al enano con enojo. Ahora sí le preocupaba no poder volver a casa; de seguro su abuelo ya habría despertado y encontrado sus camas vacías. Y para empeorar, ahora eran prisioneros de los enanos. Nancy, asustada, cerró los ojos intentando despertar de lo que empezaba a parecer un horrible sueño; al abrirlos, se encontró con un grupo de pequeños hombres que los observaban.

—Höd —dijo Hrolf.

Höd dio un paso al frente y miró al rey antes de girarse hacia los forasteros.

—Que continúen su camino, pero que no crucen Hundí —sentenció.

Cola Roja miró a Höd y haciendo una venia le agradeció.

—Snorri —dijo Hrolf.

Este se puso en pie y muy lentamente tomó aire, pensando su decisión.

—Apoyo a Höd: que continúen.

Gabe estaba más tranquilo: tenían dos votos a favor y uno en contra.

Permanecían inmóviles, cada uno con la mirada fija en un sitio: Eufir miraba al cielo, Euler miraba a su padre y Eurik veía al suelo, iluminado por la luz de las antorchas.

—¡Eurik! —exclamó Hrolf.

Eurik permaneció inquieto en su lugar, descansando los brazos sobre las piernas, antes de ponerse de pie.

—Apoyo a Höd —dijo en voz baja.

Nancy, aunque temerosa, le agradeció a Eurik su voto. Al Fir Darrig sacó una de sus pipas y se puso a fumar con aire preocupado. No podía entender cómo dejaban a votación el futuro de su casa, cuando estaba en peligro todo el bosque.

—Euler —llamó Hrolf.

—Apoyo a Hrolf —respondió con voz suave y clara.

—¡Formby! —El llamado asustó a Gabe, pues tenía la atención en el rey, quien permanecía en silencio.

Formby se puso de pie, sus pisadas resonaron en el salón y su mirada fría llegó hasta el grupo, que esperaba su voto.

—Apoyo a Hrolf.

—Eufir —llamó Hrolf.

Eufir, que miraba aún al cielo, cruzó los dedos, suspiró y se dirigió a su padre:

—Debo apoyar a Hrolf, pero aun así debemos saber qué ocurre más allá de los confines de Sílgard —dijo fríamente.

—El concilio ha hablado —sentenció Hrolf, sentándose en su silla.

Tres a cuatro estaban las votaciones y solo quedaba el voto del rey.

La votación hizo que le doliese el estómago a Nancy, o quizás era el hambre: habían pasado muchas horas desde que habían comido.

Hrolf permaneció callado durante un momento, alzó la voz y dijo:

—Que su majestad, el rey Eurrig, dé su orden.

Todos los enanos se pusieron de pie y miraron hacia el trono; el rey también se levantó.

—Que nuestros forasteros sean llevados a la torre este y descansen allí hasta la llegada de Myrddin, el montaraz bardo. Denles de comer y un lugar donde descansar. Sobre tu petición de ir en busca de lo que dice esta carta, Eufir, no podrá ser; no enviaré enanos más allá de Sílgard para esto.

El gesto de Eufir cambió: parecía decepcionado, pero no sorprendido.

—Esto termina aquí. El concilio ha hablado —concluyó el rey Eurrig.

Si antes le había dolido el estómago, ahora Nancy quería vomitar; estaba asustada. Gabe estaba petrificado. Cola Roja permaneció pensativo, con la cola abajo y los ojos fijos en las llamas de las antorchas. Al Fir Darrig estaba enojado: se quitó el sombrero y lo arrojó al suelo, indignado por lo que estaban haciendo.

El rey salió del salón y los demás enanos le hicieron una venia. Los guardias que habían acompañado a Eufir fueron por los forasteros para llevarlos hacia la que sería su prisión.

# El camino de Hundí

Desde arriba, en la torre más alta del castillo, a través de una ventana pequeña con una reja por la que ninguno podía pasar, se veía la ciudad.

A Gabe no se le ocurría una manera de salir de allí que no fuese caer al vacío. Nancy permanecía junto a la ventana, era innegable que la vista era hermosa, aunque estuviesen tan profundo bajo la tierra. Cola Roja permanecía acostado en un cojín junto a las dos camas que les habían dado para descansar. Nancy no podía dormir. ¿Cómo hacerlo si no podía creer lo que estaba pasando? Sin embargo, fue a la cama más cercana para descansar un poco. «Por lo menos intentaré escapar de este sueño durmiendo», pensó. Al Fir Darrig caminaba de un lado a otro, con las manos tras la espalda y el bastón en una de estas. Sentía que estaba perdiendo el tiempo y que estaba encerrado por culpa de alguien a quien no conocía en persona. ¿Dónde estaba Myrddin? Él solo quería acabar con la sequía del bosque donde estaba su casa.

Gabe se acercó a la bandeja de comida que les habían traído para cenar. «Por lo menos tenemos comida y un lugar donde dormir», se dijo. Tomó una pierna de pollo y le dio una mordida; Nancy lo vio desde la cama, se puso de pie e hizo lo mismo, se moría de hambre y no sabía si los enanos seguirían dándoles de comer y de beber.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Gabe masticando.

Cola Roja levantó la cabeza del cojín y lo miró pensativo.

—No lo sé. No pensé que estuviesen tan mal las cosas entre los enanos y Myrddin… —Suspiró y vio hacia la ventana.

—Pero no tienen derecho a retenernos aquí para siempre, ¿o sí? —dijo Nancy bebiendo un poco de agua.

—Para siempre, no —contestó Cola Roja—. Pero si continuamos en esta habitación, todo morirá, incluso el pasaje entre los dos mundos por el que ustedes dos entraron.

Gabe terminó de comer y fue directo a la puerta. Las palabras de Cola Roja lo habían tomado por sorpresa: tuvo miedo; no podía permanecer allí para siempre. ¿Qué pasaría con su padre, su madre, su abuelo y todo lo que amaba? Empezó a golpearla, pero nadie acudió.

—¡Rayos! Es injusto que nos encierren por algo que no hemos hecho.

—No quiero permanecer más en esta celda; quiero ir a casa —exclamó Nancy, volviendo a la cama.

Al Fir Darrig se acercó a la chimenea y puso un tronco para que el fuego no se apagara. Con su bastón le dio un empujón para llevarlo más cerca de las llamas, se dio vuelta y miró a sus acompañantes.

—Tengo una idea —susurró—. Podemos escapar por la chimenea: apagamos el fuego y trepamos por el muro hasta llegar al techo, desde allí bajaremos por los muros.

—No podemos hacer eso —interrumpió Gabe—. Antes de entrar, vi arqueros apostados en lo alto de las murallas que rodean el castillo y más allá, en la cima de la montaña, vigilando hacia adentro y hacia fuera.

—El peligro no está adentro —murmuró Nancy—. No somos un peligro; afuera hay algo más peligroso que un par de niños.

—Lo sé, pero los enanos no piensan de ese modo y, con lo ocurrido con Myrddin, quizás prefieran que él venga… pero solo para vengarse —conjeturó Cola Roja, se dio media vuelta y se acomodó en el cojín.

—Tampoco hay peligro en el bosque de la dríada —dijo Nancy rápidamente.

—Myrddin aparece cuando menos lo esperas. Es uno de los magos más brillantes y fuertes de estas tierras —susurró Cola Roja.

Gabe se alejó de la puerta y se recostó en la cama tratando de entender lo que pasaba. Si Myrddin era tal como decían, de seguro no habría abandonado a nadie, ni mucho menos habría dejado que ocurrieran las batallas que los enanos habían mencionado en el concilio.

—¿Crees que el abuelo se haya dado cuenta de que no estamos en nuestras camas? —Nancy se recostó sobre las cobijas.

—Es lo más probable, hay que aceptarlo: ya estamos castigados —respondió dándose vuelta para ver hacia la ventana.

Mientras el zorro y la rata dormían, Gabe permaneció en la cama mirando al techo, preguntándose dónde estaría Myrddin, si realmente él era el único capaz de sacarlos de allí y de alejar todo mal de ese lugar. ¿Qué había ocurrido con él?, ¿por qué no se había presentado ante el rey enano? y ¿por qué no había encontrado la Estrella? Se acurrucó en su cama y miró la puerta.

—No puedo dormir —susurró Nancy buscándole la mirada.

—Yo creo que Myrddin es nuestra única oportunidad de volver… Debemos encontrarlo.

El zorro se sacudió en su cojín, moviéndose bruscamente y agitando sus patas negras. Luego empezó a susurrar algo que no entendieron los niños.

—¡Aléjate, fuera! ¡No, no, déjanos ir! —gritó Cola Roja despertándose de su sueño.

—¿Qué pasa? —preguntó Nancy.

—Solo fue un mal sueño; no tiene importancia —dijo taciturno el zorro, mientras se acomodaba y se volvía a dormir.

Los niños se quedaron mirando al zorro.

«Supongo que todos tenemos pesadillas alguna vez», pensó Nancy.

—Pero ¿cómo encontrarlo? —prosiguió Nancy—. Si por lo menos tuviera un mapa podría leerlo, así quizás llegaríamos a alguno de esos lugares de los que ha hablado Cola Roja.

El sonido de unas llaves al otro lado de la puerta hizo que los niños se sentaran a ver quién era; la puerta se abrió y apareció Eufir junto a sus dos hermanos, Euler y Eurik. Los niños quedaron sorprendidos al verlos allí. Eufir levantó la mano y les dijo que no hicieran ruido para que no despertaran a Cola Roja ni a Al Fir Darrig. Se levantaron y salieron de la habitación en puntas de pies tratando de no hacer ruido. Una vez afuera, bajaron las largas escaleras. Al llegar a la entrada de la torre, unos pocos guardias los dejaron pasar sin ningún problema. Después de caminar durante un rato hacia una caverna, se detuvieron y los tres enanos miraron a los niños. Nancy volvió la mirada sorprendida cuando sintió que algo le caminaba sobre el hombro, una llama se encendió sobre el saco que llevaba y, después de iluminarle el rostro, apareció la salamandra, rodeada en llamas. Nancy sonrió al ver que aún seguía con ellos.

—Nunca hemos traicionado a nuestro padre —dijo Eufir preocupado—, pero hay cosas que

debes romper para que tu mundo, tu estirpe y tú puedan continuar.

—Necesitamos saber si en verdad son humanos —musitó Euler con sospecha—. No podemos confiarle nuestras vidas a cualquier criatura.

—Así que, por favor, sígannos —les ordenó Eurik.

Los niños asintieron y entraron en la oscura caverna. Eurik tomó una antorcha y la acercó a Nancy para que le ayudara a encender el fuego.

—¿Serías tan gentil? —le preguntó el enano.

Nancy no estaba segura de si la salamandra le ayudaría esta vez. Aun así, extendió las manos. Los dos enanos miraron a su hermano confundidos. Gabe asintió cuando su hermana lo miró nerviosa. Cerró los ojos y en voz muy baja susurró:

—Por favor, si esta es la única manera de salir de Sílgard, ayúdanos para encontrar a Myrddin.

Poco a poco, de la nada, comenzaron a aparecer algunas chispas. La pequeña salamandra cubierta de fuego se sacudió en la mano de la niña, viendo el rostro de todos ellos. Eufir se sorprendió por lo que podía hacer la pequeña. Nancy tomó aire, dio un soplo fuerte y el fuego se desprendió de la salamandra encendiendo la antorcha. Eurik soltó una carcajada y le pegó un golpe en el hombro a su hermano Eufir.

—Te lo dije: estos niños son criaturas mágicas, parece que he ganado la apuesta, me debes un cerdo —apuntó Eurik, dando un paso adelante para continuar hacia el interior de la caverna.

Eufir suspiró mientras entraba; los niños los siguieron y vieron que el camino descendía hacia la oscuridad por un estrecho camino rocoso. Nancy le dio las gracias a la salamandra, que subió a su hombro. El ruido de unos golpes llamó la atención de los niños: eran fuertes y parecían estar cada vez más cerca. Luego apareció una luz intensa y allí, en medio de las rocas, apareció un gran grupo de enanos que golpeaban con picos los muros de una gigantesca mina. Sobre los muros brillaban vetas de oro, que se recolectaba en carretas empujadas por los enanos. Euler se acercó a uno de los carros y todos lo siguieron.

—Ahora que nos hallamos en un lugar más seguro —murmuró Euler—, debemos hablar.

—Necesitamos saber quiénes son, de dónde vienen y qué desea Myrddin —Eurik habló rápidamente, como si temiera que lo escucharan.

—Y que nos digan qué desean ustedes —dijo al fin Eufir.

Gabe, en ese momento, pensó que los enanos, igual que todos en ese lugar, deseaban defender su hogar y su pueblo. Así que tomó coraje y habló.

—Simplemente deseamos volver a nuestra casa. —La mirada de los enanos era de confusión —. Venimos de otro mundo, donde nuestra raza es la más próspera, así que no hay mucho que decir. ¿Quién soy? Soy Gabe, hijo de Anton.

La respuesta del niño fue muy convincente. Nancy permaneció en silencio. Eurik se volvió hacia ella.

—¿Y tú? —La pregunta quedó flotando en el aire como un eco.

—No hay nada que desee más en este mundo que volver a casa. Mi nombre es Nancy, hija de Anton.

—¿No desean nada más…? ¿No desean también oro? —preguntó Eufir.

Los niños volvieron la cabeza hacia los muros y los carros llenos de oro. Para ellos todo el oro del mundo no era nada comparado con el hecho de volver a estar junto a su abuelo y a sus padres.

—¿Por qué habríamos de querer oro? Tenemos lo que necesitamos —dijo Gabe—. Además,

somos niños; no necesitamos de él.

—¿De verdad no desean tener oro? —dijo Euler.

—No —contestó Nancy.

—¿De verdad?

—No.

—¿Están seguros?

—Euler… creo que ya quedó claro que no desean oro —apuró Eufir seriamente.

—Lo siento —respondió.

Los enanos se miraron unos a otros. Eufir se cruzó de brazos y caminó hacia una gruta con unas escaleras que llevaban a un lado de la montaña; allí en lo alto había un gran salón lleno de armas y artefactos en acero. Gabe intentó mantener la calma, pero no pudo y corrió para ver las hermosas hachas, espadas y arcos que guardaban allí. Eufir lo siguió y se detuvo a su lado.

—Si deben partir… —las palabras de Eufir emocionaron a los niños: los dejarían ir, aunque aún no estaban seguros de la razón— necesitarán armas y no encontrarán mejores que las forjadas en el fuego de Abys.

Eufir sacó de un estante un hacha delgada y larga. El mango era delgado como un dedo, pero con las hojas anchas y talladas con letras que Gabe no entendió.

—Esta es Und Vellthun —dijo Eufir alzando el arma.

El metal brilló como si fuese plata. En medio de la hoja había una marca que se extendía hasta el mango.

—¿Qué significa? —preguntó Nancy con asombro.

—Buena amiga —definió Eurik.

—¿Buena amiga?

—Así es —respondió Euler—. No hay mejor amiga.

—Se llama así porque, aunque estés lejos, solo necesitas decir su nombre y ella vendrá en tu ayuda. —Eufir pasó los dedos por las hojas afiladas mientras les explicaba—. Esta hacha fue entregada por el rey poltrait a mi padre, en agradecimiento por la batalla de Abys. La batalla duró tres días, con sus soles y sus lunas. Miles murieron, pero, aun así, llevábamos la ventaja.

Eufir agachó la cabeza mirando sus ojos en el reflejo del hacha.

—¿Contra quién combatían? —preguntó Nancy.

—Far muhltres, criaturas horribles traídas de más allá de Verda, donde el viento es tan frío como el hielo y la tierra no da más que muerte. —La voz de Eufir era fría y lejana, como si hablar de estas criaturas lo hiciera temer—. Son monstruos creados en las aguas del río Adimme. Allí van las almas de los guerreros injustos, cuerpos caídos en batalla que fueron traídos de vuelta a este mundo mediante magia y se engendraron en las profundidades del Adimme. Solo reconocen el odio y el sufrimiento de sus vidas pasadas, así que no entenderán razón alguna y matarán lo que se interponga en su camino.

—¿Quién creó tales cosas? —Nancy no podía creerlo.

—Nadie lo sabe; llegaron hace mucho. La única que ha podido regresar de allí fue Gudrun, hija de Vestu. Su viaje fue largo y sus historias magníficas, pero también oscuras. De hecho, trajo las noticias de la creación de estas criaturas en aquel río —terminó Eufir.

—Pero hay más peligros, seres que buscan la destrucción de nuestro mundo, apoderarse de secretos tan poderosos como peligrosos: seguidores de Firkling, rondadores con un solo propósito —dijo susurrando—: destruir nuestro mundo.

—¿Rondadores? —preguntó Nancy frunciendo el entrecejo.

—Son brujas y hechiceros peligrosos, mi *lady*, por eso deberán tener cuidado —dijo Euler.

—Y ahora, sobre la carta que ustedes poseen: la tierra muere y debemos hacer algo —intervino Eurik—. Por eso están aquí.

—Y nosotros los ayudaremos con nuestra fuerza, si es necesario —dijo Euler.

Los niños vieron el hacha y luego se miraron entre sí, con miedo, pero con la certeza de que debían encontrar a Myrddin. Eufir les ofreció el hacha Und Vellthun. Gabe levantó la mano y la tomó temeroso. Aunque parecía pesada, era tan liviana como si fuese hueca. La elevó y con sus pequeños dedos acarició la hoja hasta llegar al filo.

—Gabe, hijo de Anton, recibe esta hacha en nombre de nuestra alianza y que el cálido viento del oriente te guíe —dijo solemne Eufir.

—Gracias —dijo Gabe—, pero no sé manejarla.

Los enanos se echaron a reír. Gabe bajó la mirada y levantó los hombros: era verdad, nunca había tocado un arma en su vida y ahora debía ayudar a todo un mundo a salvarse.

—Te ayudaremos con eso, no hay mejores maestros de hachas que los enanos, pero por ahora deberán cambiarse esas vestimentas tan extrañas. —Euler señaló la camisa que llevaba puesta Gabe y los zapatos que tenía Nancy.

Los acompañaron a una habitación donde les dieron las prendas adecuadas. Nancy solo había visto cosas parecidas en sus libros: los enanos le dieron un largo vestido azul sin mangas y un par de brazales de cuero fuerte y bello. Gabe se vistió rápidamente, emocionado al ver su nueva ropa, aunque no era nada parecida a lo que habría utilizado en casa. Se puso una casaca color calabaza pálido que amarró rápidamente en el encordado que llevaba enfrente; un cinturón de cuero, un pantalón azul oscuro y un par de botas polainas con cordones. Se puso de pie y fue hacia sus maestros de defensa, que empezaron a enseñarle como blandir el hacha.

Al salón entró un enano de cabello blanco, con largas patillas y bigote espeso; era delgado y llevaba un sombrero de tres puntas; la del medio era tan larga como una aguja de las que utilizaba su abuela para tejer. También traía un gran martillo atado a la cintura; y en las manos, un par de botas. Se acercó a la niña y la observó de arriba abajo. Nancy recibiría un regalo muy peculiar.

—Veamos, tú debes ser Nancy. Es un gusto, mi nombre es Furrim y tengo algo que quizás te quede —dijo inclinándose y presentándole el par de botas.

—Son hermosas —respondió ella, viendo lo delgadas que eran.

—Son botas silenciosas: el que las tenga puestas podrá bailar toda una noche ante alguien que duerme y este no escuchará nada… Con solo el pensamiento puedes silenciar cualquier sonido de quien las usa, sea cual sea. Además, se ajustan fácilmente de tamaño. Es una magia muy complicada de crear. Solo los enanos han podido inventar botas tan especiales.

La niña se sentó para ponérselas: inmediatamente se volvieron más pequeñas, ajustándose a sus pies. Se sentía muy cómoda. Empezó a bailar sobre las rocas zapateando y aplaudiendo, pero nada se escuchó, tal y como le había dicho el enano. Furrim fue hasta uno de los estantes, sobre el que descansaba un arco hermoso de madera oscura, lo tomó y se lo entregó a la niña.

—Este arco pertenecía a Gudrun, hija de Véstu, nuestro antepasado y antiguo rey de Sílgard. Úsalo bien.

Nancy lo tomó, sujetó la madera fuertemente, tensó la cuerda, suspiró y buscó a su hermano con la mirada. Gabe luchaba contra Eufir, quien le enseñaba a manejar el hacha.

—Und Vellthun nunca hará caso a un llamado falso de peligro. ¡Llámala solo cuando estés en peligro! —reveló—. ¡Debes sujetarla con fuerza; de lo contrario saldrá volando de tus manos!

Gabe sujetó el hacha con fuerza y la blandió como le había dicho Eufir. Este la detuvo y con un movimiento hizo que Gabe retrocediera.

—¡Ataca con fuerza y mantén la concentración! Sin ella no solamente perderás el arma.

Gabe supo de qué hablaba Eufir: de su vida. Se inclinó y atacó; esta vez Eufir tuvo que detener su ataque. Gabe volvió a atacarlo. El sonido del acero retumbaba en la habitación.

—Muy bien. Esto te salvará… o eso espero.

Eufir le enseñó a Nancy a disparar el arco: resultó ser más diestra en este arte de lo que ella misma pensaba. El enano la adiestró también con una espada corta, llamada Térion, arma preferida por los delant del sur. El inicio de la hoja era recto y en la punta se curvaba como una hoz; su empuñadura era delgada, hecha de ónix.

Después de varias horas de entrenamiento, a Nancy y Gabe los llevaron nuevamente a la torre. Los dejarían ir en dos días, pero deberían entrenar cada noche. Era verdad que dos días no eran suficientes para convertirse en un guerrero, pero era lo mejor que podían hacer si querían encontrar a Myrddin lo antes posible. Cola Roja y Al Fir Darrig no se enteraron de nada, pues Gabe y Nancy volvían antes del alba y se metían en sus camas para dormir. Cola Roja se preguntaba por qué en la mañana estaban tan cansados. Una noche, después de haberlos visto dormirse, Al Fir Darrig casi se dio cuenta de su escape, pero no ocurrió tal cosa.

La tarde del último día transcurrió normalmente. Nancy estuvo impaciente por ver nuevamente la luz del sol. El constante encierro y las largas noches de entrenamiento con el arco que le habían regalado la tenían agotada, pero no podía negar que Sílgard era hermosa: las calles estaban repletas de hermosas casas construidas en roca, y la increíble cascada que caía desde lo alto de la montaña hacia el interior, corriendo por un gran canal, abastecía a la ciudad. Había mucho ruido, por los cantos a todo pulmón de los enanos mientras bebían. Había en el aire un aroma a hidromiel. Todo era como en un cuento de hadas.

Al llegar la noche, mientras Cola Roja y Al Fir Darrig dormían, los enanos abrieron la puerta, entregaron la ropa y las armas y volvieron a cerrar mientras los niños se cambiaban.

El viento nunca había sido tan frío como aquella noche. Había cierto rumor en el aire que hacía presagiar que algo extraño sucedería: a lo lejos se escuchó el retumbar de muchos tambores, o eso pareció desde la alta torre. Gabe y Nancy corrieron a la ventana y desde allí pudieron ver al ejército de enanos correr hacia las puertas y cerrar la entrada. En lo alto de los muros vieron a los arqueros, que disparaban hacia algo, pero como la torre era más baja que los muros no tenían una visión completa. El rugido de miles de bestias resonó en la ciudad y los gritos de las mujeres y los niños estallaron por todas partes; el fuego ardió en las calles. A lo lejos vieron las catapultas y las torres con el puente levadizo; oyeron el fuerte clamor de los soldados que repelían el ataque de las bestias para que no entraran a la ciudad. Las rocas lanzadas caían, haciendo un sonido ensordecedor, casi cortante, destruyendo los muros y las casas cerca de la muralla.

Cola Roja se puso de pie de golpe ante el fuerte choque de una de las grandes piedras y corrió junto a los niños, que miraban aterrados. Al Fir Darrig también se levantó y corrió para ponerse el saco y el sombrero. Nancy y Gabe, asustados, se retiraron de la ventana y esperaron junto a la puerta.

—¿Qué hacen? ¿Por qué están vestidos así? —preguntó Cola Roja.

—Iremos en busca de Myrddin —dijo Gabe.

—¡¿Qué?! —exclamaron Cola Roja y Al Fir Darrig al unísono.

—No podemos permanecer aquí mientras ocurre esto —explicó Nancy, acomodando un poco

de carne seca en su saco, con pan y agua.

—Están locos; los asesinarán —dijo aterrado Al Fir Darrig.

—Si no hacemos nada, no solamente morirán ellos —sentenció Gabe viendo hacia la ventana —, sino también ustedes y nosotros.

—Pero… pero… ¿cómo saldrán de aquí? —preguntó Cola Roja preocupado.

Los niños tomaron aire cuando escucharon unos fuertes pasos acercarse por las escaleras. Lentamente se abrió la puerta: allí estaban Eurik y Euler.

—¿Qué pasa? —preguntó Nancy.

—Son far muhltres. Intentan entrar en la ciudad. Deben marcharse antes de que algo más ocurra —explicó Eurik.

—¿Están listos? —preguntó Euler.

Los niños asintieron. Cola Roja y Al Fir Darrig permanecieron inmóviles durante unos segundos antes de seguirlos. Al llegar abajo, solo escucharon los fuertes golpes de los tambores y los gritos de los enanos. Euler y Eurik los guiaron hacia la parte de atrás del castillo, los soldados se agrupaban para ir a la entrada de Sílgard y el olor a humo llegó hasta ellos. Esquivaron varios grupos de arqueros: sin un ápice de temor en los rostros. Al otro lado, justo donde terminaba Sílgard, había una gran puerta de ónix negro. Euler corrió hasta allí y tomó la manija del ala derecha; Eurik, la manija de la izquierda. Entre ambos jalaron. El sonido de la puerta al abrirse quedó oculto por el fuerte choque de una roca contra la pared del castillo.

—¡Señor! —gritó un soldado que se acercó a ellos.

Tenía la cara bañada en sudor y una maza de ocho cuchillas en las manos. Se veía muy cansado; parecía que hubiese estado corriendo hacía rato.

—¿Qué ocurre? —preguntó Euler.

—Han atravesado la entrada. Mi señor Eufir me ha enviado a buscarlos.

El enano esperó mientras Eurik se acercaba a los dos niños.

—Es hora de irse. —Se inclinó y sacó del bolsillo un pergamino viejo, una bolsa maltratada y una botellita, tan grande como un meñique—. Este es un mapa de los lugares más seguros o, por lo menos, los que aún se hallan lejos de la guerra; desde ellos podrán llegar a Qultre Dhagar; quizás allí encuentren al mago Myrddin. —Le entregó el mapa a Nancy y se volvió hacia Gabe con la botellita—. Esto es Lasdaly: unas cuantas gotas convertirán a cualquier enemigo en piedra.

—Es hora de pelear. Les deseo un buen viaje —agregó Euler y les dio la bolsa, que contenía una cacerola, una botella de aceite de flores de Áratrie, que los enanos producían con tanto amor, y otros objetos útiles—. Es siempre importante llenar la panza.

Gabe guardó el frasquito en la bolsa y se acomodó el hacha en la espalda, igual a como Eurik la llevaba. Se dieron media vuelta para entrar en el camino de Hundí.

Nancy, Gabe, Cola Roja y Al Fir Darrig entraron en la oscuridad, sin temor, pero con la incertidumbre de si algún día volverían a ver Sílgard. Euler y Eurik los observaron por última vez antes de cerrar la puerta, dejándolos en una completa oscuridad. Nancy llamó a la salamandra para que iluminara el camino. Acudió a ella inmediatamente y su luz les permitió ver el lugar.

El camino estaba acompañado de grandes columnas y enormes estatuas de guerreros. Todo estaba en completo silencio, los pasos resonaban en el vacío de la montaña. Gabe caminó dudando, ya que no podía ver bien dónde poner los pies; Nancy iba a su lado. Cola Roja y Al Fir Darrig caminaban tras de ellos, viendo los rostros serios de las estatuas de los guerreros, que se

iluminaban al pasar.

# Más allá del frío Camino

Los niños no sentían temor. Estaban convencidos de que llegarían a Qultre Dhagar y encontrarían al mago. El viaje duró más de lo que habían pensado; incluso con el mapa resultó difícil seguir el camino correcto. Tuvieron que recorrer rutas escabrosas, entre lagos de lava y caminos empedrados. Cola Roja no entendía por qué los enanos los habían dejado ir ni por qué les habían dado las armas; aun así seguía a los dos niños, pero con sus esperanzas no en ellos, sino en Myrddin. No quería dejarles la salvación de todo un mundo a un par de cachorros de humano, pero ellos eran los únicos que podían llevarlo hasta el mago sin necesidad de cruzarse con los crueles far muhltres. Decidió que permanecería cerca de ellos hasta saber dónde encontrar al mago… Después los dejaría.

Al Fir Darrig opinaba del mismo modo, pero temía que murieran y nunca pudiera volver a casa. «Quizás debí quedarme en casa», pensó, pero ya era demasiado tarde. Cómo extrañaba sentarse bajo la sombra de su árbol en un día soleado, fumando sus pipas mientras veía cómo las hojas se movían con el soplo del viento. Ahora solo podía sentir el calor que emanaba de la tierra bajo sus patitas; ya estaba cansado de caminar y se ayudaba del bastón para mantener el paso.

Nancy le decía a Gabe a dónde debían ir. Cada cinco minutos sacaba el mapa y lo desenvolvía para leerlo. Se quedaba entretenida con los hermosos dibujos y letras con que lo habían escrito, que la distraían de la oscuridad que la circundaba. La oscuridad era otro de sus peores miedos. Se encontró varias veces tomando la mano de su hermano para no sentirse sola.

Había cientos de lugares a donde ir, pero solo uno donde quizás encontrarían a Myrddin. El camino era largo y tendrían que pasar por lugares que, esperaban, los mantendrían alejados de la guerra. Gabe continuaba con el paso firme, aunque caminaba sin ánimo; se había comprometido con los enanos, así que cumpliría su palabra. Además, después de ver la horrible guerra que había llegado a la Ciudad de Piedra, no podía dejar que ellos murieran allí. Si Myrddin era la única esperanza, él lo llevaría a Sílgard.

El camino se convirtió en un extenso corredor de roca. Eran kilómetros y kilómetros de galerías. El aroma a tierra les decía que aún faltaba mucho para salir de la montaña.

En medio de la travesía, se encontraron una cueva dentro de la montaña, un lugar perfecto para descansar. Gabe buscó madera entre los escombros para encender una fogata. La salamandra bajó del hombro de Nancy y se puso en medio de los maderos para encenderlos. Al Fir Darrig no estaba de acuerdo con descansar, pero también se sentía cansado, así que no dijo nada, solamente se quitó el abrigo, lo extendió en el suelo y se recostó en él. Nancy acercó las manos a las llamas para calentárselas; hacía mucho frío. No dejaba de ver hacia las esquinas oscuras, en las que se formaban sombras inquietantes por el fuego.

Gabe sacó un poco de carne de la bolsa que le habían dado los enanos y la puso en una

cacerola con agua y aceite de flor de Aratrie. Aunque nunca había hervido ni siquiera agua, había visto cientos de veces a su abuelo y a su madre cocinar. Mientras la sopa de carne se cocinaba, se sentó y miró a su alrededor, viendo las enormes formaciones rocosas del techo, las paredes y el suelo; al igual que Nancy, se frotó las manos para calentarse. Cola Roja se acostó en un rincón de la cueva, junto al fuego.

—¿Por qué los far muhltres iniciaron esta guerra? —preguntó Nancy en voz baja, alejando la mirada de la oscuridad.

—No lo sé, pero si se crearon a partir del odio, no creo que se detengan —suspiró Gabe.

—¿De dónde vienen ustedes, niños? —preguntó Al Fir Darrig.

Hacía un tiempo que no pensaban en su hogar. Dublín les parecía tan lejano como si hubiese desaparecido o solo hubiese sido un sueño. Más que su hogar, extrañaban a sus padres. Nancy se cruzó de brazos y apretó los dientes; Gabe se volvió hacia Al Fir Darrig.

—Del mejor lugar para vivir. Allí viven personas que nos aman y a quienes amamos. —Sus ojos se perdieron en el fuego—. Lo mejor son la leche y las galletas que mamá nos da en las noches —dijo Gabe mientras se le escapaba una sonrisa.

—O los cuentos de papá después de jugar —completó Nancy.

Los dos se miraron y empezaron a reír. Al Fir Darrig los observó confundido, luego se acercó a la cacerola y la olfateó haciendo mover las aletas nasales.

—Esto huele de maravilla. ¿Qué es? —preguntó sobándose la barriga.

—Es sopa de carne de puerco con aceite de Aratrie y pan de trigo —contestó Gabe revolviendo la sopa.

—No pensé que los humanos cocinaran —dijo Al Fir Darrig sentándose cerca de la cacerola.

—Algunos de nosotros lo hacen bien… —replicó Nancy.

—Bueno, estoy enojado y debo decirlo —interrumpió el zorro.

Los niños se volvieron hacia él, que mantenía la mirada fija en ellos con un gesto de pocos amigos.

—Ustedes planearon esto junto con los enanos y lo ocultaron. Nos mintieron.

—No fue una mentira, ellos decidieron que nadie más se enterara, de lo contrario no podían dejarnos ir —contestó Nancy, manteniendo las manos cerca del fuego.

—Pero… nosotros no le diríamos a nadie —dijo Al Fir Darrig.

—Lo sabemos, pero era la única condición para poder salir de allí —contestó Gabe.

El silencio reinó. Nadie quiso hablar más del tema.

Cuando la sopa estuvo, Gabe tomó de la bolsa algunas tazas y les sirvió. Nancy partió pedazos de pan de trigo y se los entregó a Cola Roja y a Al Fir Darrig. No podían negar que estaba deliciosa, aunque Gabe nunca hubiese cocinado antes.

Mientras comían, la palabra *poltraits* llegó a la cabeza de Gabe. La había escuchado, pero solo algo sobre una guerra.

—Disculpa, Cola Roja, ¿qué es poltraits? —preguntó dándole una mordida al pan.

Cola Roja levantó la mirada de la taza, se sentó y contestó:

—Hacia el oriente existe una ciudad antigua, la ciudad gris de Abys. Alguna vez fue el reino más grande. Sus habitantes se llamaban poltraits, hombres y mujeres de gran tamaño, alcanzaban a tener dos metros de altura, de cabello tan largo que les llegaba a las rodillas, las mujeres eran tan hermosas que parecían hadas, con sus cabellos tan largos como los de los hombres, de piel tan blanca como la leche. Y los ojos… eran tan diferentes, tan hipnóticos que si vieras unos quedarías perdido en sus pupilas. Al principio parecen marrones, pero en el centro se vuelven

claros, como la miel. Algunos dicen que tenían la habilidad de encantar con la mirada o de crear ilusiones tan reales que creías que eran verdaderas.

—¿Y qué paso con ellos? —preguntó Nancy.

—Eran seres muy sabios, los mejores luchadores que podrías encontrar, pero llegaron los far muhltres y pelearon fuertemente contra ellos. Como llegaron tantos, pidieron ayuda a los enanos, que accedieron, ya que les debían favores. —Su voz se tornó oscura y baja—. En ese entonces, Véstu era el rey de los enanos y, junto a su hija Gudrun, peleó hasta que lo único que se pudo escuchar fue el lamento de los poltraits por sus hombres caídos. El rey Tughall envió a su hijo Félgur con un pequeño grupo del ejército hacia Adimme, para saber si se acercaban más far muhltres.

Gabe se inclinó, abrazando sus piernas, y Nancy se recostó sobre su capa mientras escuchaba a Cola Roja.

—Y es aquí donde nadie sabe con certeza lo que pasó. El reporte de Félgur decía que, al no ver ningún far muhltres, decidieron pasar por una de las colinas de Adimme, donde encontraron lo que ningún hombre había visto jamás: tesoros inimaginables, kilómetros y kilómetros cubiertos por piezas de oro…. Pero además del oro había algo más: una criatura. De lo profundo se oyeron algunos pasos. Félgur describió lo que vio y sintió. —Cola Roja hizo una pausa para recordar las palabras del entonces heredero al trono—: «Son como martillos… El suelo tiembla bajo nuestros pies; nunca había visto nada así. Lo primero que vi fueron sus largos brazos, que se arrastraban por el suelo arenoso, mientras sus enormes pies se acercaban hacia nosotros. Su respiración era entrecortada, casi ahogada, ya que su nariz era aplanada como la de un cerdo. Su piel era gris azulada, como la de un pez; sus manos eran grandes, con largas garras blancuzcas. Su cabeza era deforme y tenía el cuerpo de un hombre, pero era tan alto como un roble. Sus ojos eran oscuros como la noche».

El zorro detuvo su narración un instante.

—Les dijo que se llamaba Esus y que los destruiría. Félgur luchó contra ella y la venció cortándole la cabeza con un golpe de espada. Cargaron el oro, lo que sus caballos pudieron llevar, pero, cuando estaban saliendo, el eco de un grito los aturdió: era el padre de Esus, jurando que acabaría con los poltraits.

—¿Y qué pasó después? —preguntó Nancy.

—Después de esto pasaron los años, murió el rey Tughall y Félgur fue coronado rey, todos los llamaban Mano de Roca, por acabar con Esus con una sola mano. Pero, un día, la sombra de los far muhltres regresó y con ella la destrucción y la muerte de todos los poltraits.

Nancy permaneció junto al fuego; no quería ver hacia la oscuridad. Gabe se dejó caer de espalda para ver en el techo cómo las sombras temblaban por la brisa de los túneles. Se podía sentir el aire frío que llegaba desde todos lados y les calaba hasta los huesos. Gabe se arropó con la capa y, pensando en lo que Cola Roja les había dicho, se durmió.

Se oyeron voces… o eso le pareció al niño. Aún no quería abrir los ojos; de seguro su abuelo lo haría bajar para buscar huevos o le pediría ayuda con las ovejas. Se acomodó y se arropó la cabeza bajo la capa, pero las voces continuaron: eran demasiado agudas, muy molestas. Alguien caminaba demasiado fuerte y hacía imposible conciliar el sueño. Fastidiado y de mal humor, se quitó la capa de encima y se sentó pensando que Nancy era la responsable de semejante ruido, pero se encontró en la cueva y no en su habitación. De golpe, el recuerdo de lo ocurrido regresó a él: Nancy aún dormía envuelta en su capa y Cola Roja estaba dormido en la esquina de la cueva,

arropándose con la cola. Al Fir Darrig se hallaba cerca de la fogata, con la cabeza en un tronco.

Gabe se rascó los ojos para quitarse el sueño de encima. Entonces las voces que había escuchado mientras dormía se repitieron a lo lejos. Se puso de pie y se asomó tras una de las rocas. Desde allí, pudo ver a un par de criaturas horribles, del tamaño de un enano, con dientes largos y narices cortas, con la piel grisácea, verdosa. Llevaban una armadura y una espada. Parecía que discutían por algo, pero no les pudo entender.

Gabe miró hacia dónde se dirigían: iban por el camino por el que ellos debían ir. Dejó de seguirlos con la mirada y fue hacia Nancy para despertarla, que se sacudió fastidiada, pero aun así abrió los ojos y se dio cuenta, como su hermano un instante antes, de que estaban bajo tierra y no en la casa de su abuelo. Luego corrió hacia los demás, los despertó sin hacer ruido y los guio hacia la roca para mostrarles lo que había visto.

—¿Qué son esas cosas? —preguntó Nancy.

—Son ruk mélfurs —dijo Cola Roja—. Son las mismas criaturas que destruyeron mi hogar —reveló enojado y mostrando los dientes.

—Son duendes, pero ¿qué hacen aquí? —inquirió Gabe, recordando lo que les había dicho Cola Roja.

—No lo sé, pero no debe ser nada bueno.

—Debemos movernos; quizás haya más —advirtió Gabe alejándose de ellos, apagó los últimos leños que permanecían rojos y recogió el hacha y la cacerola.

Continuaron bajando al interior de la mina. Habían descendido tanto que el calor se hizo más fuerte. Todo parecía emanar vapor. Nancy detestaba el calor, así que se ató el cabello en una cola de caballo; había discutido con su hermano sobre cuál camino tomar, pero no podía decir nada porque parecía que aquel era el único camino para evitar a los duendes.

Bajaron una cuesta hacia una gran caverna: allí sintieron una fuerte brisa helada y el aroma era diferente: fresco, limpio.

Cuando entraron, a lo lejos vieron una cascada que caía en medio de la caverna. Era la primera vez que veían agua fresca desde su salida de Sílgard; el corazón les latía a mil.

—¡Es agua, Gabe, agua! —gritó Nancy.

—¡Lo sé, está fresca, quisiera nadar un rato!

Nancy corrió hacia el borde de la quebrada, que no era muy profunda, se inclinó y se humedeció el rostro. Gabe llenó las cantimploras y bebió. Cola Roja se acercó a la caída de agua hasta quedar completamente mojado. Al Fir Darrig dejó caer su sombrero y corrió hacia el borde de la caída de agua y hundió sus patitas en el agua fría, chapoteando.

—Debemos de estar cerca; el agua debe de venir de algún lugar en la superficie. —Nancy se humedeció la cabeza y se dejó caer de espaldas.

—Es verdad, aquí el suelo no es rocoso, es como la arena, solo que tiene un color parecido al de la tierra —dijo Gabe tomando un poco de tierra entre las manos.

—Hacía mucho no disfrutaba tanto del agua —dijo Cola Roja saliendo del agua, cerca de los niños, tembloroso.

Todos se echaron a reír y miraron a Al Fir Darrig, que bebía y suspiraba.

—¿Podemos descansar un rato aquí? —suplicó la rata.

—Creo que es buena idea. Nancy, llena tu cantimplora —contestó Gabe.

Mientras veían caer el agua de la quebrada, la sombra de una pequeña persona salió detrás de ella y los observó mientras jugaban. Cola Roja la observó, espantado. Era un duende, que se acercaba lentamente con una espada corta, apretando la mandíbula y mostrando los dientes

amarillos y filudos.

—¿Qué tenemos aquí? —exclamó el duende con voz pastosa.

Todos se volvieron para verlo. Gabe sacó su hacha, y Nancy, el arco. Cola Roja gruñó mostrando los dientes y Al Fir Darrig levantó el bastón, listo para usarlo como un arma. El duende dio unos cuantos pasos al frente, pero al verse superado en número sacó un cuerno y lo sopló.

El sonido recorrió hasta lo más profundo de la mina. Después, cientos de pasos y gruñidos resonaron. Guiados por Nancy, se echaron a correr por el próximo camino. Se deslizaron por una colina hasta llegar a una saliente, desde allí vieron varias cascadas que caían alrededor de lo que debía ser el centro de la mina, varios puentes colgaban allí.

Nancy observó el mapa. Seguramente había un modo de salir de aquel lugar, pero para llegar debían cruzar dos puentes colgantes que no parecían ser muy seguros. Los pasos se acercaron velozmente hacia ellos y el sonido agudo de las voces fue en aumento.

—¡Por allí, por los puentes! —gritó la niña.

Corrieron cruzando la brisa fría que dejaban las muchas cascadas que caían sobre el camino. Desde lo alto vieron arqueros duendes que disparaban hacia ellos; el sonido cortante de las flechas pasaba junto a los niños; tras de ellos había un grupo de veinte duendes pisándoles los talones. El constante balanceo del puente hacía difícil cruzarlo, pero pronto estuvieron cerca de la columna que sostenía el siguiente puente.

Los duendes estaban demasiado cerca.

Gabe se dio vuelta, sacó el hacha y de un golpe cortó la primera cuerda que sostenía el puente, luego corrió al otro lado, viendo a los duendes levantar las espadas, listos para atacarlo; entonces cortó la soga que sostenía el otro extremo. Trató de seguir a sus compañeros, pero algo lo sujetó del tobillo y cayó al suelo; el hacha cayó a un metro de él. Gabe volvió la mirada desde el suelo para ver qué lo detenía: una mano verde llena de venas delgadas lo sujetaba con fuerza, tratando de hacerlo caer en el abismo.

Nancy se volvió y al ver a Gabe allí, colgando en el borde y a punto de caer, quiso ir en su ayuda, pero una lluvia de flechas cayó desde lo alto hacia ella impidiendo que pudiese defenderse. Levantó el arco y apuntó a uno de los duendes que le disparaban. Intentaba mantener la concentración para no fallar el tiro, pero le era difícil viendo a su hermano al borde del precipicio con una criatura horrible que lo sujetaba del tobillo. Finalmente, Nancy tomó aire y fijó la punta de la flecha en el duende que la tenía bajo la mira desde lo alto, tensó la cuerda, soltó y cerró los ojos. Cuando los abrió, el duende herido caía al precipicio.

Gabe, desesperado, intentaba sacudirse de la criatura, agitaba la pierna, pero el agarre era demasiado fuerte.

—¡No pasarás! —gritó el duende, que abrió su enorme boca llena de dientes amarillos, dejando ver una lengua delgada como la de un lagarto.

—¡Suéltame, déjame ir!

—¡Morirás, enano!

—¡No soy un enano! ¡Suéltame!

El suelo arenoso no dejaba que sus manos tuviesen oportunidad de agarrarse. Su hermana no podía ayudarlo porque estaba atrapada bajo la lluvia de flechas… Entonces vio el hacha. Estiró la mano intentando alcanzarla, pero estaba demasiado lejos. Sus brazos no resistirían mucho. Aunque Eufir le había repetido varias veces el nombre del hacha, no podía recordarlo.

«Und filtur», pensó. «No, Und Aulger, no, ese no es, und…». Tomó aire y gritó con fuerza:

—¡Und Vellthun!

El hacha voló hacia la mano del niño. La alzó y, con toda su fuerza, lanzó un golpe hacia el brazo del duende, que soltó al muchacho y cayó al vacío mientras aullaba de dolor. Cuando Gabe pensó que estaba a salvo, sintió que algo lo agarraba por los brazos.

Era Cola Roja, que lo estaba ayudando a subir.

—Gracias —dijo fatigado, con los ojos aún en el abismo.

—No fue nada. Solo procura no volver a hacerlo.

—Te lo prometo.

Corrieron hacia Nancy y Al Fir Darrig, que permanecían tras un muro de roca que los mantenía protegidos de las flechas. Gabe y Nancy se abrazaron.

—Dios, pensé que caerías. ¿Estás bien? ¿No te pasó nada?

—Estoy bien —mintió; los rasguños del ruk mélfur le dolían—. Solo estoy un poco asustado.

—Eso fue increíble —dijo Al Fir Darrig, impresionado por lo que Gabe había hecho.

—Al parecer, los cachorros humanos son tan fuertes como los hombres de antaño —dijo Cola Roja—. Si esta es su fuerza, de seguro podremos llegar hasta Myrddin.

—Eso fue impresionante, hermanito. Pero, por favor, intenta no hacer de nuevo nada parecido. ¡Creí que caerías! Eso fue muy tonto de tu parte —dijo enojada.

—Quizás no lo notaste, pero había duendes por todas partes —replicó Gabe—. Debía hacer algo.

—¡Soy tu hermana mayor y te digo que sin mi autorización no puedes hacer tal cosa!

—¡No soy un bebé! —respondió dándose media vuelta para continuar el camino.

Gabe nunca se había sentido tan fuerte; aunque esperaba que la experiencia no se repitiera, lo enojaba que su hermana lo tratara como a un bebé.

# De lo que sucedió cuando perdieron el Camino

Nada podía cambiar el buen genio que tenía Gabe al salir: el sol resplandecía sobre bosque, sentía el olor a hierba y el rumor del viento que soplaba. Ya no había abismos ni mucho menos duendes. Nunca se había sentido así, sostenía el hacha cerca, se sentía fuerte, capaz de hacer grandes hazañas, caminaba con la frente en alto y sacando el pecho. Si se encontraba nuevamente con más peligros, no tendría tanto miedo de enfrentarse a ellos.

Nancy seguía con la mirada fija en el mapa, pero con su mente lejos, todavía dentro de Hundí, con la imagen de su hermano en un duelo a muerte con una criatura horrible; aunque debía reconocer que nunca lo había visto hacer una proeza tal. Ella tampoco había tocado un arma en su vida, pero con aquel arco en el hombro se sentía más segura; sabía que podría ayudar en algo, aparte de leer un mapa.

Seguramente sus padres estarían orgullosos de ellos… Bueno, su madre estaría aterrada y de seguro estaría gritando: «Pero ¿¡qué están haciendo!? ¡Esto es innecesario! Por el cielo, ¡que alguien los detenga! ¡Ayuda, ayuda!». El simple pensamiento de que estaban en alguna parte, lejos de sus padres, buscando a un mago, peleando contra seres mágicos y hablando con animales era descabellado. Ninguno había pasado mucho tiempo lejos de su familia. Ni siquiera habían estado a solas con su abuelo; y eso que era muy poco probable que sus padres conocieran la existencia de aquel mundo mágico. Nancy debía cuidar de su hermano, aunque él no estuviera de acuerdo.

Nancy se ató el cabello y se detuvo a examinar el mapa: había tres opciones que los llevarían a Qultre Dhagar, pero no sabía cuáles eran peligrosas. Cuánto le habría gustado tomarse una taza de chocolate caliente, de esas que preparaba su madre, mientras leía uno de los libros de la biblioteca de su padre… Alejó ese pensamiento y, acalorada por el sol, levantó la mirada. «Mejor que estar bajo tierra», pensó.

Se acercó a una roca al lado del camino, puso el mapa encima y meditó sobre cuál era la mejor ruta: podían ir por la montaña más próxima, pero para eso debían subirla; el otro camino era por unas laderas, pero allí no parecía haber dónde ocultarse; por último, había sendero en lo profundo de un bosque, oculto entre hojas y enormes árboles.

—¿Por dónde debemos ir? —dijo, apoyando el codo sobre el papel.

Al Fir Darrig, que no era muy conocedor de mapas y lecturas, se acercó y miró el pergamino. Para él estaba bien ir por el bosque, le parecía la vía más rápida y, además, entre las ramas podía moverse con mayor agilidad y comodidad. Cola Roja subió sus patitas en la roca y vio el mapa; acostumbrado a ir por lugares menos ocultos, propuso ir por las colinas. Gabe, igual que Nancy, opinó que si iban por la montaña o las laderas, los atraparían.

—Yo voto por el bosque. —Levantó la patita Al Fir Darrig.

—Y yo —soltó Gabe.

—Y yo también —dijo Nancy.

Cola Roja los observó: al parecer ya lo habían decidido. Si habían llegado hasta allí era por los dos niños, así que no dijo nada y se dirigió al bosque.

Caminaron hacia el sendero entre los árboles. Había robles y jacintos azules que crecían hasta donde llegaba la vista. Había otros árboles tan bajos que sus ramas se podían tocar con tan solo levantar los brazos; en sus troncos crecían enredaderas y en las bases, junto a las raíces, se podían ver cientos y cientos de tréboles y campánulas con sus pétalos azulados. Al Fir Darrig corrió en el prado de hierba alta y espesa, muy parecido al de su hogar; su cola se movía rápidamente mientras se dirigía al árbol más cercano. Trepó hasta llegar a la punta de una rama, se paró en las dos patas traseras y observó alrededor desde lo alto.

Nancy se inclinó sobre un jacinto para olerlo: era tan dulce que le habría gustado arrancar uno para llevarlo con ella, pero prefirió no hacerlo, pues no sabía qué criatura vivía en él.

Cola Roja no se alejó mucho de los niños. Observaba cada árbol con desconfianza; sus ojos estaban atentos a cada movimiento. Era un bosque muy hermoso, y recordó una de las enseñanzas de su padre: «La belleza es el más peligroso de todos los encantos: no solo encanta la vista, sino también el olfato, el tacto y el oído. Su hechizo debe ser roto antes de que engañe al espíritu o la muerte será inevitable». Caminó vacilante entre la hierba, le pareció reconocer algunas flores, pero no recordó dónde las había visto antes. Vio a Al Fir Darrig en lo alto: parecía disfrutar del campo, brincando de rama en rama mientras los hermanos caminaban entre hojas y arbustos. Todo era tan… ¡perfecto! Aunque tenía sospechas, reemprendieron la marcha.

Gabe tenía dolor en una pierna, pero trataba de no demostrarlo y mantener el paso; aunque el ardor era un fastidio, creía que podía continuar sin problema. A medida que avanzaban, el camino se hacía más hermoso: había más jacintos y más campánulas, los prados se hacían más frondosos y verdes, había más árboles y flores… siempre un poco más de todo. Los pies maltrechos y el cansancio general les decían que habían caminado por varias horas, aunque el sol seguía brillando alto y el bosque se seguía extendiendo hasta donde llegaba la vista. Siguieron caminando hasta llegar a un tramo lleno de jacintos, campánulas, tréboles y un césped tan verde que parecía artificial. Cola Roja se detuvo y observó tras de él. Luego miró a los niños, a los que se les notaba el cansancio, aunque mantenían el ánimo intacto. Al Fir Darrig corría entre las ramas dando saltos, pero sus orejas ya estaban abajo por la fatiga. Cola Roja les indicó que se detuvieran; los demás lo observaron confundidos: ya casi salían de bosque… o, bueno, eso era lo que pensaban.

Cola Roja gruñó sin dejar de examinar el bosque: aunque avanzaban, nunca salían.

—La belleza es el más peligroso de todos los encantos —repitió las palabras de su padre.

«¿De qué habla?», pensaron. «Debemos seguir, ya casi llegamos, no podemos detenernos», pensó Nancy.

Cola Roja olfateó el suelo, levantó su nariz negra y olisqueó el aire: todo era demasiado calmo. «Que las pulgas no me dejen dormir esta noche si aquí no está pasando algo extraño», pensó.

—Nos han conducido unos pixies —dijo Cola Roja.

Ya había visto a esas criaturas antes; su padre le había enseñado a reconocerlas; aunque había varias especies, las más molestas eran a las que les encantaba engañar.

—¿Unos qué? —preguntó Al Fir Darrig.

—Unos pixies. Son pequeños y difíciles de ver, pero hay una forma de reconocerlos —

explicó el zorro—. Les gusta encantar a los viajeros y hacer que se pierdan.

Observó y olfateó con atención, pero no encontró nada.

—¿Pixies? —preguntó Nancy.

—Así es. Debemos encontrarlos para salir del hechizo.

Caminó cerca de los árboles, olió las flores e incluso arrancó una amarilla que crecía junto a un roble, la llevó hasta los dos niños y la dejó en el suelo. A Nancy la flor le pareció muy bonita y pensó: «¿Por qué tuvo que arrancarla? Solo era una pequeña flor».

—Ahora debemos comer un poco de estas prímulas. Bien lo decía mi padre: «De color amarillo son y a veces brillan como el sol; si buscas algo que no está, de seguro te lo mostrarán».

—¿Comer flores? —preguntó Gabe, que odiaba los vegetales y no quería comer flores.

Observó los pétalos y suspiró. Cola Roja lo miraba con atención; recordó cuando su madre le servía brócoli y su padre se sentaba a su lado a la espera de que dejara de jugar con los arbolitos verdes; no le despegaba la vista de encima hasta que se los había comido todos.

Nancy se agachó y tomó la flor, la partió en cuatro pedacitos y le pasó uno a cada uno. «Si he comido las verduras obligado por papá, ¿por qué no comer un trozo de pétalo para continuar el viaje?», pensó el chico. Se llevó el pétalo a la boca y lo masticó; todos hicieron lo mismo. El sabor a hierbas le llenó la boca; extrañamente no sabía mal: era tan dulce como el azúcar. Mientras masticaban, observaron el camino: lentamente, como si le quitaran un velo de los ojos, la vista de cada uno empezó a aclarase. El bosque se les presentó de una manera muy diferente: la belleza era mucho más natural; además, vieron que algo se movía entre la hierba, entre los tréboles: como pequeñas hojas sacudidas por la brisa. La responsable era una criatura del tamaño de un lápiz. Unas largas espigas de césped se extendían sobre su cuerpo como una capa, del cual crecían pequeñas florecitas, como esas que se les ponen a los ramos; el cuerpo era verde, como el césped, tenía orejas puntudas y sus ojos eran tan negros que eran difíciles de ver. Parecía que podía caber cómodamente en el bolsillo de una camisa. Tenía el cabello negro y un gorro hecho de hojas verdes que casi le ocultaba la cabecita.

Nancy intentó acercarse, pero Cola Roja no se lo permitió; se limitaron a observarlo. Entonces la hierba se sacudió y el paisaje se transformó: cientos de pixies empezaron a aparecer. Los viajeros escucharon sus risitas, mientras corrían de un lado al otro; a veces los veían y a veces no: corrían demasiado rápido y se camuflaban con la naturaleza. Todos, menos Cola Roja, estaban asombrados.

—No puedo creer que hayamos caído en esto —renegó Gabe, rascándose la cabeza.

—Es difícil de creer cuando es la primera vez. Curiosamente, son criaturas muy trabajadoras… cuando quieren —dijo Cola Roja, que se sentía muy feliz de recordar lo que su padre le había enseñado.

—¡Miren allí! —Gabe apuntó a un pequeño arbusto.

Un pequeño pixie, acurrucado y con las manos sobre la tierra, dejaba ver su hermosa espalda, tan quieta como un pedazo de hierba o un arbusto de verdad.

—¿Y ahora qué debemos hacer? —Se cruzó de brazos Al Fir Darrig.

—Solo debemos continuar. Ellos no nos harán nada. Solo se estaban divirtiendo.

Los viajeros continuaron, con cuidado para no pisar a ningún pixie, quienes, al ver que ya no podían engañarlos, empezaron a correr por el campo cantando y riendo.

—El juego ha terminado; el camino han encontrado —cantaban al unísono—. Ya se pueden ir, aunque con un golpe en la nariz.

Dicho esto, un pixie dio un salto y le dio un golpe en la nariz a Al Fir Darrig, mientras los

demás corrían entre la hierba escondiéndose.

—¡Ouch! —gritó.

Los niños y Cola Roja se echaron a reír sin detener la marcha.

Cuando por fin dejaron el bosque de los pixies, Nancy trató de encontrar en el mapa el lugar en el que estaban; se sentó en el suelo para leerlo mejor, pero nada: ese lugar no existía… o por lo menos no en el mapa. Levantó la mirada al cielo y buscó el oeste. Estaban en un camino, pero no el correcto. El hechizo de los pixies los había llevado lejos de la ruta que habían tomado al inicio.

—Este no es el camino que lleva a la ciudad —dijo Nancy.

—Esos pixies son una molestia —refunfuñó Al Fir Darrig, golpeando el suelo con su bastón.

—¿Ahora qué haremos? No pienso moverme hasta no saber qué camino tomaremos —renegó Gabe.

—¡¿Qué?! No puedes quedarte solo y mucho menos aquí. Es peligroso; podrían venir duendes o cosas peores. Deja de ser un bebé y continúa —dijo su hermana enojada.

—No soy un bebé. Todo es culpa tuya. Estamos atrapados aquí por TU culpa.

—¿Mi culpa? ¡Tú también caíste en el hechizo! Si crees que puedes ir solo: ¡hazlo!

—Está bien. Yo puedo solo porque ya no soy un niñito.

El zorro empezó a gruñir.

—¡Silencio! Haber perdido el camino no significa que debamos perder la cabeza. ¡No nos separaremos! —gritó enojado.

Los niños tomaron aire y se calmaron.

—Continuemos juntos. Nancy, ¿qué camino debemos tomar? —preguntó Cola Roja.

Nancy se agachó para ver el mapa. Los demás la imitaron.

—Creo que estuvimos caminando en círculos. Debemos ir hacia el oeste.

Gabe dio un paso, pero el tobillo le dolió tanto que tuvo que frenar. «¡Qué suerte la mía! Primero me llamaron enano, después intentaron matarme, luego trataron de lanzarme a un abismo y para terminar me lastimé una pierna. Es injusto que me pasen tantas cosas», pensó.

Gabe dejó que el grupo avanzara y se levantó la bota del pantalón para ver la herida: tenía dos rasguños que se veían rojos e hinchados; le dolían como un golpe y le daban comezón, pero, como su abuelo le había dicho que nunca se rascara una herida o picadura de mosquito, solo bajó la bota del pantalón y alcanzó a los demás.

El cielo aún brillaba hermosamente; las mariposas volaban como bailando vals: sus alitas eran tan rápidas que era imposible seguirlas. Gabe caminó hacia ellas, intentando no hacer ruido para no asustarlas, pero, a medida que se acercaba, cambiaban de forma. Cuando estuvo a menos de dos pasos descubrió que eran aves de diferentes colores que cantaban una canción, tan hermosa, tan alegre y tan tranquila como una canción de cuna. Nancy también escuchó el canto, mientras que Al Fir Darrig y Cola Roja discutían sobre cuál camino seguir.

—¿Qué cantan? —le susurró a su hermano.

—No lo sé.

Ambos se quedaron en silencio viendo las aves mecerse en el aire. Eran de colores hermosos. Una de ellas era azul oscuro, su cola era larga y se curvaba al final en forma de lira, el cuello era delgado y largo y tenía sobre la cabeza una corona de plumas que brillaba como una joya; las patas eran largas, con garras afiladas. Las otras aves eran parecidas, pero rojas, violetas o verdes; otras eran amarillas o naranjas; unas pocas eran negras. Todas eran bellas y sacudían los penachos y las alas bajo la luz del sol, danzando con un compás difícil de describir. Los niños

pusieron atención a su canto, aunque era muy difícil escucharlo sin dejarse llevar por la melodía.

*Dime cuándo creerás, dime cuándo lo verás.*
*Vi el mundo frente a mí florecer de pronto.*
*Si piensas que verás el sol de pronto.*
*Si piensas que oirás el cantar del viento.*
*Si piensas en caer, no verás el amanecer.*
*La luna brillará en las noches y*
*el sol iluminará el verde prado,*
*y muy dentro de ti sabrás que tú habrás cambiado.*
*¿Cuán fuerte pelearás? ¿Cuán fuerte creerás?*
*¿Desearías ver las flores florecer?*
*¿Desearías ver el agua correr?*
*¿Cuán fuerte pelearás? ¿Cuán fuerte creerás?*

El canto era hermoso; no se parecía a nada que hubieran escuchado antes. La melodía armoniosa y letárgica los invitó a bailar y a adormecerse, pero no durmieron, solo observaron el espectáculo alado que los rodeaba.

El zorro y la rata dejaron de hablar cuando las aves los rodearon a ellos también.

—¡Qué hermoso! —dijo Nancy con la boca abierta.

—¿Qué son? —le preguntó Gabe a Cola Roja.

—No lo sé, pero son muy hermosas.

—¡Hola, hola! —gritó la rata—. Hermosas damas, mi nombre es sir Al Fir Darrig; esperamos no ser inoportunos.

Las aves sobrevolaron el claro y descendieron sobre un arbusto, esta vez en silencio, viéndolos fijamente. Sus picos eran cortos, tan blancos como la leche.

—Saludos, visitantes —respondió un ave azul.

—¡Hola! Nosotros somos Nancy y Gabe. Ellos son Cola Roja… Y, bueno, ya saben quién es él —saludó Nancy.

—Siento ser indiscreto, pero nunca había visto aves como ustedes, ¿podrían decirme de dónde provienen? —preguntó Cola Roja.

Las aves se miraron unas a otras. Luego una anaranjada dio unos cuantos pasos sobre una rama, levantó las alas, sacudiéndose, y empezó a hablar.

—Somos harpfowlls.

—Harp… harp… plou… —intentó decir Gabe.

—Aves harpa. Creí que se habían extinguido después de que Abys cayera. —Cola Roja se sentó, recordando los dibujos de las historias que había leído.

—Cuando la guerra llegó a Abys, volamos al norte, donde estuvimos un tiempo… Hasta que la guerra llegó allí, incluso al frío norte —se lamentó una harpfowll verde.

—Después —interrumpió una roja— vinimos aquí, pero creemos que la guerra también llegará. —Se limpió las plumas, acicalándose con el pico.

«Pobres animalitos», pensó Nancy, «seguro que están cansados de viajar, aunque no se les note. Se ven muy tristes».

—¿Podrían decirnos en dónde estamos exactamente? —Gabe tomó el mapa de las manos de

Nancy y lo extendió en el suelo.

Las aves observaron el mapa y negaron con la cabeza; luego una amarilla se posó en el mapa y dijo:

—Lo siento, pero este camino no está allí.

—¿No? Entonces, ¿dónde rayos estamos?

Gabe estaba cansado de caminar y quería tomar una siesta o por lo menos sentarse.

—Pues aquí —dijo melodiosamente una harpfowll negra.

—¿Dónde? —dijo Gabe mostrándole el mapa.

—No allí —respondió el ave negra, dio un salto desde el arbusto, cayó al suelo y con las patas dio un pisotón—: aquí.

El niño enojado cerró el mapa y se lo entregó a su hermana. Estaban perdidos… Y no solamente eso: tenían muy poca comida y agua. La única cantimplora que tenían la habían bebido casi completamente.

—¿Ahora cómo llegaremos a Qultre Dhagar? —preguntó Al Fir Darrig, sentándose en una pequeña roca.

—¿Quieren ir allí? —preguntó un ave roja, aleteando.

Sus plumas cambiaron de un maravilloso tono brillante a uno opaco y sin vida. Cola Roja miró al suelo, contrariado.

—¿Ocurre algo allí? —preguntó.

—Vivimos allí hace unas cuantas semanas, pero algo repentinamente cambió —susurró una harpfowll azul—. Fue como si los árboles y las flores hubiesen dejado de vivir en paz. Luego llegó un ejército de duendes quemando todo a su paso, asesinando y tomando a las brujas como prisioneras de guerra. Robaron sus objetos mágicos y las dejaron indefensas.

—¿Quién lideraba a los duendes? —preguntó Nancy con tono serio. No sabía mucho sobre guerras, solo lo que había leído en libros, pero era obvio que esas criaturas seguían los mandatos de alguien.

—No lo sé. Nunca lo habíamos visto —continuó la misma ave—. Pero escuchamos —ocultó la cabeza bajo sus alas y musitó en forma de secreto—: que dio la orden de que vigilaran todos los calabozos del castillo.

Nancy supuso que allí tendrían a Myrddin. Si era verdad, debían ir lo antes posible.

—¿Cómo podemos llegar a Qultre Dhagar? —preguntó Gabe.

—Por ese camino; tras los arbustos hay un río —dijeron en coro—. Deberán nadar hasta la boca del río y allí estará el reino de las brujas: Qultre Dhagar.

—¿Nadar? Estamos muy lejos para llegar. No creo que podamos hacerlo —replicó Cola Roja.

—¿No hay otra manera? —preguntó Al Fir Darrig.

Las harpfowlls se irguieron, estiraron el cuello, mostrando su esplendor y entonaron:

*Si miras a través de las claras aguas,*
*podrías apreciar sus preciados ojos.*
*Si llamas a través de las profundas aguas,*
*podrías ver…*
*Pronuncia su nombre y él acudirá a ti.*
*Repite su nombre con tranquila voz*

*y él acudirá a ti.*

La hermosa melodía quedó flotando en el aire.

—¿Y cuál es su nombre? —preguntó Nancy.

—Únus —cantaron.

Luego las harpfowlls se echaron a volar y se alejaron.

—¡¿Adónde van?! —les preguntó Al Fir Darrig.

—El sol empieza a ocultarse, debemos guardar nuestras plumas de la luz de la luna o desapareceremos, buen viaje —dijeron al unísono.

Se quedaron viendo cómo se alejaban, dejándoles el recuerdo de sus voces. A medida que se distanciaban, se volvían pequeñas mariposas de colores.

# El caballo de agua

Cuando llegaron al lago, no vieron caminos para cruzarlo. Eran aguas claras, pero profundas. El lago era largo y ancho, los árboles apenas se veían y alrededor se dibujaban grandes montañas llenas de bosques. En las orillas cercanas había hermosos cerezos rojos y amarillos, a cuya sombra crecían miles y miles de hongos rojos y blancos de todas las formas posibles.

El aire tenía un aroma tan delicioso que los niños no dejaban de suspirar, admirando lo que los rodeaba. El agua era tan limpia que cada uno bebió y llenaron la cantimplora.

Estando allí, Gabe pensó que esa aventura nunca debía terminar; se alegró de tener a su hermana junto a él y de poder ver eso juntos.

El viento del lago los hizo sentir frío, así que se cubrieron con las capas. El sol ya había bajado y tenía un espléndido naranja intenso, con un ligero matiz amarillo que hacía que el cielo pareciese de oro. Los niños miraron al horizonte, donde las montañas se hacían más altas. «¿Dónde se supone que está Únus?», pensaron. No había un alma a kilómetros; o, bueno, eso les pareció.

Cola Roja se mantuvo lejos del agua, mientras que los demás caminaban tranquilamente cerca de la orilla, incluso jugaron a lanzar semillas de los cerezos al agua para ver cómo rebotaban: el que las hiciera brincar más veces ganaba. Gabe lanzó primero: brincó tres veces antes de quedar flotando; luego fue el turno de Nancy: empató a Gabe. Al Fir Darrig tomó una semilla con su larga cola y, dando una veloz vuelta sobre sí mismo, la lanzó: brincó cinco veces.

—Ahora te toca a ti, Cola Roja —dijo Nancy, ofreciéndole una semilla.

—¿Yo? ¿Jugar… a eso? No. Es un juego tonto. Prefiero descansar. Gracias —contestó huraño.

—Zorro cascarrabias —replicó Al Fir Darrig—. Es porque sabes que no puedes ganarme.

—¡Deja de decir necedades, rata! Es simple: no quiero jugar a algo tan tonto.

—Pero es divertido. Si hubiese un balón de fútbol, sería mucho mejor —dijo Gabe.

—¿Fútbol? ¿Qué es eso? Y sobre todo ¿qué es un balón? —preguntó Cola Roja mientras se sentaba bajo la sombra de un árbol.

—Balón es una esfera hecha de cuero. Fútbol es un deporte en el que cada equipo tiene que patear el balón hacia la portería de su adversario. Si la atraviesa, se llama gol. El equipo que haya hecho más goles antes de que termine el tiempo gana. Tiene algunas reglas, pero es divertido —explicó Nancy.

—Ustedes los humanos son muy extraños —dijo Cola Roja, y se acomodó en el suelo junto a las raíces, viendo a otro lado.

Cola Roja estaba enojado. «¿Cómo pueden divertirse cuando todo está en peligro? Parece que olvidaron que deben cruzar el lago y prefieren jugar y hablar sobre cosas extrañas».

—¡A mí me parece fantástico! —dijo Al Fir Darrig—. Supongo que no tienen uno de esos balones para jugar, ¿verdad?

—No, lo siento, no tenemos —contestó Nancy.

Cuando se cansaron de jugar, se sentaron a pensar en dónde podían encontrar a Únus. No habían visto ninguna casa, cueva o madriguera donde pudiese estar. Pasó un buen rato en el que ninguno supo qué hacer. Cola Roja buscó con la mirada entre los árboles, pero no había nadie allí. Al Fir Darrig buscó madrigueras cerca del lago, pero solo encontró pequeños huecos hechos por la naturaleza.

—¿Dónde podrá estar ese señor Únus? —preguntó Gabe mientras se inclinaba sobre el agua para ver algunos insectos que flotaban.

Eran tan pequeños y delgados que se deslizaban como patinadores, sin hundirse. Parecían arañas rojas y blancas, como si las hubiesen pintado con un pequeño pincel; sus patitas eran largas y se movían velozmente sobre el agua en una danza interminable. Gabe sumergió la mano y dejó que uno de ellos le trepara por los dedos. El insecto subió a su palma. Hacía tiempo no veía animales así; la última vez que había tomado una lupa para examinar un insecto había sido en casa de su abuelo. Aquel bicho en su mano le hizo latir el corazón de alegría; dio unos cuantos pasos, se sacudió en la palma del niño y en pocos segundos se convirtió en una criatura de unos cuarenta centímetros de alto. Las extremidades eran tan delgadas como las de los insectos palo que Gabe había visto en su jardín; la cabeza roja tenía un par de antenas largas; el rostro era blanco, igual que su pecho; el abdomen también era rojo, como las piernas y los brazos; las manos eran pequeñitas y relucían blancas. Al muchacho le habría gustado tener su lupa allí.

Repentinamente, el ser empezó a reír. El sonido de su risa era parecido al del aleteo de una mariposa. Cuando Gabe quiso acercarse, el bicho saltó al agua y patinó sobre ella más rápido que antes; la estela que dejaba jugaba con las ondas que producían las otras arañitas. Gabe se dio vuelta y miró a su hermana.

—¿Qué fue lo que las harpfowlls dijeron… mejor dicho: cantaron?

—Algo sobre mirar el agua.

—Sí, pero ¿qué fue exactamente?

Cola Roja dio unos cuantos pasos al frente, sin acercarse del todo al lago.

—¿Para qué quieres saber lo que cantaban?

—Creo saber en dónde encontrar a Únus… ¿Qué decía la canción?

—Decía: «Si miras a través de las claras aguas, podrías apreciar sus preciados ojos… Si llamas a través de las profundas aguas…».

—«Pronuncia su nombre y él acudirá a ti. Repite su nombre con tranquila voz y él acudirá a ti» —completó Gabe.

El niño vio los últimos rayos del sol sobre el lago, se quitó los zapatos, las medias, los pantalones y entró en el agua. Cuando el agua le llegó a las rodillas, se acurrucó, tomó aire y se sumergió completamente.

Nancy y Al Fir Darrig corrieron para ver qué hacía. Cola Roja estuvo atento, pero mantuvo su distancia.

El agua era clara; Gabe pudo ver las algas que flotaban a su alrededor y las plantas acuáticas esparcidas en el suelo. «Es descabellado hablar bajo el agua», pensó, «pero aquí todo es un poco descabellado».

—¡Únus! —dijo una vez, pero no hubo ningún cambio—. ¡Únus! —repitió.

De repente, el agua se movió, como si una inmensa ola subiese hacia él, que salió

inmediatamente a la superficie y retrocedió hasta la orilla. El lago formó ondas cada vez más grandes. Las pequeñas arañitas se alejaron cuando el agua empezó a soltar burbujas.

—¿Qué hiciste? —preguntó Nancy.

Gabe iba a responder, cuando un extraño animal salió del agua. A primera vista parecía un caballo, solo que no se parecía en nada a los caballos que ellos habían visto en las granjas contiguas a la de su abuelo: tenía la piel fina, muy lisa, como la de las focas; sus ojos eran plateados, tan brillantes que parecían dos piedras preciosas; la crin era como de hilos de plata que le caían sobre el lomo y los costados; en medio del lomo sobresalía una aleta dorsal que se extendía hasta llegar al final de la cola. Golpeó el agua con los cascos delanteros.

Gabe se quedó pasmado observando aquella extraña criatura mitad caballo y mitad pez que los miraba con esos ojos brillantes.

—¿Quién de ustedes me ha llamado? —exigió la criatura.

Gabe levantó la mano y el caballo se volvió hacia él. El niño no pudo mirarlo a los ojos; la mirada del animal le pareció dura y tuvo miedo de que se enojara por haberlo llamado. El ser movió la cola en el agua, manteniéndose a flote.

—¿Quién eres, pequeño?

—Gabe.

—He sido llamado por ti. ¿Qué deseas de mí, Gabe?

El niño volvió la cabeza hacia los demás, tratando de entender qué debía hacer. Cola Roja lo miró, muy sorprendido por lo que había hecho, y Al Fir Darrig se rio a mandíbula batiente. Nancy era incapaz de moverse.

—Yo… mmm… De hecho, yo…

—Habla ya, muchacho —replicó el caballo.

—Eh… Sí. Yo necesito de su ayuda. —Gabe se puso de pie y empezó a vestirse mientras trataba de hablar—. Sí… es que… nosotros…

—Necesitamos llegar a Qultre Dhagar —completó Al Fir Darrig.

—Lo siento, pero solo respondo a la persona que me ha llamado —dijo con voz fuerte.

—En esencia, es eso lo que necesito —confirmó Gabe.

—¿Y por qué desean ir allí?

—Estamos buscando a Myrddin. Algo le ha pasado a la Estrella del Sur: ha desaparecido y la tierra muere —dijo el niño, angustiado—. Myrddin al parecer ha sido raptado, pero nos han dicho que quizás esté en Qultre Dhagar.

La criatura se quedó en silencio, sopesando lo que el niño, le había dicho. Luego se irguió sobre el agua y se acercó a Gabe.

—No puedo llevarlos a los cuatro en mi lomo, pero quizás pueda llamar a alguien más en nuestra ayuda.

Gabe y Nancy sonrieron. Al Fir Darrig celebró, levantando su bastón al aire. Cola Roja se quedó en silencio, consternado y temeroso.

—¡Eres muy amable y te lo agradecemos! —dijo Nancy, dando saltitos de celebración.

—Myrddin es un amigo. Si la tierra está en peligro y puedo hacer algo, así será —dijo la criatura.

Después relinchó y golpeó el agua con uno de sus cascos. Desde lejos se oyó un fuerte movimiento de agua que se acercaba a gran velocidad. Entonces emergió una criatura similar a Únus, pero con manchas blancas sobre su pelaje negro como el ébano. Se acercó a la orilla batiendo la cola.

—Les presento a Álus.

—Es un placer —dijo Álus haciendo una venia. Su voz era más suave que la de Únus.

—Gracias por venir —respondió Al Fir Darrig.

—Ya casi cae la noche; es mejor partir de inmediato —dijo decidido Únus.

Gabe, nervioso y emocionado, saltó al lomo de Únus. Como no sabía qué tipo de criatura era, decidió rebautizarlo en su cabeza como «caballo de agua». Su piel era muy lisa y suave como la seda. Se sujetó del cuello del animal y notó un par de branquias donde comenzaba la mandíbula. Nancy se subió en el lomo de Álus, y Al Fir Darrig se subió en el hombro de Nancy.

Cola Roja permanecía en tierra, respirando agitadamente y con el ceño fruncido de preocupación.

—Sube —ordenó Gabe.

—Es que… —musitó nervioso—. Yo… Bueno… No sé nadar…

El niño lo observó en silencio. El verano pasado él había aprendido a nadar y sabía lo que se sentía no saber hacerlo, el miedo a ahogarse. Las clases de natación lo habían hecho olvidar completamente tal temor; se sentía como pez en el agua.

—No pasa nada. Únus nos llevará. De paso, te enseñaré cómo nadar. No seremos tan rápidos como Únus, pero no nos ahogaremos —le dijo Gabe, dándole espacio para que se sentara entre él y el cuello de la criatura—. Vamos. No dejaré que te caigas al agua, hasta estar seguro de que no tienes miedo.

—¿Lo prometes?

—Sí, te lo prometo.

El zorro asintió y caminó hacia ellos. Luego, con la ayuda del niño, se subió al lomo de Únus. El agua estaba fría, pero era soportable, no como el agua de la ducha en casa de su abuelo en la madrugada, que parecía hielo puro. Los niños se sujetaron del par de criaturas y observaron sus pies bajo el agua.

«Quisiera verle el rostro a ese tonto de Sheamus Flick, que me molestaba por jugar con insectos. Si me viera montar en una criatura como esta, de seguro se quedaría con la boca abierta», pensó Gabe.

—¿Están listos? —preguntó Únus.

Los niños asintieron y el agua empezó a moverse bajo sus pies.

—Entonces, ¡sujétense fuerte!

# La marcha de los merrows
# Y El camino hacia Qultre Dhagar

La noche ya había caído y una brisa fría recorría el paisaje. La luna se levantaba en el cielo iluminando la noche y a lo lejos se podían ver las luciérnagas, que bailaban junto a los árboles.

Muchas veces, Gabe bajó las manos para tocar el agua. No podía creerlo: viajaba sobre un caballo de agua hacia una ciudad que se suponía que no debía existir. Cola Roja observaba el agua con temor; a veces cerraba los ojos para no ver. Cada vez que el caballo se movía velozmente a través del agua, como un cocodrilo, Nancy sonreía.

—¿Puedo preguntarte algo? —le dijo Gabe a Únus.

—Pregunta, muchacho.

—Bueno, en mi mundo hay caballos, pero nunca he visto criaturas como ustedes dos —dijo temeroso—. ¿Qué tipo de criatura eres?

—Soy un hipocampo, nacido en las aguas del mar Delél, en el idioma de los poltraits, o como se conoce en lengua vulgar: el mar del Arrullo.

—¿La guerra no ha llegado hasta allí? —preguntó Nancy.

—No. Son aguas muy profundas y nadie podría ir hasta allí, al menos nadie que necesite del aire para vivir. ¡Y si llegara alguien, hechicero o criatura, que intente acabar con la calma de esas aguas… pobre de él!

Cola Roja miraba hacia las montañas para encontrar la ciudad, pero no veía más que montes y agua. «¿Cuándo acabará este suplicio?», se preguntaba el zorro.

—No habíamos visto hombres ni mujeres desde que cayó el reino de Dral. ¿De dónde vienen, niños?

La pregunta de Álus fue inesperada, pues casi nadie conocía qué eran ellos.

—¿Cómo sabe que somos humanos? —preguntó sorprendida Nancy.

La niña se sentía feliz: por fin reconocían su naturaleza; durante el viaje los habían llamado enanos, aunque se encontraran en una tierra que los hombres habían pisado ya, mucho tiempo atrás.

—Hace mucho, el rey Dral cabalgaba por los mares junto con nuestros ancestros… Así que las historias no se olvidaron.

—Pero pensábamos que los humanos ya no existían. ¿De dónde vienen? —inquirió Únus.

—Venimos de más allá del bosque de occidente. Nuestro mundo se conecta con el suyo a través de un pasaje mágico —contestó Nancy recordando el bosque de la dríada—. Es un lugar extraño, con árboles puestos en forma circular; el paisaje cambia constantemente. Mi hermano y yo llegamos a este mundo cruzándolo… pero, una vez aquí, la conexión mágica dejó de

funcionar y ahora debemos descubrir qué podemos hacer para volver a casa.

—Es un lugar hermoso… Pero quizás criaturas como ustedes no existan allí. Lo más probable es que tampoco los animales hablen —dijo Gabe.

—Un lugar donde no podemos hablar y donde algunos de nosotros no existimos —dijo Al Fir Darrig—. No me gustaría ir allí.

—No podemos juzgar solo por lo que escuchamos —corrigió Únus en voz baja—. Estos humanos vinieron de su hogar, sin saber que tendrían que intentar salvar el nuestro ni que se encontrarían con una guerra. Cada mundo esconde secretos que los demás ignoran, eso no significa que seamos mejores o peores.

Gabe suspiró. Era verdad que su mundo no era el mejor de todos, pero allí estaba lo que más quería: su familia, su escuela, sus amigos, su hogar… No podía quejarse: todo era perfecto junto a su familia, incluso con su abuelo cascarrabias.

—Tienes razón. Desde este mundo no puedo ver la Osa Mayor —dijo la niña viendo hacia el cielo—, pero puedo ver estrellas azules.

—Cada quien tiene lo suyo… Al parecer eres buena leyendo el cielo —aclaró Álus.

—He leído algunos libros sobre constelaciones y estrellas. Experta no soy, pero puedo saber dónde está el norte.

—En nuestro mundo, a alguien que puede encontrar el norte con solo ver el cielo lo llamamos dardhan buscador. Incluso hay poemas que cuentan historias sobre ellos.

—¿Dhardans buscadores?

—Así es. Son hechiceros que van por el mundo en busca de criaturas, plantas y hechizos nuevos. Se guían por el sol, la luna y las estrellas.

—¡*Wow*! Debe ser superdivertido conocer todas esas cosas y tener información sobre todo —dijo Gabe.

—Pero también es peligroso: hay criaturas que no quieren ser molestadas y secretos que no merecen tal esfuerzo. Algunos dardhans buscadores no han vuelto de tales travesías —dijo Únus acongojado.

—El que desee encontrar aquellas maravillas deberá tener un espíritu muy valiente… o quizás muy tonto —dijo Al Fir Darrig, viendo adelante.

—¿Cuántos dardhans buscadores hay? —preguntó Cola Roja con los ojos cerrados.

—Solo ha habido cinco. El último desapareció. Dicen que fue en busca del diario de un mago, más allá de Verda, y nunca más volvió. Lo llamaban Joseph Butter —respondió Únus.

—¿Qué aventuras habrá vivido? ¡Ni siquiera puedo imaginarlas! —repuso Nancy.

Cruzaron unas ruinas en medio del lago. Vieron un muelle y unos muros que indicaban que antes había un tipo de edificación. El lugar era muy alto y tenía algunas ventanas por las que pasaba la luz de la luna. Los niños y la rata levantaron la cabeza para ver las estructuras. En un punto pasaron por los restos de un puente.

—¡Qué hermoso puente! —exclamó Al Fir Darrig—. Aunque parece que olvidaron cuidar de él.

—No olvidaron cuidar de él. Hace muchos años existió un rey que era gran amigo del mago Myrddin —explicó Únus—. Construyó su castillo sobre estas aguas, ya que las criaturas marinas eran fieles a él y le ayudaban en todo. Cada animal o bestia de agua que venía en su ayuda se ganaba la gracia y el favor del rey Élgrit, Lengua de Pez. Lo llamaban así porque sabía varias lenguas marinas, como el serer, idioma de los delfines, o el allere, el de las sirenas.

—¿Y qué ocurrió con él? —preguntó Al Fir Darrig.

—Se enamoró de una selkie: una mujer muy hermosa proveniente de las aguas del sureste. Cuentan que una noche el rey salió de su castillo para dar una caminata por los alrededores. En aquel tiempo había muchos embarcaderos; caminó hasta uno de ellos y vio que en la orilla había una mujer de cabello rojo como el fuego, de piel tan blanca como la leche y ojos tan oscuros como el ónix; danzaba bajo la luz de la luna mientras cantaba una melodía que lo enamoró. Se acercó a ella y le preguntó por qué se hallaba tan lejos de casa; ella le respondió que deseaba conocer al rey Élgrit. La selkie, sin sospechar con quien hablaba, le contó que había escuchado hablar del rey benévolo, aquel al que llamaban Lengua de Pez, y que, aunque sabía que no podía amar a nadie, deseaba tan solo verlo. Esa vez se despidieron y volvieron a sus hogares, pero cada luna llena volvían; ella danzaba y escuchaba las historias que su amigo le contaba sobre el rey… Un día, Élgrit, desesperado por el amor que le tenía a la mujer, decidió contarle la verdad y pedir su mano en casamiento… Pero la selkie lo rechazó: pues no podía amarlo.

Únus les explicó que las selkies eran hadas focas que cambiaban de piel para mostrar su belleza humana, pero estaban unidas a su piel original y al mar, tanto como el alma al cuerpo. Sin su piel real no pueden volver a su hogar y, aunque pueden vivir en tierra firme, su deseo siempre será el de volver a las aguas. Por este motivo la selkie no podía vivir con él y así se lo hizo saber. Infeliz, el rey, le pidió que volviera en la siguiente luna llena para verla por última vez. Ella aceptó, sin saber lo que Lengua de Pez planeaba.

La noche de la cita, el rey le entregó una flor blanca. Ella, distraída por la belleza de la flor, descuidó su piel de foca. Élgrit robó la piel para retenerla, para que no pudiera volver al mar y hacer de ella su esposa. Él nunca tuvo años más felices en su vida. La selkie asumió su papel de esposa: era una mujer amorosa y abnegada; todos en el reino la amaban. Pero, un día, buscando las botas de su esposo en un baúl, encontró su piel de foca. Sin dudarlo se la puso y corrió al lago. Cuando se lanzó al agua, volteo una última vez, vio al rey a lo lejos, hizo un gesto de despedida y desapareció. Élgrit vivió amargamente durante un tiempo, hasta que un día pidió a Myrddin que hiciese un hechizo para que pudiese vivir sin corazón. El mago le suplicó que no lo hiciera, pero él no aceptó un «no» como respuesta. Entonces el mago hizo lo que le pidió: le sacó el corazón y le permitió vivir sin él. El corazón fue puesto en el castillo, custodiado por los guardias más fieles del rey, los merrows. De esta forma si su esposa volvía, sabría que aún era amada. Después del hechizo, el rey se lanzó al lago en busca de ella y jamás volvió a ser visto.

Tiempo después, llegaron los far muhltres y destruyeron el castillo. Los merrows llevaron el corazón del rey a donde nadie pudiese dañarlo, porque quizás su amada podría volver.

—Qué triste —dijo Nancy cuando terminó de escuchar la historia.

—Ahora solo quedan las ruinas del castillo y la historia sobre el rey Élgrit, Lengua de Pez, y su amada selkie.

En ese momento, los niños habían olvidado la palabra *rill*. Estaban demasiado concentrados en la aventura, en las historias que les contaban y en la belleza del paisaje.

—¡Bien, creo que sería bueno que nuestro amigo de cola larga y roja aprendiese a nadar! ¿No lo crees? —exclamó Gabe.

—Pero… pero… ¿y si me ahogo?

—No temas. Te prometí que no dejaría que te pasara nada malo. ¡Debes estar tranquilo!

El zorro abrió los ojos, con mucho miedo, y observó a su alrededor: no solamente estaba rodeado por agua; estaba lejos de la orilla. Volvió la mirada hacia el niño para no ver el agua.

Los hipocampos se detuvieron y esperaron a que el niño le explicara:

—Debes aprender a contener la respiración. Es muy fácil, tomas aire y aguantas la

respiración, después vuelves a respirar, eso es todo… El problema no es aguantar la respiración, sino flotar. Así que veamos cómo lo haces.

—¡¿Qué?! ¡¿Estás loco?! ¡Ni por asomo me dejaré caer al agua!

—Pero si no lo haces, nunca aprenderás a nadar —lo animó Nancy.

«El agua está muy calmada y hay dos criaturas expertas en nado; no debería tener miedo», pensó el zorro.

El niño bajó del hipocampo y se mantuvo a flote sin esfuerzo.

—Ahora lo único que debes hacer es saltar al agua y mover las patas.

El zorro lo observó con temor: le temblaban todos los pelos, metió la cola entre las patas y bajó las orejas. Lo único en lo que pensaba era en que se ahogaría. Únus giró el cuello, lo miró fijamente con sus ojos de plata y le dijo:

—Anda, salta al agua o yo mismo me hundiré.

Cola Roja volvió su mirada a Gabe, tomó aire y dijo:

—Está bien. Pero, por favor, no dejes que me hunda.

El niño asintió. Nancy y Al Fir Darrig los observaban entre risitas y nerviosismo. Con lentitud, el zorro se acomodó en el lomo de Únus y, después de dudar unos momentos, se lanzó al agua. Gabe lo sostuvo entre los brazos mientras movía las patas desesperadamente.

—Ahora solo ten calma o terminarás por hundirte —lo calmó Gabe.

—¿Qué debo hacer? —preguntó el zorro paralizado en los brazos del chico.

—Mueve las patas delanteras como si estuvieras corriendo —contestó Álus.

—Levanta la cabeza y mueve las patas como remos —dijo Gabe sin soltarlo.

El zorro tomó aire, todo el que pudo, y empezó a mover las patas como se lo indicaron. Le pareció que no se movía, así que, desilusionado, se quedó quieto de nuevo con la vista puesta en el cielo. Se dejó llevar por sus pensamientos, hasta que las risas de sus compañeros llamaron su atención; los buscó con la mirada y los encontró muy felices… y lejanos. «¿Por qué están tan lejos?», pensó. Ahí se dio cuenta de que Gabe lo había soltado y de que él se había alejado nadando.

—¡Estoy nadando! ¡Miren, miren! —gritó.

—¡Sabía que lo conseguirías! Ahora nada de vuelta y sube al lomo de Únus —le dijo Gabe.

Gabe subió al hipocampo mientras Cola Roja los rodeaba feliz.

—Te felicito, Cola Roja —dijo Nancy aplaudiendo.

—¡Gracias! Jamás pensé que podría hacerlo, pero lo he logrado, ¡gracias a ustedes!

—Ahora podemos continuar —afirmó Al Fir Darrig.

Cola Roja subió al lomo de Únus y continuaron el recorrido hacia Qultre Dhagar.

La noche se había hecho más fría, incluso había niebla, pero no alcanzaba a cubrir la vista. En aquella parte del lago, la tierra del fondo estaba más cercana; las plantas que crecían y se asomaban en la superficie hacían difícil el paso; la luz de la luna les permitió ver que crecían como enredaderas hacia la orilla y los árboles. Los hipocampos debían esforzarse para pasar.

—Qué extraño. Nunca antes había visto nada así en el agua —dijo Álus.

—No solo eso: mira cómo crecen alrededor de los árboles, como si fuesen redes para impedir el paso —repuso Únus.

Los niños, la rata y el zorro miraron al bosque y vieron grandes redes de enredaderas con espinas que hacían imposible el paso en la orilla.

«De suerte tenemos pantalones», pensó Gabe, «de lo contrario terminaríamos muy rasguñados». La pierna le molestaba a veces: se le dificultaba moverla, como si aún tuviera el

yeso que le cubría hasta la rodilla después de una caída del árbol en su jardín.

—¿Por qué creen que esté pasando esto? —preguntó Cola Roja.

—Silencio —dijo Únus —. Álus, ¿lo sientes?

—Sí, son demasiados; es mejor movernos. Sujétense; debemos atravesar estas enredaderas.

Los hipocampos se lanzaron en un nado forzado.

—¿De quién hablan? —preguntó Nancy, abrazando el cuello de Álus.

No le respondieron; estaban demasiado concentrados en avanzar a través del agua plagada de plantas. Los niños miraron al bosque, pero no vieron más que un hermoso lugar solitario.

Los hipocampos huían de algo invisible, o por lo menos esa fue la impresión de los demás. Sus movimientos eran cada vez más fuertes, pero las plantas parecían crecer más y más, enredándose alrededor de sus cuerpos.

—¡Es una trampa! —gritó Álus.

—¡Sigue nadando! ¡No te detengas! —ordenó Únus.

Gabe sacó su hacha y golpeó una y otra vez las enredaderas, mientras que Cola Roja se defendía a mordiscos. La fatiga y el miedo hicieron que respiraran con dificultad. Todo empeoró cuando las enredaderas empezaron a trepar por los cuerpos de los caballos hacia los niños. Nancy dio un grito y con su espada cortó algunas de las hojas y raíces. Al Fir Darrig trepó a la cabeza de Álus y desde allí lanzó mordiscos y golpes.

—¡Son demasiadas! ¡Nos están hundiendo! —gritó la niña.

—¡Sigan peleando! ¡No se rindan! —gritó Gabe.

Nancy miró a su hermano y siguió jalando y cortando.

—Podemos hacerlo. ¡Sigan!

Pero las enredaderas eran demasiadas y se extendieron hasta inmovilizar a los hipocampos. Entonces sintieron que el agua se sacudió, como si un cardumen pasara justo debajo de ellos. Nancy sacó su arco y apuntó al agua; Gabe alzó su hacha, listo para atacar; Cola Roja gruñó y Al Fir Darrig empuñó su bastón amenazante.

El agua se siguió agitando y surgieron algunas burbujas, seguidas de los rostros más feos que hubiesen visto jamás: bocas enormes con cientos de pequeños dientes y narices aplanadas como las de un cerdo; tenían los ojos negros con el iris dorado y las orejas eran pequeñas y puntudas; en la cabeza llevaban una especie de gorro o penacho de plumas rojas y verdes. Después vieron sus cuerpos: eran similares a los de un ser humano, pero con aletas delgadas a lo largo de los antebrazos; las manos eran largas y solamente tenían cuatro dedos palmeados, que terminaban en garras. El verde claro de sus cuerpos contrastaba con el de sus gorros; en sus espaldas se podían ver las branquias abiertas que soplaban agua y una aleta dorsal, verde oscuro con rayas azules, que les llegaba al cuello, donde se perdía en una maraña de cabellos oscuros que salían bajo los gorros. Su piel era escamosa. Además, tenían unas largas colas que remataban en una aleta adicional. Debían ser unos veinte, pero no estaban seguros, pues temían que bajo el agua se ocultaran otros.

El grupo no perdió su posición de ataque, pero algo les llamó la atención: las armas con las que les apuntaban sus enemigos. Eran trishulas, unos tridentes hechos de algún tipo de hueso cuyo diente central era más ancho y largo que los otros dos.

—*Arraz… serr, if cerr* —chilló una de las criaturas.

Si alguno hubiera conocido el idioma céntiz, habría sabido que les preguntaban: «¿Quiénes son ustedes?».

—Son merrows —dijo Álus.

—¿Qué desean de nosotros? —preguntó Gabe.

—No lo sé; no hablo céntiz —respondió Álus.

—¿Por qué hacen esto? —preguntó Nancy.

Los merrows no respondieron, solo miraban fijamente al pequeño grupo. Entonces emergió uno con un gorro negro y largas plumas rojas y verdes.

—Yo hablo la lengua del hombre —dijo con voz suave y lenta—. En nombre del rey Élgrit: ¿qué hacen aquí?

—Deseamos ir a Qultre Dhagar —dijo Gabe, aún con su hacha en alto.

—No pueden pasar. Estas tierras están prohibidas para todo ser diferente de nosotros.

—Solo deseamos cruzar hacia Qultre Dhagar, la Ciudad Verde. No haremos daño alguno al lago ni a sus ocupantes —explicó Únus.

—¿Y si son espías de los far muhltres? No podemos dejar que nadie pase; es peligroso. El lugar está infestado de duendes —replicó el merrow.

—No somos espías; venimos por Myrddin. Debemos encontrarlo: ¡es de gran importancia! —dijo Cola Roja.

El merrow lo miró un segundo fijamente antes de girarse hacia Nancy, que aún le apuntaba a la cabeza con su arco, sin temblar.

—No creo que te convenga disparar esa flecha.

Tenía razón: si disparaba, los demás se abalanzarían sobre ellos y todo acabaría; sin embargo, no bajó el arco.

—No, pero no moriremos en vano. Hemos venido a salvar a Myrddin y no nos detendremos hasta lograrlo.

—Es necesario o todo morirá —completó Gabe—. Él es el único que puede ayudarnos.

—Aun si los dejáramos pasar, no podrían llegar muy lejos: el río es custodiado por duendes en botes y, desde la orilla, los arqueros le apuntan a todo lo que se mueva.

Al Fir Darrig bajó el bastón, caminó por la cabeza de Álus y suspiró.

—Creo saber qué es lo que pasa —interrumpió la rata—. La guerra ha llegado aquí también; de seguro la Estrella del Sur no ha pasado por aquí.

—Así es. Hace más de tres lunas que la Estrella no cruza el cielo del lago. Las plantas están muriendo y el bosque ha dejado de ser un buen lugar. Los animales se han ido al noreste, hacia el mar, a las junglas y a los desiertos. Aquí solo quedamos algunos que intentamos mantener la calma en el lago, pero es difícil: los duendes ya se han tomado la mitad del lago, desde los botes y las torres del castillo.

—Esto ha llegado demasiado lejos —murmuró Gabe.

—¡No podemos perder tiempo, ha llegado el momento de acabar con esta desgracia, la guerra acaba aquí y ahora! —exclamó Cola Roja.

—¿Quién los ha llamado, pequeños hombres? —preguntó el merrow.

—Nadie —respondió Gabe—. Solo deseamos que todo esté en paz y para ello necesitamos a Myrddin.

—Los llevaremos hasta un lugar entre el bosque y Qultre Dhagar. Pero les repito: será muy riesgoso. Ahora, déjenme presentarme: me llamo Tácitus, capitán en el Mar del Norte.

—Es un gusto. Soy Gabe y ella es mi hermana Nancy. Ellos son Cola Roja y Al Fir Darrig.

—Y yo soy Únus y él es Álus.

Los viajeros bajaron sus armas y esperaron. Entonces, por orden del capitán merrow, los demás bajaron sus tridentes y permanecieron calmados.

—Debemos partir inmediatamente. No estamos muy lejos del castillo.

Las plantas soltaron el agarre y empezaron a retroceder; solo unas siguieron flotando como musgo sobre el agua. El único sonido que percibían era el de los grillos; nada les hacía sospechar de la presencia de los duendes. Los merrows nadaban bajo el agua como sombras inadvertidas, solo leves corrientes de agua. Los hipocampos lo hacían de una forma menos sutil y más superficial.

A lo lejos divisaron varias luces, como velas o antorchas, que pasaban por entre las ramas de los árboles. Al cabo de unos minutos, Gabe y Nancy sonrieron: no podían creer lo que veían. Al fondo había un gran castillo de torres altas y muros blancos. A su alrededor crecían árboles tan anchos como robles, pero estaban tan secos como los troncos que su abuelo metía en el fuego; estaba rodeado de jardines desolados, como si la felicidad hubiese muerto. A los lados del castillo había dos montañas tan amarillas como un desierto, tan secas como los árboles y los jardines.

Se acercaron a la orilla, a un punto en el que podían esconderse. Entonces aparecieron un par de luces, y luego otras y otras, hasta que todo quedó iluminado. Gabe subió a la rama de un árbol y desde allí observó los cientos de botes apostados en la bahía: eran duendes con espadas cortas, escudos y armaduras; sus negros ojos vigilaban cualquier movimiento.

Gabe intentó hablar, pero Tácitus levantó una mano indicándole que no hablara y señaló las ramas de los árboles más cercanos: en la oscuridad se podía ver el brillo de las flechas, listas para ser disparadas. Debían ser más de cien duendes… No lo sabían con certeza, pues estaban bien ocultos.

—¿Qué haremos? No podemos esperar a que se vayan; podría ser demasiado tarde —susurró Gabe.

—No podemos permanecer aquí. Si es necesario, pelearemos —dijo Cola Roja.

—Sería un suicidio. Son demasiados —respondió el niño asustado.

—Ya hemos visto suficiente, por eso necesitamos llegar al castillo. Más allá, en la tierra de los enanos, hay una guerra que amenaza con destruirlos. Además, el resto del mundo está muriendo sin la Estrella del Sur —dijo Nancy.

Cola Roja mostró los dientes, enojado al recordar su hogar destruido por los duendes. Gabe blandió su hacha; Al Fir Darrig, su bastón, y Nancy, su arco. Tácitus se acomodó el gorro y dijo:

—Si la búsqueda del mago los ha traído hasta aquí, no nos interpondremos en su camino… Es más: los ayudaremos a pasar. Desde este momento los seguiré hasta la orilla de la Ciudad Verde.

—Pero ¿cómo? ¡No hay manera de pasar! Si el lago está sitiado, ¡imaginen el bosque! Es una trampa —exclamó la rata—. ¡Nos superan en número!

—Aún no estamos todos reunidos —dijo Tácitus.

Se sumergió en el agua unos largos segundos y al salir buscó a los niños con la mirada.

—Puede que nuestra lengua sea simple de entender, pero bajo el agua es difícil de escuchar.

—Como el canto de una ballena, que no se escucha a menos que tengas el equipo necesario —dijo Gabe.

—Así es más fácil comunicarnos sin ser descubiertos. Hagan silencio: aquí viene mi familia. —Y señaló el agua.

El grupo vio cómo llegaban más merrows. La orilla del lago se llenó de feas criaturas, pero también de unas muy bellas, parecidas a los humanos, con aletas, manos palmeadas y, por supuesto, con cola. Los ojos eran plateados como la luna; los labios, rojos, y la piel parecía

transparente. También usaban gorros y cada una llevaba un arco y un carcaj con varias flechas de madera antigua; las puntas se parecían al material de las trishulas.

—Les presento a mi esposa, Nann —dijo Tácitus tomando de la mano a una de las hermosas criaturas.

—Nunca había visto a un humano. Es un placer —saludó Nann con voz suave y líquida.

Al acercarse, Gabe les vio la piel cubierta de escamas, tan delgada y translúcida que era difícil de notar.

—El gusto es nuestro. Soy Nancy.

—Y yo Gabe.

Después de las presentaciones, se agruparon cerca de un árbol para ver mejor a sus enemigos. Los duendes estaban inmóviles, hablaban de lo aburridos que estaban, de cómo la habían pasado de bien bebiendo el hidromiel de las brujas y de lo divertido que había sido utilizar las pócimas encogedoras y algunos hechizos como el *somniatis* y el *aigne animo*, que los hacían dormitar o perder la conciencia. Muchas de esas palabras eran desconocidas para los niños.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Nann.

—Deben llegar al castillo, así que les abriremos paso hasta allí. Yo los escoltaré por esa orilla. Después deben continuar ustedes solos —dijo Tácitus.

—Nosotras los protegeremos de los duendes en los árboles —apoyó Nann.

—Así será —resopló Únus.

—Que la Luz del Sur nos acompañe —dijo Álus.

Los merrows machos se acomodaron bajo el agua en una perfecta fila: en medio estaban los hipocampos con los niños, Cola Roja y Al Fir Darrig. En las orillas del lago se apostaron las merrows hembras.

—Me alegro de estar aquí contigo —dijo Gabe, suspirando.

—A mí también. No puedo imaginar a nadie mejor que tú para estar aquí —respondió Nancy.

Se dieron un corto apretón de manos y luego empuñaron sus armas: el hacha y el arco. Cola Roja y Al Fir Darrig gruñeron y mostraron los dientes.

—¿Listos? ¡Ahora! —gritó Tácitus.

Los merrows empezaron a cabalgar hacia un grupo de botes; iban a toda velocidad, saltando sobre el agua. Los hipocampos cabalgaban acuáticamente, con los niños, la rata y el zorro en sus lomos. Nancy disparó una flecha que hirió al primer duende. Las miradas desprevenidas se levantaron para ver de dónde venía el ataque.

—¡Nos atacan! —gritó uno con voz ronca y seca.

La lluvia de flechas no se hizo esperar. Los hipocampos se sumergieron para evadir los disparos; sus pasajeros contuvieron la respiración y se sujetaron con fuerza. Desde abajo del agua, las merrows dispararon sus armas. Entonces cayó el primero de los guardias del rey Élgrit. Los hipocampos aumentaron la velocidad. Únus saltó sobre uno de los botes y Gabe le asestó un golpe mortal a un duende. Después, todo fue confusión: con el sonido de las flechas y el chillar de los heridos era difícil saber qué pasaba. Los merrows daban saltos y atacaban con sus trishulas y flechas. Nancy disparaba a los duendes de los árboles y Gabe intentaba abrirse paso con el hacha. Álus tomó impulso y con un fuerte golpe volteó el bote de un grupo de tres duendes, que intentaron nadar, pero las merrows los hundieron.

—¡Deben llegar a la orilla! —exclamó Tácitus mientras rodeaba a los hipocampos.

Tácitus nadó velozmente hacia la siguiente barrera de botes, dio un salto y utilizando su

trishula empujó a los duendes.

—¡Sigue a Álus! —clamó Nancy.

—Así será —dijo Álus.

Los duendes en tierra les apuntaron a los niños, pero Nann y su ejército nadaron hacia ellos, saltaron del agua y les dispararon primero.

Al llegar a la orilla, bajaron de sus caballos.

—Gracias por todo —dijo Gabe abrazando a Únus.

—No sabríamos cómo recompensarlos —se disculpó Nancy abrazando a Álus.

—Nosotros debemos agradecerles. Han puesto su vida en riesgo por un mundo que no es el suyo —respondió Únus—. Ahora depende de ustedes. Vayan.

Al Fir Darrig subió al hombro de Gabe y los dos hermanos corrieron hacia el castillo. Nancy se detuvo un momento y gritó alarmada:

—¡¿Dónde está Cola Roja?!

—¡No lo sé! —respondió Gabe, volviéndose para buscarlo.

—¿Caería al agua? —inquirió Al Fir Darrig.

Los tres miraron el lago, pero no había rastro del zorro.

—Quizás sea mejor continuar y buscar a Myrddin —propuso Nancy reemprendiendo la marcha.

Gabe no dijo nada, solo asintió y continuó tras su hermana. Aunque intentó poner la mente en el objetivo de la misión, no pudo evitar preocuparse por el destino del zorro.

# El montaraz Mago

Corrieron tan rápido como pudieron. Atravesaron el bosque que rodeaba el castillo. El camino de roca estaba bordeado por antorchas; hacia arriba podían ver parte de las altas torres. En la entrada encontraron a un grupo de duendes, así que giraron hacia los jardines de flores secas y negras como la tinta.

Nancy se detuvo un instante y miró a su alrededor, entristecida por lo que veía: el lugar era gris y lúgubre. Cuando llegaron a la parte posterior del castillo, vieron un gran solar lleno de flores marchitas, como de papel. Más atrás, había un enorme océano, profundo como un abismo y tan azul como el cielo de la madrugada. Los tres quedaron perplejos ante la inmensidad. «Quisiera ver esto sin tener que pelear», pensó Nancy, «pero es demasiado arriesgado y tonto pensar en eso ahora». Tras ese breve momento de contemplación, continuaron la marcha.

Cuando avanzaron, encontraron más jardines y patios y unas escaleras que descendían a las mazmorras. El lugar era hermoso e imponente: torres altas y anchas del color de las perlas, los muros eran del mismo color y el suelo tenía tonalidades grises tan brillantes que reflejaban la luna. Las enredaderas subían por las paredes y le daban un aire místico, aunque estaban muy secas, pues no recibían ni una gota de agua desde hacía tiempo.

Los niños y la rata descendieron temerosos por las escaleras, pero una luz alumbró el camino y los hizo detenerse. Sobre el hombro izquierdo de Nancy apareció la salamandra, calentándole un poco el cuello.

—Qué oportuna eres —dijo la niña.

—Tenemos que encontrar la celda de Myrddin —dijo Gabe.

Los muros, aunque blancos, se veían muy oscuros; la única fuente de luz era la salamandra de fuego. Avanzaron con lentitud, con pasos cortos y controlando la respiración. Cuando llegaron a las primeras celdas, las encontraron vacías y oscuras, pero más adelante encontraron otras ocupadas por animales de todas las especies. En una había tres conejos, uno blanco, uno negro y otro blanco con negro; en otras había perros, gatos y búhos. Al otro lado del pasillo vieron lechuzas, ardillas y aves desconocidas. Más atrás había alces y renos. Al fondo, en la última celda, había un grupo de mujeres muy hermosas, con cabelleras rizadas y de diferentes colores; las que se alcanzaban a ver tenían los ojos tan verdes como esmeraldas y la piel tan blanca y tersa como la porcelana. Todas tenían las orejas puntudas.

Se acercaron y miraron por entre los barrotes, la salamandra aumentó su luz y pudieron ver con más detalle a las prisioneras; entre ellas había una que destacaba por su cabello castaño y la corona de flores blancas y pequeñas que le adornaba la cabeza; llevaba un vestido verde oscuro muy largo. Tenía los ojos cerrados.

—Ha empezado —susurró sin abrir sus ojos—. La oscuridad saldrá y tratará de tomar lo que

cree que es suyo. Ambos bandos tienen aliados fuertes. El que quiera ganar esta guerra deberá tomar lo que el otro más necesita. Solo así, uno de los dos prevalecerá sobre la Tierra.

Abrió los ojos. Eran grandes y hermosos, del color de la miel, pero el iris se hacía más oscuro a medida que se acercaba a la pupila. Las demás mujeres también eran de una belleza inmaculada. Todas las miradas se dirigían a la mujer con corona de flores, que se levantó y caminó apresurada hacia los visitantes. Era altísima; debía de medir más de dos metros. Cuando llegó a los barrotes, se inclinó y les sonrió.

—Los dhardans buscadores han llegado —dijo—. Este día quedará en la memoria de todos los seres que habitan estas tierras. Pero no pierdan tiempo, busquen al mago Myrddin.

Los niños, confundidos y sorprendidos, recordaron que ese era el reino de las brujas y pensaron que ella debía de ser la reina bruja de Qultre Dhagar. Los hermanos y la rata hicieron una venia.

—Hemos viajado mucho —dijo Gabe.

—Y desde muy lejos —siguió Nancy.

—Solo para salvar una tierra ajena a la suya, por eso tienen toda mi gratitud —dijo la reina con voz suave—. Después de que el bosque empezó a morir, Firkling tomó el castillo como suyo. Los duendes robaron nuestros guantes y armas. Indefensas, nos tomaron como prisioneras… Algunos días después rondó la noticia de que habían apresado a Myrddin. Perdimos toda esperanza de libertad. Nunca pensé que un humano volvería a pisar estas tierras, ni mucho menos que pudiese salvarnos. Les agradezco su ayuda.

—Debemos sacarlos de aquí; hay mucho por hacer… Además, los merrows necesitan de su ayuda —apuntó Gabe.

—¿Dónde están las llaves de estas celdas? —preguntó Nancy.

—Debe tenerlas el guardia que está al otro lado de las mazmorras. Pero tengan cuidado, los duendes tienen un oído muy agudo.

Los niños corrieron con sigilo por los largos pasillos. Estaban fatigados, pero no aminoraron el paso. En una bifurcación decidieron dividirse: Nancy y Gabe fueron por un pasillo y Al Fir Darrig por el otro.

La rata se encontró pronto con una criatura sentada junto a una puerta; tenía el tamaño de un niño, los ojos cerrados y una espada sobre las piernas. Se acercó silenciosamente y vio las llaves en el cinturón del duende. Trepó por la pierna para alcanzar el llavero. Cuando la criatura se movió un poco fastidiada, como despertando, Al Fir Darrig casi entró en pánico. Esperó a que dejara de moverse, descolgó las llaves y dio un brinco al suelo sin hacer ni un solo ruido. Corrió de vuelta por el pasillo y se encontró con los niños, juntos volvieron a la celda de las brujas, abrieron la puerta y esperaron a que salieran. «No debe haber un lugar más horrible que estas mazmorras», pensó Gabe.

Al Fir Darrig corrió para abrir las demás celdas: alces, renos, conejos, perros, gatos, aves y ardillas corrieron felices en libertad.

—¿Están todos? —preguntó la reina.

—Así es, su majestad, pero no tenemos armas para defendernos —respondió una de las brujas—. Las espadas, arcos, guantes y pociones deben estar custodiadas.

—¿Guantes? —preguntó Nancy.

—Sí. Sin ellos no podemos canalizar la energía y nuestros hechizos no superarán sus ataques —contestó la reina.

—Yo los distraeré y ustedes entrarán por ellos —les dijo Al Fir Darrig a las brujas.

—Eres muy valiente para ser tan pequeño. Te seguiré —anunció la reina.

—Así sea, su majestad. Solo tenga cuidado.

—¿Dónde está Myrddin? —preguntó Gabe.

—En lo más profundo de las mazmorras, allí debe estar —explicó un reno que caminaba hacia ellos con su cornamenta en alto.

—Entonces, iremos por él —dijo Nancy mirando al hermoso reno pardo.

Los niños se dieron vuelta y vieron que algunos perros esperaban para seguirlos, junto con alces y renos, incluso con algunos gatos.

—Será un honor servirles —dijo un alce haciendo una venia.

—Si esta noche debemos morir, que sea luchando junto a ustedes —dijo el reno.

El resto de los animales les hicieron una venia a los hermanos.

—No es necesario —contestó Nancy—. Esta noche no moriremos. Lo prometo.

—Esta noche renacerá Qultre Dhagar —dijo Gabe levantando su hacha.

Los dos niños, dando un grito de júbilo, emprendieron el camino en búsqueda del mago.

Los perros olfatearon el aire para rastrear a los duendes, los gatos caminaron sobre las vigas que sostenían el techo para vigilar desde arriba, el reno y los alces caminaban junto con los hermanos.

—Es un gusto poder ayudarles —dijo una perrita de raza bóxer, blanca con parches cafés alrededor de los ojos. Mi nombre es Shana.

—Es un gusto conocerte —contestó Nancy acariciándole la cabeza.

—¿De dónde eres Shana? —preguntó Gabe.

—Soy de un lugar muy lejano. Era fiel al rey Túghall, pero cuando el reino fue destruido, vagué por los bosques hasta que la reina me encontró y me invitó a vivir en su castillo. Ahora cuido de ella y de todo aquel que sea leal a su reino.

—Eres muy bonita —dijo Gabe.

—Gracias, dhardan buscador —respondió bajando la cabeza, avergonzada.

—¿Por qué nos llaman así? —inquirió la niña mientras descendían por otras escaleras alumbrados solo por la luz de la salamandra.

—¿Saben cuál es la definición de «buscador»?

—Más o menos —respondió Gabe rascándose la cabeza.

—Es alguien que quiere descubrir cosas nuevas, especialmente nuevas formas de magia. Es alguien que es capaz de encontrar portales mágicos. La definición es muy extensa, no solo es el que busca objetos, también el que busca animales, plantas, palabras antiguas y lugares mágicos, según lo dicho por Joseph Butter, que escondió su reino en alguna parte, más allá de Verda, en los confines de este mundo, dejando guardados todos sus secretos en él. Hace mucho tiempo los hombres manejaban esos portales, pero, cuando desaparecieron, estos lugares quedaron ocultos y nadie ha podido encontrarlos. Estos pasajes permitían viajar grandes distancias.

Gabe pasó saliva al escuchar lo que Shana dijo.

—¿Qué ocurrió con Joseph Butter? —preguntó Nancy.

Shana se detuvo y gruñó ante una amenaza invisible; un grupo de cinco perros de diferentes razas la imitó. Los gatos también se detuvieron en las vigas. Desde el extremo al que se dirigían aparecieron doce duendes. Dos de ellos se alejaron para dar la alarma y el resto corrió, gritando y gruñendo, hacia los niños y los animales.

—¡Gatos, no dejen que den la alarma! —ordenó Gabe.

Los felinos corrieron tras ellos, saltando entre las vigas y esquivando los muros. Shana

arremetió contra los duendes, seguida del reno, el alce, los demás perros y los niños. Nancy disparó una flecha y le dio a un duende; el reno y el alce embistieron a cinco y los hicieron volar por los aires. Los cuatro que aún estaban en pie desenvainaron las espadas y se lanzaron contra los perros. Pero los canes fueron más rápidos: uno de ellos tomo a un duende del cuello y lo lanzó contra una pared. Otro duende atacó a Shana, pero ella levantó las patas delanteras, esquivó el ataque, lo atrapó con las mandíbulas y lo arrastró por el suelo. Nancy esquivó las flechas que le dispararon y Gabe, de un solo golpe, los derribó. Los ladridos de los perros y gruñidos de los duendes hicieron sentir a los muchachos, por primera vez en su vida, un inconfundible deseo de libertad, que reforzó su coraje y la convicción de que podrían vencer en cualquier guerra. Continuaron corriendo en busca de la última puerta, de la celda donde estaba Myrddin.

Mientras tanto, los gatos corrían tras los dos duendes, dando saltos mortales por los techos.

—¡Nos alcanzan! ¡Corre! —exclamó el duende que iba adelante.

—¡Aléjense, felinos; esta no es su guerra! —gritó el otro, volteándose hacia sus perseguidores.

Por no poner atención al camino, cayó al suelo y dos gatos se abalanzaron sobre él, mientras los demás siguieron al otro, que ya estaba muy cerca de tocar la campana de alarma. Antes de que lo alcanzaran, tocó la campana dos veces. Los tres felinos cayeron sobre el duende y lo arañaron. Uno de los gatos, blanco y negro, de nariz oscura y ojos pequeños, se separó del resto del grupo.

—¡Les avisaré que se ha dado la alarma! —gritó mientras corría de vuelta.

Cuando llegó donde los niños y los demás animales, les gritó:

—¡Buscadores! ¡Buscadores!

—¿Qué está pasando? —preguntó el reno.

—¡Han dado la alarma! Habrá que ser más ágiles si deseamos salir de aquí.

—Suban a nuestro lomo, niños —dijo el alce.

—¡No hay tiempo que perder! ¡Suban ahora! —dijo el reno.

Obedecieron. Nancy se sostuvo del pelo del reno y Gabe hizo fuerza con las piernas sobre el tronco del alce. Avanzaron al galope por el pasillo hacia la celda del mago. Entonces se encontraron con una ancha puerta abierta.

Cuando los duendes vieron la estampida que se dirigía a ellos, cerraron la puerta, pero el alce y el reno inclinaron sus cornamentas para derrumbarla y llevarse por delante a todo ser que se interpusiera en su camino.

—¡Vamos a chocar! —gritó Nancy.

—¡Oh, por Dios! —exclamó Gabe agachando la cabeza.

Chocaron contra la puerta haciéndola volar, junto con los duendes que estaban detrás. Los hermanos volvieron la cabeza para ver qué había pasado y descubrieron los destrozos. Frente a ellos, encontraron a dos duendes más, que custodiaban otra puerta, más pequeña y hecha de un metal oscuro.

Cuando entraron Shana y un gran mastín, ladraron e hicieron huir a los dos duendes. Gabe y Nancy bajaron de los animales y examinaron la puerta: la cruzaban dos cadenas gruesas unidas con un cerrojo muy extraño.

—La llave debe tenerla Firkling —dijo Shana.

—No podemos ir en busca de él; no hay tiempo —exclamó Nancy—. Derriba la puerta, por favor —le pidió al alce, que era más grande que el reno.

—Así será —respondió con voz grave.

El alce retrocedió para tomar impulso, agachó su cornamenta y empezó a correr. El sonido de sus cascos era tremendo; el suelo temblaba. El metal no pudo soportar la fuerza de la embestida: ante el fuertísimo choque, la puerta fue destruida. El polvo hizo que tosieran; cuando se disipó, se acercaron al agujero: la celda estaba totalmente oscura; no entraba ni un solo rayo de sol. Los hermanos entraron y encontraron a un hombre mayor con una barba larga, oscura y trenzada que le llegaba casi a las rodillas. Vestía una túnica azul oscuro, tenía los ojos cerrados y se veía muy cansado. Estaba encadenado a uno de los muros.

—¿Myrddin? —preguntaron los niños al tiempo.

El mago abrió los ojos y los miró fijamente.

—Al fin llegan, dhardans buscadores —susurró.

Los hermanos no podían creer que por fin lo habían encontrado. Gabe se acercó a él, sacó su hacha y apuntó a los grilletes.

—Una gran arma para un gran hombre —dijo el mago al ver el hacha.

—No soy muy grande.

—No hablo de tamaño, muchacho. La grandeza no está en el tamaño ni mucho menos en un arma; la grandeza de un hombre está en su valor y la mejor arma que posee es su corazón. Nunca dudes de tu corazón, porque es más fuerte que cualquier arma o magia.

El niño lo miró, sonrió y lanzó golpes certeros sobre los grilletes, liberándolo. Nancy se acercó para ayudarlo a ponerse de pie.

—Déjame ayudarte —le dijo.

—Oh… Muchas gracias, jovencita. Estos viejos huesos ya no son tan fuertes como antes. —Empezó a reír y se apoyó en la niña para salir de la celda.

Cuando los animales lo vieron, le hicieron una venia.

—Veo que han hecho amigos —dijo Myrddin con voz afable.

—Es bueno verlo, mi señor.

—Me alegra verte, Shana. Es un gusto poder verlos a todos.

—Siento interrumpir —dijo un gato—, pero creo que no tenemos tiempo.

—Es verdad —contestó Myrddin—. Gracias por recordárnoslo, Salem.

—No es nada, mi señor.

—Síganme. Por aquí está la salida —dijo Shana corriendo por el pasillo.

Los demás la siguieron. Myrddin subió al lomo del reno, y los dos niños, al del alce, emprendiendo la huida por entre las mazmorras. Salieron de aquel oscuro lugar y se encontraron con la reina y las demás brujas, que ahora llevaban un guante marrón y arcos. Junto a ellas había un séquito de animales.

—Myrddin, por fin estás libre de tus cadenas —dijo la reina bruja.

—Gracias a estos buscadores.

—¡Lo sé! Aunque sus edades no demuestren tales cualidades, son héroes. Pero no podemos bajar la guardia; ¡debemos hallar a Firkling antes de que huya! —afanó la reina.

El grupo se dirigió a la salida más próxima, por la que habían entrado Gabe y Nancy. Buscaron a Firkling por los jardines cercanos al lago, pero era poco probable que hubiera escapado por allí, pues los merrows estaban vigilando ese punto.

—¿Saben qué ha ocurrido con la Estrella del Sur? —preguntó Nancy.

—Él la mantiene encerrada en lo alto de esa torre —respondió la reina, apuntando a la torre más alta del castillo.

—Debemos liberarla lo antes posible, ya casi llega el alba y ella debe volar —dijo Myrddin enojado.

Cuando se acercaron a la orilla del lago por donde habían llegado, Gabe y Nancy buscaron a Cola Roja entre los cientos de rostros de animales presentes, pero no lo encontraron. Cuando vieron a un grupo de zorros, les preguntaron:

—Disculpen, ¿han visto a un pequeño zorro con una cola roja? Es como de su estatura —preguntó el niño mientras examinaba la cara de cada uno.

—No, lo siento, los únicos zorros aquí somos nosotros —respondió un zorro de cara oscura y cola blanca.

Los hermanos temieron de nuevo por el destino de su amigo. Entonces Myrddin puso la mano izquierda en el hombro de Gabe, la derecha sobre el de Nancy y miró a lo alto.

—La luz no solo sirve para iluminar, también para encontrar lo que quieras, sin importar si es cosa, animal o persona —dijo señalando la torre mientras sonreía.

Los niños la observaron y luego asintieron, sin saber lo que el mago les había querido decir.

Myrddin corrió hacia la torre. Gabe, Nancy, Shana y Salem fueron tras él para protegerlo. El mago, aunque era más viejo que todos, corría más rápido. Algunos duendes salieron para proteger la entrada, pero Gabe hirió al primero con su hacha y lo dejó fuera de combate; otro duende lo hizo tropezar y, justo cuando iba a clavarle su espada, Nancy le disparó una flecha y acabó con él.

—¡Debes tener más cuidado! —le dijo mientras apuntaba a otro duende—. No puedo estar cuidándote todo el tiempo.

Gabe se puso de pie enojado. Ella no era su madre para decirle qué hacer.

Cuando despejaron el camino de enemigos, avanzaron hasta la torre y entraron. Las escaleras de caracol que iban a la cúspide eran estrechas y terminaban frente a una puerta de madera. Detrás de ella se veía un potente brillo, como si el sol se filtrara por debajo.

# La batalla por Qultre Dhagar

El mago se detuvo frente a la puerta, miró a los dos niños y levantó la mano para indicarles que no hicieran ruido. Volvió la mano hacia la puerta, cerró los ojos y susurró:

—*Inver*.

Oyeron el sonido de una cerradura que se quebraba y la puerta se abrió.

Enfrente de ellos había un gran salón. Sobre una mesa redonda encontraron una jaula con un ave que brillaba como el sol: sus plumas irradiaban luz e iluminaban todo el salón. Tenía los ojos cerrados, era delgada y parecía un halcón. Estaba inmóvil. De aquella jaula no habría podido escapar nunca.

Nancy se le acercó preocupada. Myrddin observó con un gesto serio, abrió la jaula y tomó al ave entre sus manos. Gabe se detuvo a dos pasos del mago.

El animal trató de ponerse en pie. Abrió las alas, iluminando más la estancia. Los niños cerraron los ojos al ver la luz.

—Les presento a la Estrella del Sur —dijo el mago.

Los niños se quedaron en silencio viendo cómo el ave cerraba las alas y se dejaba caer en los brazos de Myrddin mientras su luz disminuía.

—¿Qué le pasa? —preguntó el niño.

—Está enferma —explicó el mago—. Debemos darle algo para que pueda volar. Su existencia depende del brillo del sol. Creo que puedo darle algo para que se sienta mejor.

Mientras acariciaba al ave, buscó a su alrededor, escudriñando en la habitación. Fue a la chimenea, pero estaba apagada, se dio vuelta y continuó buscando. Entonces la puerta se abrió: era Cola Roja con un bastón largo.

—¡Cola Roja! —exclamaron los niños al unísono.

—¡Ah! Mi querido Ludcic, siempre a tiempo —dijo el mago mientras tomaba el bastón.

—¿Dónde estabas? —preguntó Nancy enojada—. ¡Estábamos preocupados!

—Lo siento, pero debía encontrar el bastón mágico de Myrddin. Es de gran importancia en este momento.

Gabe recordó las palabras que Myrddin había pronunciado antes de entrar en la torre: «La luz no solo sirve para iluminar, sino también para encontrar cosas o personas». Y así había sido: la Estrella del Sur les había traído de nuevo a Cola Roja. El zorro se acercó al mago y miró atentamente el ave. Parecía conmovido; incluso lloró, aunque ocultó la cara para que no lo vieran.

—Sostén la Estrella, muchacho —le pidió el mago a Gabe.

El niño lo dudó porque temía quemarse, pero, cuando obedeció, descubrió que las plumas eran tan suaves como el algodón y no desprendían calor, simplemente irradiaban luz. Al verlas

de cerca, parecían de oro.

Myrddin se movió por la habitación mientras los niños y el zorro miraban lo que él hacía. El bastón que Cola Roja le había entregado al mago era largo, tenía talladas cientos de hojas y, en la parte superior, un gran búho, con las alas abiertas, los ojos cerrados y un par de cuernos de plumas.

Myrddin se acercó a la chimenea y extendió el bastón hacia ella, apuntando a los maderos.

—*¡Ignem!*

Una chispa saltó y los troncos se encendieron. Luego tomó un caldero, lo llenó de agua y lo puso en el fuego.

—Ludcic, busca un poco de brezo; de seguro las brujas deben tener. —Cola Roja corrió y desapareció por la puerta—. Y necesito un poco de aceite de flor de Aratrie —dijo mientras buscaba en los estantes cercanos.

—Creo que nos queda un poco —dijo Nancy esculcando en la bolsa—. Sí, aquí está.

El mago se acercó y tomó la botellita de aceite.

—Sílgard —susurró—. Espero que el rey Eurrig no les haya causado problemas.

—En lo absoluto. Creo que fue benévolo incluso cuando nos tuvo como prisioneros. Aunque no creo que haya estado muy de acuerdo con que sus hijos nos dejaran en libertad —respondió Gabe.

Myrddin vertió la mitad del contenido del aceite en el caldero, se giró hacia los niños y suspiró.

—Algo me dice que los enanos no están muy felices —dijo mientras abría una ventana para que entrara aire.

—No la estaban pasando nada bien cuando abandonamos Sílgard —dijo Nancy—. Los dejamos en una guerra contra los far muhltres… Desde entonces no hemos sabido nada de ellos.

—¿Una guerra? ¿Cómo pudo pasar algo así? —preguntó el mago, tomándose de la barba—. Debemos saber qué ha pasado, pero antes salvemos nuestra tierra o de lo contrario no habrá nada que saber.

Al instante entró Cola Roja con un manojo de brezo en la boca. Myrddin lo recibió y lo tiró al caldero. Buscó de nuevo en los estantes y agarró un cucharón. Revolvió con fuerza y luego sacó un poco de la poción y se la ofreció al ave dorada en los brazos de Gabe.

—El efecto debe ser inmediato… En caso contrario, debemos buscar otra cosa —dijo Myrddin.

Los minutos pasaron y no hubo mejoría alguna; Myrddin se acercó a la ventana, perdido en sus pensamientos.

—No sé qué hacer —susurró el mago, acariciándose la barba.

Se apoyó en la ventana sin mirar nada en particular, tras él estaban los niños y el zorro, se soltó la barba, se dio medio vuelta hacia Gabe, tomó a la Estrella del Sur y con un gesto de la mano les pidió que se acercaran. Bajó la mirada y acarició al ave, que permanecía quieta ante los mimos del mago.

—Solo hay una cosa que puede ayudarla: más allá de las montañas hay un bosque habitado por antiguas criaturas, algunas son amables, pero otras solo buscan destrucción. Allí, en medio, hay un gran claro con un árbol único. En él crece un fruto… un fruto que da vida. Pero solo los de buen corazón pueden tomarlo. Solo existe el peligro para quienes deseen más de lo que merecen.

—Iremos —contestó Gabe, buscando con la mirada la aprobación de su hermana.

—Sí, no importa que tan lejos esté —dijo Nancy.

—Perfecto, buscadores, pero antes de partir busquen en sus corazones lo más valioso que tengan, lo que más amen en su mundo y ténganlo presente. Eso les hará saber qué buscan en verdad… No les mentiré, pueden perder la razón, desearán que sus vidas acaben; así que tengan cuidado, porque el pensamiento más débil los hará caer en una pesadilla de la que solo ustedes podrán despertarse. Pueden comer de todos los frutos de todos los árboles, pero la muerte aguardará al que busque lo que no se le haya perdido.

Permanecieron en silencio. «Solo somos dos niños, ¿cómo sabremos si realmente tenemos el corazón puro para tomar el fruto del árbol único?», pensaron Gabe y Nancy. Ya habían superado obstáculos increíbles. Además: ya se habían comprometido. Con miedo o no, sin importar lo que pasara, debían partir en esa nueva misión.

—¿Y cómo llegaremos allí? —preguntó Nancy.

—No hay mapas para ese lugar —respondió Myrddin—. El bosque cambia como lo hace el viento: se mueve a su gusto. Terminarán perdiéndose si no creen en ustedes mismos. Solo hay un modo de llegar.

Hizo una pausa para hacer un nido con mantas para que el ave descansara. Después dejó la habitación y bajó al patio de armas; los demás lo siguieron.

Encontraron a Al Fir Darrig, que corría de un lado a otro llevando espadas y flechas para las brujas, todavía enfrentadas con los duendes. La rata se detuvo al ver al mago y le hizo una venia.

—Mi señor, es un honor saber de usted y tenerlo en mi presencia, mi nombre es…

—Sir Al Fir Darrig —interrumpió el mago—. Para mí es un honor conocer a alguien tan valiente.

La rata se quitó el sombrero y bajó las orejas y la mirada, conmovido y sorprendido al escuchar las palabras del mago.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó Myrddin.

—Los duendes son numerosos y han tomado el salón real… De seguro los comanda Firkling. La reina ha intentado cruzar las puertas, pero no lo ha logrado.

—Debemos ayudarla. Esa es la única entrada al salón verde.

Entonces se dirigió a otro patio para encontrar el camino al salón del trono. Los niños desenfundaron sus armas y los siguieron. Los duendes no cesaban en su ataque.

Myrddin salió de entre los árboles que rodeaban la entrada al salón, vio a las brujas y que algunos árboles se habían convertido en trincheras.

Los niños no podían creer lo que veían: cada vez eran más y más los duendes que salían y se ocultaban tras los árboles; se extendían como una mancha negra. Los animales liberados ahora peleaban o traían municiones. Shana estaba junto a la reina, mientras que Salem esperaba en lo alto de un árbol. El choque de las armas era cada vez más fuerte, igual que los rápidos y estridentes hechizos que lanzaban las brujas y algunos hechiceros que luchaban junto a los duendes. Nancy puso atención a los guantes que llevaban: cada vez que decían algo en una lengua desconocida, un hechizo salía de las manos. Myrddin avanzó hasta la reina bruja, quien se ocultaba tras un árbol y tensaba un arco tan largo y delgado que parecía que fuera a romperse en cualquier momento.

—¿Quiénes son esos? —le preguntó Gabe a Cola Roja, viendo a los hombres y mujeres que lanzaban hechizos.

—Son rondadores, hechiceros seguidores de Firkling, personas muy peligrosas —dijo escondiéndose tras un tronco.

—Su majestad, veo que está bastante cansada; deje que yo la ayude —dijo Myrddin mientras miraba la gran batalla.

—Te lo agradezco, pero, aunque intentes ayudarnos, es imposible si no tenemos armas más poderosas. Hay un hechizo alrededor de las puertas que repele cualquier ataque lejano; incluso las flechas son inútiles.

Levantó el arco y apuntó a un duende de gorro rojo que custodiaba la puerta del salón. La flecha se dirigía a su cabeza, pero antes de dar en el blanco cayó al suelo como si hubiese perdido la energía.

El mago se sentó en el suelo para pensar. Las flechas pasaban volando cerca de él, pero ninguna lo tocaba; él seguía con la mirada fija en la nada y con la mano en el mentón. Después se paró, se puso la capucha y se hizo al descubierto. La bruja lo observaba, apuntando a cualquier flecha dirigida a él para protegerlo. El duende de gorro rojo disparó, pero la reina detuvo todos los proyectiles. Myrddin se plantó en el centro del patio, levantó las dos manos y empezó a pronunciar un hechizo del que los dos niños no entendieron nada.

—¿Qué dice? —le preguntó Nancy a Shana.

—Es poltrum, la lengua de los poltraits: es tan antigua que es considerada una lengua muerta. Muy pocos la hablan, entre ellos Myrddin y la reina. Debe ser algún hechizo poderoso, porque todo lo que se invoca en esa lengua lo es.

El mago cerró los ojos y continuó hablando en aquella lengua tan suave y hermosa. Con su bastón golpeó el suelo y el viento empezó a soplar. No se supo de dónde venía, pero era muy fuerte y muy frío. Sobre los duendes apareció una cúpula semitransparente y azul, pero fue desapareciendo como llevada por la brisa.

—¡Haz que tus brujas disparen! ¡Es hora de sacar al intruso! —gritó el mago.

Las primeras brujas dispararon, matando a los duendes que peleaban con los animales, pero seguían siendo demasiados. La reina salió de su escondite y le apuntó a un conjunto de veinte duendes. La flecha parecía tan normal como las de Nancy, pero era de una madera tan fina como el fresno.

—*Quep ihle verda sterne ihle terion tian num, cet; in lutme fista tieguer, um elaten spi, um elaten dobere, sterne ihle verda salet vriló* —murmuró la reina.

Solo quienes conocían el idioma de las brujas supieron lo que dijo: «Que el agua y el aire sean uno, mientras dure esta guerra; un simple respiro, un simple soplo y el agua será hielo». La flecha se convirtió en un cristal parecido al hielo, se elevó y, cuando estuvo sobre los duendes, se deshizo en el aire formando una fuerte ventisca que los congeló. Después, las demás brujas atacaron.

Nancy lanzó algunas flechas antes de salir de detrás del árbol. Shana corrió con Gabe hacia los duendes, que intentaban esquivar los ataques de las brujas. Atacaron a un pequeño pelotón con hachazos y mordiscos.

Cuando vencieron a suficientes duendes como para acercarse a la puerta, la encontraron cerrada, pero alcanzaron a ver detrás de ella a un grupo de arqueros y rondadores que los esperaban.

Las brujas apuntaron a las puertas y los animales cubrieron sus flancos. Myrddin, la reina, Shana, Al Fir Darrig, Gabe y Nancy se hallaban en medio del ejército. Todos en posición de defensa o de ataque.

El suelo era un desastre: la sangre de los duendes era amarilla y densa, parecida a ese horrible líquido que le ponen al piso de madera para limpiarlo, además de que olía asqueroso. Al intentar

caminar, se resbalaban.

Cuando lograron abrir las puertas, se enfrentaron a un hombre muy normal: tenía el cabello corto y barba de pocos días, vestía una gran capa gris y en la mano enguantada sostenía una espada. Tenía un gesto duro y lleno de rencor.

—No me sorprende verte aquí —dijo Myrddin, recargando su peso en el bastón—. No quería creerlo por el cariño que te tuve, pero ahora veo que estaba equivocado. Te enseñé todo lo que un guerrero debe saber. Cuando decidí mostrarte las antiguas artes, pensé que serías un gran mago entre los rills. Sabías que jugar con fuerzas mayores que las tuyas terminaría por corromper tu alma y aun así jugaste con ellas. Me engañaste para hacerme tu prisionero. Además, encerraste a la Estrella del Sur, a la reina y a sus brujas. No sé cómo hiciste para que estas criaturas te siguieran. —Señaló a los duendes—. Muchos han muerto por tu culpa.

—¿Me juzgas? ¿Tú, que guardas secretos tan poderosos que podrías reinar en todo el mundo? Solo hice lo que tú no fuiste capaz de hacer. Las artes se crearon para ser utilizadas por quienes desearan ser grandes, más de lo que tú y tu misma sangre fueron; los rills solo dormían entre cerezos guardando para sí los secretos; yo apenas he usado algunos de ellos para crear un reino mejor.

—¡Hablas de las artes después de haber derramado sangre inocente! —gritó Myrddin, golpeando el suelo con su bastón—. Distorsionaste la verdad, envenenaste tu alma, robaste la sabiduría a la naturaleza. Tu soberbia te ha convertido en lo que eres.

Los niños se mantuvieron inmóviles. Se podía sentir la tensión en el aire. De vez en cuando se oían algunos chillidos de los duendes, que parecían no poder respirar muy bien.

—Gabe, ¿qué fue lo que dijo? Esa palabra: *rill*. ¿La recuerdas? —dijo Nancy.

Gabe se giró hacia Cola Roja.

—¿Por qué cuando Nancy te preguntó qué era rill no dijiste nada?

—Porque no sé lo que es —respondió sin despegar la mirada de Firkling.

El silencio reinó en el salón del trono. Luego Firkling lo rompió.

—El veneno se derramó cuando dejaste de enseñarme los secretos de las artes.

—Firkling… dejaste de ser rill cuando entregaste tu fe al lado equivocado —reveló la reina bruja señalándolo.

—No, solo les di lo que deseaban: algunos secretos de las artes.

Myrddin bajó la mirada con pesar y miedo. Cerró los ojos.

—¿Qué has hecho? —Su voz solo fue un ligero susurro.

—Ahora somos más que tu ejército y más poderosos. Aunque yo caiga en este salón, otros vendrán. El fin se aproxima para tu raza —dijo Firkling desenvainando su espada.

—¡Insensato! ¡Has empezado el fin de tu propia raza! —gritó Myrddin.

—Esto ha ido demasiado lejos, incluso para ti, Firkling —dijo la reina, apuntándole con su arco.

—La orden de los rills se creó para mantener el equilibrio de la naturaleza, para custodiar los secretos de las artes, no para generar caos entre los hombres... —dijo Myrddin mirando hacia los rondadores, con la seriedad plasmada en el rostro—. Hemos hecho el trabajo de Joseph Butter durante miles de años bajo la cláusula de infinita bondad que nos permite a todos vivir en paz, obliga a los rills a conservar los secretos mágicos e impide la corrupción del mundo.

Los dos niños por fin entendieron las palabras de Cornelius, pero ahora había otra pregunta: ¿qué tenía que ver su abuelo con los rills?

—¡Dejé de ser un rill cuando me negaste el conocimiento! —Firkling apoyó la espada en el

suelo, como si fuese un bastón, y con un movimiento de la mano enguantada apuntó a los duendes y a los rondadores—. Ya he ganado, pero veo que han utilizado más que magia para llegar aquí… —Dirigió la mirada a los niños—. Hombres de antaño. Nunca pensé que fueras a necesitar de ellos, pero no podía esperar menos de ti, ¿el gran mago? Ahora es tiempo de terminar esto.

Levantó la espada para dar la orden de ataque: los duendes y los rondadores obedecieron. Las brujas se protegieron con hechizos reflectores; Myrddin hizo aparecer una espada y junto con perros y gatos atacó al primer grupo de duendes. La reina disparó sus flechas, haciéndolos retroceder; Nancy, Gabe, Shana, Cola Roja, Al Fir Darrig y Salem avanzaron en bloque contra los duendes que se acercaban.

Al Fir Darrig corría esquivando estocadas y atacando con su espada, pero un duende traicionero alcanzó a golpearlo desde atrás y lo dejó inconsciente. Cuando abrió los ojos, vio la sombra de un hacha que se dirigía a él para acabar con su vida. Por fortuna, Salem dio un salto a la cara del duende y le rasguñó los ojos. La rata se puso de pie, todavía mareada, y trepó al cuello del duende para golpearlo en la cabeza con su bastón hasta dejarlo inconsciente.

—Gracias, gato —dijo Al Fir Darrig quitándose el sombrero y haciendo una venia.

—No es nada, rata; estamos del mismo lado. Solo ten cuidado. —Se sacudió—. Y mi nombre es Salem.

El estruendo de las armas, los hechizos y los gritos llenaba el salón. La magia que usaban era tan fuerte que tanto brujas como rondadores volaban por los aires o se desintegraban como polvo. Palabras como *voluta imperferita* o *atrium profeza* eran pronunciadas por unos y otros, y eran seguidas de intensos rayos incandescentes azules o rojos.

El ejército de Myrddin derrotó a sus enemigos hasta que solo quedaron: el duende de gorro rojo, que alejaba a los animales con su pica; dos rondadores y Firkling.

—Esto acaba aquí. Nos veremos más pronto de lo que se imaginan. Adiós, querido Myrddin —dijo el líder de los duendes mientras se dirigía a la ventana más cercana.

—¡No escaparás, cobarde! —gritó Cola Roja, interponiéndose en su camino.

—Aléjate de mí, animal —replicó Firkling, blandiendo su espada hacia el zorro.

Nancy y Gabe intentaron ayudar a Cola Roja, pero Myrddin les impidió el paso con su bastón. La reina permaneció junto a las brujas. Ninguno osaba intervenir, por miedo a que hiriese al zorro. Entonces el mago dio un paso adelante con la espada amenazante.

—¡Destruiste mi hogar! —reclamó Cola Roja con un gruñido—. ¡Después asesinaste a la mitad de mi familia! Y cuando al fin pudimos estar tranquilos, volviste a destruirlo todo. ¡No escaparás, no esta vez!

—¡Oh, pobre perrito! Lo siento, destruí tu madriguera. ¡Un agujero menos en la tierra!

—¡Eres despreciable! Un caballero nunca haría tal cosa. Ahora veo que no eres más que un cobarde.

—Deja que se marche, Ludcic. Nuestros caminos se cruzarán nuevamente, pero hoy no es el día en que Firkling aprenderá su lección —ordenó Myrddin.

Aunque la orden de Myrddin fue clara, Cola Roja no obedeció. El pelo de la espalda se le erizó y se lanzó para morder a Firkling. Pero su enemigo fue más rápido y blandió su espada contra él.

Muchas veces, sobre todo cuando sentimos miedo, el silencio parece absoluto. Pero no es así; lo que pasa es que no estamos pensando en todo lo que ocurre a nuestro alrededor, solo en lo que nos produce miedo. Eso sintieron Nancy y Gabe cuando vieron el cuerpo de Cola Roja en el

suelo, inmóvil, mientras que Firkling daba un salto por la ventana y caía junto con sus secuaces. Antes de caer, se diluyeron en una nube verde.

Myrddin corrió para ayudar a Cola Roja. Nancy se inclinó sobre el cuerpo del zorro, conteniendo las lágrimas. Gabe, aunque quería llorar, no lo hizo, para que no lo vieran vulnerable, especialmente su hermana, que a veces lo trataba como a un bebé; cuando una lágrima rebelde se le escapó de los ojos, la secó rápidamente, antes de que alguien la viera.

Myrddin levantó la cabeza del zorro para examinarlo.

—¿E… es… está… mu… muerto? —tartamudeó Gabe.

—¡No! ¡No! ¡No! ¡Zorro tonto! —gritó Nancy.

Los sollozos de los animales resonaron en el salón.

—El que cree en las antiguas artes aunque caiga renacerá. El que las comprende no morirá… Ludcic —musitó Myrddin—, abre los ojos.

Los niños observaron al zorro con la respiración contenida y los nervios a flor de piel; lentamente, Cola Roja abrió los ojos.

—Lo siento mucho, Myrddin —dijo Cola Roja con voz queda—. No debí hacerlo.

El mago dejó escapar una sonrisa y negó con la cabeza mientras ayudaba al zorro a que se pusiera de pie.

—Mi querido Ludcic, si puedes ser paciente en un momento en que sientas rabia, escaparás a muchos años de tristeza. No te dejes llevar por un impulso o te llevará por lugares oscuros, de donde quizás no haya regreso.

—No lo vuelvas a hacer —rezongó Nancy.

—Nos diste un buen susto —continuó Gabe.

—No quería hacerlo, pero debía intentarlo —dijo Cola Roja agachando la cabeza.

—¡Ahora debemos apresurarnos! Pronto amanecerá. Su majestad, necesito entrar al salón verde —dijo el mago abriéndose paso hacia la reina.

—¿El salón verde? Es el único lugar donde no ha muerto el bosque. ¿Para qué quieres entrar?

Los niños observaron al mago, que permanecía con la mirada fija en el rostro de la reina.

—Allí está el único medio de transporte que puede llevar a los niños al bosque de Dalét.

—¿Bosque de Dalét? —inquirió Shana.

—Así es. La Estrella necesita más que aceite de Sílgard o morirá. Es mejor apresurarnos.

—Síganme —dijo la reina.

Mientras caminaba hacia el trono, esquivando a duendes, animales, brujas y rondadores muertos, su largo vestido se deslizaba sobre el piso.

—Eliha, por favor, ayuden a los heridos y lleven a los rondadores y duendes sobrevivientes a las celdas —ordenó la reina.

# El árbol único

La reina se detuvo en el salón y levantó las manos hacia el hermoso trono de piedra con una luna esculpida en la mitad. Dio dos palmas con las manos y el trono se movió hacia un lado, dejando ver un jardín con flores de todos los colores y árboles tan altos y verdes que parecían los de las pinturas que muchas veces se quedaban viendo los niños en su casa. Era tan profundo que no se podía ver a través de él.

Myrddin avanzó sin detenerse para admirar, pero los niños no pudieron hacer lo mismo porque era imposible no asombrarse con la belleza del salón verde. Parecía un invernadero, el terreno estaba cubierto de hierba y el techo era altísimo. El aroma en el aire era dulce.

El camino era estrecho; los niños se abrían paso empujando ramas y viendo al suelo antes de dar un paso. Después de caminar un rato encontraron arbustos de ramas largas y pequeñas flores amarillas, muy parecidos al diente de león. El mago se detuvo frente a uno de ellos y lo observó con atención.

—Sir Al Fir Darrig, Gabe y Nancy, ¿podrían tomar algunas desde la raíz? Pero, por favor, pídanles permiso antes de hacerlo —dijo enmarcando una sonrisa—. La hierba cana es muy temperamental; no querría que se enojara.

—Así será —dijo la rata, y le pidió permiso a la planta.

—Entiendo lo que deseas hacer —dijo la reina—, pero es demasiado arriesgado para ellos.

—Lo sé. Iría yo, pero debo cuidar de la Estrella o podría morir. Además, ¿qué mejor que dos dhardans buscadores para entrar en el bosque?

Gabe y Nancy también tomaron todas las ramas que pudieron y se las entregaron al mago. Myrddin se sentó y las empezó a unir para formar dos superficies amplias; tenían forma de balsas.

—¡Llegó el momento! Es hora de que partan —dijo dirigiéndose a la puerta del salón del trono.

—¿Qué se supone que van a hacer? —preguntó Al Fir Darrig.

—Ya lo verás. Solo mantén la calma —dijo el mago.

Caminaron hacia el patio de armas, que seguía igual de oscuro, con unas cuantas nubes púrpura en el horizonte. Myrddin se detuvo y les entregó las balsas de hierba cana. Los niños las tomaron confundidos.

—¿Para qué son estas balsas? —preguntó Nancy.

—Es el único medio para llegar a tiempo a Dalét.

—No me malinterpretes —masculló Gabe—, pero ¿cómo podrá ayudarnos esto?

—Es muy fácil: volando.

Gabe examinó la balsa para ver si había algo conectado a ella, cualquier cosa que los elevara,

pero no encontró más que ramas y hojas de hierba cana. Con todo lo que había sucedido hasta entonces, sabía que nada era imposible. Sin embargo, sentía miedo, no del vuelo en sí, sino de la posible caída. Un leve escalofrío le cruzó la espalda y con el rabillo del ojo logró ver a su hermana, que miraba su balsa con terror.

—Lo que tienen en las manos no es cualquier balsa. La hierba cana tiene un poder muy peculiar. —La voz de Myrddin estaba llena de calma e inspiraba confianza—. Esta balsa es capaz de elevarse con la brisa y llevar cualquier peso, pero deben saber cuál es la palabra adecuada para poder hacerlo.

—Pero no sabemos dónde está Dalét —refunfuñó Nancy.

—No te preocupes, señorita Abbott —le respondió—. Es muy fácil de encontrar.

Myrddin sacó del bolsillo un artefacto metálico, tenía varias caras pero era hueco, en cada esquina tenía pequeñas volutas. Era tan pequeño como un reloj de bolsillo. Se inclinó y se lo dio a Gabe, que lo tomó y le dio varias vueltas, tratando de saber qué era.

—Esto es un guialuz. Aunque estén perdidos, si confían en él, los llevará a lugares realmente sorprendentes. Pero si no es así, su luz se apagará hasta que de verdad crean.

—Solo tenemos que confiar y nos guiará hasta Dalét —dijo Gabe sin despegar los ojos del aparato.

—Entonces, partamos de una vez —dijo su hermana.

—Para utilizar las balsas deben subir en ellas y decir con voz fuerte y clara: ¡Caballo! —explicó Myrddin.

Al Fir Darrig dio un salto al hombro de Nancy, mientras Cola Roja subía a la balsa de Gabe.

—No los dejaremos ir solos. Estamos juntos en esto. Todos iremos en busca del árbol único. —Cola Roja suspiró sujetándose con el hocico de la capa de Gabe.

—Hemos llegado cuatro y cuatro serán los que se irán —dijo Al Fir Darrig sujetándose de la espalda de la niña.

—¡Buena suerte, buscadores! —dijo la reina, haciendo una venia.

—Es hora. *Lei teriontra lut tiline* —dijo el mago—. Que el viento sea su guía.

Los niños tomaron aire y con voz fuerte y muy clara exclamaron:

—¡Caballo!

Las balsas se elevaron en el aire. Gabe cerró los ojos, pero cuando descubrió la estabilidad del vuelo los volvió a abrir. Pronto alcanzaron la altura de la torre más alta y, con una leve inclinación hacia adelante, avanzaron. Gabe no despegaba la vista del guialuz para evitar mirar abajo.

—Confianza —se susurró.

El guialuz se iluminó por una de sus caras. Brilló tanto que Gabe tuvo que apartar la mirada. Nancy, desde su balsa, observó la luz y sonrió feliz. «Así será más fácil llegar», pensó.

Desde el cielo se podía ver todo el valle, el río que llegaba al mar tras el castillo y los bosques que ahora estaban secos. El viento soplaba con fuerza y les costaba mantener los ojos abiertos. Gabe se apoyó en las rodillas y con la mano libre se sujetó de la balsa. Al Fir Darrig iba temblando con los ojos cerrados; por su cabeza solo pasaban horribles escenas, en las que caía. Cola Roja, por su lado, disfrutaba del paisaje; incluso se arriesgaba a mirar abajo mientras el viento le sacudía las orejas.

Al pasar la primera montaña, el guialuz alumbró por otra cara, indicando que debían virar al norte. Todos se asustaron un poco, pues, según los enanos, allí estaban Verda y otras ciudades fantasmas. Por fortuna, de nuevo cambió la luz y se dirigieron a otro punto cardinal: nororiente.

Para evitar las corrientes superiores, descendieron. Aunque el movimiento fue suave, Gabe temió que estuvieran cayendo. Cuando se acercaron a las copas de los árboles, todos, menos Gabe, empezaron a gritar de euforia.

—¡Vamos! ¡Inténtalo! ¡Es muy divertido!

—¡No quiero caer! —gritó Gabe con terror.

—No caerás. Solo déjate llevar.

—Yo sé que tú puedes —susurró Cola Roja—. Tú me enseñaste a nadar; yo te ayudaré.

—¡Vamos, muchacho, no tengas miedo! —gritó Al Fir Darrig desde la otra balsa, aunque él también tenía miedo.

El niño asintió, tomó aire, se puso de pie y se inclinó hacia adelante. Como si fuera un surfista, se deslizó velozmente hacia su hermana.

—¡¿Vieron?! ¡Lo hice, lo logré! —exclamó Gabe deteniendo la balsa en el aire.

—¡Muy bien! Ahora veamos si puedes hacer esto —lo retó Nancy, bajando a un claro entre los árboles.

Gabe hizo lo mismo, solo para demostrar que estaba a la altura del reto.

—No soy un bebé —susurró mientras lo hacía.

Pasaron entre los árboles como dos aves, esquivando hojas secas, ramas y troncos. Nancy le dio vuelta a su balsa y quedó de cabeza. Gabe casi grita del miedo, pero, impulsado por la valentía de su hermana, aceleró el vuelo, la adelantó y cruzó por un árbol caído que dejaba un pequeño espacio entre el suelo y el tronco. Nancy se detuvo en medio de un claro y Gabe la imitó. Se veía tan triste aquel lugar, tan solo, sin vida.

De repente, una flecha pasó cerca del rostro de Gabe, seguida de muchas más.

—¡Nos atacan! —gritó Nancy.

—¡Hay que huir! —exclamó el niño buscando a los atacantes.

Entre los árboles alcanzaron a ver a unos duendes que se acercaban veloces con sus caballos. Más flechas llegaron y el grupo no tuvo otra opción que ascender con sus balsas hacia el cielo… Entonces los sorprendieron otros duendes que volaban sobre balsas, iguales a las de ellos; en cada una iban montados dos duendes: uno la conducía y el otro llevaba una ballesta.

—¡Sígueme! —dijo Gabe mientras buscaba refugio entre los árboles.

Nancy lo siguió y todos entraron en lo profundo del bosque muerto. Se oían las fuertes pisadas de los caballos que trataban de alcanzarlos. Gabe guardó el guialuz en el bolsillo y voló alrededor de los árboles antes de dirigirse a la cima de la montaña.

—¡Dispárales! —gritó uno de los duendes.

—¡Los tenemos! ¡No podrán huir de nosotros! —gritó otro.

Las voces eran secas y agudas. Las flechas pasaban peligrosamente cerca de Nancy, Gabe, Cola Roja y Al Fir Darrig.

Los caballos estaban a punto de alcanzarlos, sacudiendo las hojas secas bajo ellos y levantando una ligera capa de tierra.

—¡Debemos separarnos! —dijo Gabe.

—¡¿Qué?! ¡¿Estás loco?! —respondió Nancy aterrorizada.

—Es más fácil que nos atrapen si seguimos juntos. No te preocupes; estaré bien. Nos encontraremos en la cima de la montaña.

Nancy lo observó preocupada, pero asintió. Su hermano se inclinó hacia la derecha para dirigirse hacia los árboles, por donde era más difícil volar gracias a las largas ramas sin follaje. Nancy, por el contrario, se elevó por encima del bosque.

—¡Necesito de tu ayuda! —dijo Nancy con la respiración acelerada.

—¿Qué necesitas? —preguntó Al Fir Darrig.

—Toma el control de la balsa; solo debes sujetarla y con una leve inclinación irá hacia donde tú desees. Debemos defendernos si deseamos vivir.

La rata observó la balsa y luego sus pequeñas manitas; pensó que Nancy estaba bromeando, pero ella de nuevo lo instó a hacerlo. Al Fir Darrig sabía que no tenían opción, así que se inclinó y guio la balsa a las copas más altas. Nancy alistó su arco, apuntó a los duendes que se hallaban más cerca y disparó, pero los enemigos esquivaron sus flechas y respondieron al ataque.

Gabe intentaba mantener el control de la balsa. Podía oír los caballos cada vez más cerca. Entonces descubrió frente a él un par de caballos con sus jinetes: estaban listos para disparar. El chico jaló la punta de la balsa con todas sus fuerzas para ascender casi en línea recta y logró esquivar los proyectiles. Aunque algunas ramas les rasguñaron los brazos, las piernas y las patas, seguían con vida. Cola Roja se acurrucó en el canto del niño y dejó caer la cabeza a un lado para ver por dónde venían los duendes.

—¡Ten cuidado! —pidió el zorro—. Están justo a nuestra derecha y otros se acercan desde la izquierda.

—Tengo una idea. No me gusta, pero es nuestra única opción. ¡Sujétate fuerte!

El zorro obedeció y se agarró con el hocico y las patas. Gabe se inclinó para tomar más velocidad, ganó distancia y se internó en un claro que terminaba con unos árboles bajos de ramas tupidas.

Nancy, aunque nerviosa, seguía disparándoles a los duendes. De repente, sobre su hombro, apareció la salamandra envuelta en llamas: tomó mucho aire y sopló una llama que encendió la punta de la flecha. La niña dejó de apuntar a los duendes y dirigió su tiro a la balsa enemiga: dio en el blanco y la incendió. Los duendes cayeron desde lo alto.

—¡Eso fue increíble! Gracias —le dijo Nancy a la salamandra.

—¡*Wow*! ¡Eso fue muy astuto! —exclamó emocionado Al Fir Darrig.

Gabe a duras penas podía sostenerse por la velocidad. Un duende a caballo le disparó una flecha, pero el zorro estaba atento y obligó a Gabe a descender: la flecha se clavó en la hierba cana. El jinete enojado taconeó al caballo para acelerar el galope y acercarse a ellos; estiró la mano para agarrar la pierna del niño, pero Gabe fue más rápido y se elevó. El duende no alcanzó a frenar y se estrelló con la muralla de árboles bajos. La idea había funcionado.

—Eso fue arriesgado… y muy tonto —dijo el zorro mirando hacia abajo.

—Pero sirvió… ¿no?

—Sí, pero no lo vuelvas a hacer.

—No lo haré; tampoco me quedaron ganas de repetirlo.

La rata se dio vuelta y vio a algunos de los duendes tras de ellos. Nancy trató de ir más rápido, pero el viento cruzado era tan fuerte que era imposible volar en línea recta o responder los ataques, así que prefirieron dejar de defenderse y concentrarse en huir. Subieron tanto como pudieron, dejando atrás a los jinetes, pero aún no perdían a los duendes en las balsas.

Las nubes eran espesas y frías. El viento inclemente sacudía el cabello de Nancy y los pelos de Al Fir Darrig. Sin que lo notaran, un duende se acercó y agarró el pie de la niña.

—¡Ah! —gritó Nancy tratando de zafarse del agarre—. ¡Suéltame, suéltame!

—¡Vas a caer! —gruñó el duende.

—¡Suéltala, despreciable! —dijo la rata saltando a la otra balsa para golpear con su bastón al duende.

Gabe vio a su hermana en lo alto y a otro duende que le apuntaba con una flecha. Debía hacer algo: se detuvo y sacó el hacha.

—¿Qué haces? —preguntó el zorro.

—¡Debo hacer algo!

—Entonces, afina tu puntería, muchacho, porque no será un tiro fácil.

Levantó el hacha y la lanzó al duende que le apuntaba a Nancy. Varias cosas ocurrieron al mismo tiempo: el arma voló hacia el duende desprevenido, Gabe quedo petrificado al ver cómo le cortaba el brazo, Nancy disparó una flecha que se clavó en el cráneo del duende que la sujetaba.

—¡Und Vellthun! —gritó el niño.

El hacha volvió a él.

Nancy miró al último duende que volaba cerca de ellos y le apuntó con su arco. Gabe se acercó y con su hacha en alto esperó a que hablara.

—¡Por favor, no me hagan daño! Me iré y los dejaré ir en paz —rogó el duende—.¡Lo siento, lo siento! Fue Firkling; él es muy poderoso… Además, el rey muhltre le ha dado un gran ejército.

—No te haremos nada. Ahora vete, ¡rápido! —contestó la niña.

—Gracias, gracias.

El duende voló, alejándose en el horizonte.

—Temí lo peor… —dijo Nancy.

—Lo sé. Debes tener más cuidado; no puedo estar cuidándote todo el tiempo —le dijo el niño, usando las mismas palabras que su hermana le había dicho antes.

—¡Eres mi héroe! Lo siento. No volverá a ocurrir —respondió Nancy sonrojada.

—Es mejor que continuemos —dijo Gabe, sacando de su bolsillo el guialuz.

—Está bien… Pero creo que aún queda un duende allá abajo —alertó Cola Roja.

—No lo creo; de seguro habrá huido. Es lo que yo haría —dijo Al Fir Darrig.

—Creo lo mismo —dijo Nancy—. Sin embargo, volemos alto, así no podrá dispararnos.

Continuaron su travesía. Cuando cruzaron una montaña muy alta, descubrieron un enorme bosque lleno de árboles de diferentes especies, pinos, cedros, robles. Cientos y cientos de árboles. Los niños bajaron a donde comenzaba la espesura vegetal, tomaron las balsas bajo el brazo y se adentraron en él. Era un lugar hermoso; la vida allí se podía sentir en el aire: el suelo estaba húmedo y las hojas eran verdes, las aves cantaban. Los árboles tenían ramas delgadas y tupidas, el césped era alto y el musgo parecía un tapete verde.

—Es muy suave y esponjoso —dijo Gabe dando brincos.

—¡Sí! Es parecido a las camas con resortes que tenemos en casa del abuelo. Se puede saltar igual —respondió Nancy, imitando a su hermano.

Cola Roja, aunque no estaba muy convencido de hacerlo, empezó a brincar también; Al Fir Darrig se limitó a poner atención a los árboles desde el hombro de Nancy.

—Esto es muy divertido —admitió Cola Roja.

—¡Mira! Puedo llegar más alto que tú —dijo Gabe brincando con más fuerza.

—Esperen un momento… —susurró la rata—. ¡Silencio!

Pero nadie le hizo caso. Continuaron avanzando, brincando, gritando, riendo y jugando. A veces rebotaban tanto que tocaban las ramas altas de los árboles; otras veces, caían sin lastimarse en los colchones de hojas. La rata seguía observando todo con sospecha. Pidió silencio otra vez, pero fue ignorado de nuevo.

—¡Ten, malvado! Te hundiré entre hojas de bosque —dijo Nancy, agravando la voz.

—¡No te lo permitiré! —Continuó Gabe el juego, lanzando hojas al rostro de su hermana.

—¡Silencio! —murmuró la rata, olfateando nuevamente el aire.

Cola Roja se detuvo e imitó el olfateo. No estaban solos; había algo más. Algo que ellos nunca habrían soñado encontrarse.

—¡Al suelo! —gritó Cola Roja.

Todos obedecieron y sintieron un golpe que hizo temblar el suelo. Les llegó un olor espantoso, como a calcetines sucios mezclados con el queso que le gustaba comer al abuelo. Los niños se taparon la nariz intentando no respirar tal hedor. A lo lejos, los árboles se sacudieron y dejaron caer la mitad de sus hojas sobre algo o alguien. Parecía una pequeña montaña gris que avanzaba hacia ellos.

—¿Qué es eso? —susurró Nancy, levantando la cabeza para ver mejor.

—Es un ogro. Son tontos, pero peligrosos. Dicen los libros que les gusta comer niños, así que no hagan ruido —susurró el zorro.

Los hermanos se miraron un segundo antes de girar la cabeza para detallar al ogro: el rostro era ancho, con unos ojos muy pequeños; en lugar de nariz tenía solo dos agujeros; las orejas eran grandes, igual que su boca, de donde salían un par de dientes enormes que se curvaban hacia arriba como los colmillos de un jabalí; la piel era arrugada y verrugosa; medía más de cinco metros.

El ogro se dirigió a un agujero en medio de una colina, alejándose. Aparentemente, no los había visto.

—Creo que ya se va —susurró Gabe, recostando la cabeza sobre las hojas.

—No pensé que aquí hubiera ogros; suelen ser muy esquivos —dijo Cola Roja levantado el hocico.

—Y huelen horrible; parece que durmieran sobre una cesta de ropa sucia —murmuró Nancy.

—Es mejor esperar un momento —dijo Al Fir Darrig olfateando el aire.

—También lo creo. Estas hojas han servido de escondite perfectamente —dijo el zorro.

Se quedaron quietos y en silencio un tiempo más. Cuando el olfato de Al Fir Darrig les confirmó que era seguro ponerse de pie, lo hicieron.

Gabe empezó a limpiarse el cuerpo de las hojas y la tierra. Entonces sintió que se alejaba del suelo y un espantoso hedor le llegó desde alguna parte.

—¡Déjalo en paz! —gritó Nancy, apuntando con una flecha a la cabeza del ogro que tenía sujeto a su hermano.

El zorro lo mordió, pero era tan grande y tan duro que no le hizo nada.

—¡Suéltalo, apestoso ogro! —chilló la rata.

Gabe no entendía qué pasaba hasta que alzó la mirada y vio un par de dientes amarillos, llenos de baba, y dos pequeños ojos negrísimos. Una fuerte brisa le sacudió el cabello cuando el ogro respiró sobre él.

—¡Ah! ¡Suéltame! —gritó tratando de golpear al monstruo.

—¿Puedes liberarte? —gritó Nancy.

—¡No, es muy fuerte!

Nancy no bajó su arma.

—Déjalo ahora.

—¿Por qué? —contestó el ogro con voz queda y a media lengua—. Es comida que no tuve que cazar.

—Suéltalo o morirás —amenazó Cola Roja.

—¿Quién me atacará? ¿Tú? —dijo irónico el ogro, mientras de su boca escapaba un largo hilo de baba.

—No —interrumpió Al Fir Darrig—. ¡Ella!

El ogro dirigió la mirada a Nancy y vio el arco y la flecha con que le apuntaba: retrocedió sin soltar su presa, sonriendo. Otra enorme mano tomó a la niña de la cintura y la elevó igual que a su hermano. Fue tanto el susto que el arco y la flecha cayeron al suelo.

La niña observó el rostro del ogro que la tenía atrapada: era igual al primero, pero uno de sus ojos era blanco, como si fuera ciego; tenía unos pocos cabellos sobre la cabeza y uno de los colmillos estaba partido.

El ogro soltó una carcajada seca al acercarse la niña al rostro.

—Huele bien —dijo olisqueándola.

—Es comida, Ojohumo —dijo el ogro que sostenía a Gabe.

—¡Suéltenlos! —gruñó el zorro, pero fue ignorado.

Cola Roja y Al Fir Darrig se lanzaron al ataque mientras los hermanos forcejeaban. Nancy y Gabe pensaron que morirían aplastados. Con las manos libres, los ogros atraparon a los dos animales. También tomaron las balsas y las demás pertenencias.

Los llevaron por un amplio camino hacia un badén de tierra que había creado el agua estancada. Los prisioneros podían sentir los pasos de los ogros hundirse en el lodazal. Cerca de un árbol seco, los ogros soltaron a sus presas y las ataron con algunas hierbas largas que encontraron.

Nancy vio cómo su hermoso vestido azul estaba cubierto de maloliente pantano y bufó enojada. Los ogros se alejaron hacia un enorme hoyo en el que había agua estancada. Allí soltaron las pertenencias del grupo y se dejaron caer como si hubiesen hecho un gran esfuerzo. Suspiraron, tomaron un poco del barro y se lo untaron en las panzas, como si fuera una crema hidratante.

El olor del barro era horrible. Gabe aguantó la respiración para no vomitar. Cola Roja intentó alcanzar sus patas con el hocico para morder sus ataduras, pero no pudo.

—Debo cuidar la entrada —dijo Ojohumo—. Tú cuida la comida, Caramoho.

—Así haré —respondió ahogado—. No dejaré que vayan a ninguna parte.

El ogro del ojo blanco olfateó cerca de los dos niños y soltó una carcajada antes de desaparecer. Los niños lograron sentarse mientras Caramoho los veía con atención.

—Nunca había visto enanos tan extraños.

—Nosotros no so… —empezó a decir Nancy.

—No son enanos normales —interrumpió Cola Roja—. Son enanos de campo; no provienen de las minas de Sílgard.

—¿Enanos de campo? No había oído de tal raza.

—Es que son muy pocos. Los que quedan son ermitaños —mintió el zorro.

Nancy entendió la mentira de su amigo. «Si descubre que somos niños humanos, inmediatamente nos com…», no quiso terminar su pensamiento.

—Veo, veo… Creo que tengo hambre —dijo Caramoho bostezando.

Esas palabras los llenaron de miedo.

—¡Suéltanos, bobo! No sabes con quién estás hablando. ¡Soy una princesa y mi ejército vendrá por ti si no me sueltas! —amenazó Nancy.

—¿Una princesa? Me gusta comer princesas —respondió Caramoho limpiándose los

enormes dientes con una astilla.

La niña se estremeció.

—Las princesas como yo sabemos amargo. Tenemos huesos de metal y piel de papel.

—¿Piel de papel y huesos de metal? —Se rascó la cabeza, confundido—. Entonces servirás de servilleta y mondadientes.

Nancy se sacudió tratando de soltarse. Gabe suspiró y descubrió su hacha debajo del arco, junto al ogro.

—Bueno, creo que me comeré al enano y dejaré que Ojohumo termine con los animales. —Y se puso de pie.

Ninguno fue capaz de moverse, solo se miraron con los ojos llenos de miedo.

—¡Espera! —gritó Gabe.

—¿Qué? —dijo Caramoho.

—Supongo que me podrías comer crudo y eso… Pero ¿no sería mejor en una sopa?

—¿Supa? ¿Qué es supa?

—No supa, sopa; es un caldo de vegetales y carne de enano.

—No lo sé. Nunca he tomado sopa.

—Bueno, es el mejor momento para empezar.

—Está bien. ¿Me dirías cómo prepararla?

—Por supuesto. Qué mejor manera de morir que en una deliciosa sopa —dijo Gabe con fingida alegría.

—¿Qué debo hacer? —preguntó el ogro.

—Primero debes buscar madera para encender el fuego.

Caramoho se dio media vuelta y buscó las maderas secas alrededor del lodazal. Nancy miraba a Gabe con enojo. «¿Cómo puede preparar su propia muerte en una sopa? ¿Enloqueció?». Su hermano le dio una sonrisa mientras se acomodaba.

El ogro puso los maderos en un lugar seco y con un par de piedras hizo chispas para encenderlos.

—¿Y ahora? —preguntó fatigado por el esfuerzo.

—Debes colocar una olla con agua en el fuego —respondió Gabe, aún con la sonrisa fingida.

—¿Olla? Creo tener una por aquí.

Fue al árbol hueco, revolvió un montón de cosas y sacó un caldero metálico, lo suficientemente grande como para que cupiera el niño.

—Ahora llénalo con agua.

Caramoho fue hasta el charco más cercano, llenó el caldero con toda el agua sucia que pudo, no se molestó en sacar las moscas muertas, y luego lo puso en la fogata.

—Después debes poner los vegetales. Unos cuantos tomates y de esa hierba que hay allí. —Apuntó a un pequeño arbusto de albahaca que estaba cerca.

—¿Y meto todo en el caldero?

—Exacto. Debes dejarlo hervir por un rato y luego le agregas el enano.

Como el ogro ni siquiera sabía qué era un tomate, simplemente arrancó las plantas que había señalado Gabe y las puso en el caldero; luego se sentó a esperar a que hirviera. Parecía cansado por todo el movimiento que había hecho, y eso era justo lo que Gabe había planeado. El niño les pidió a los demás que se quedaran callados.

Los ojos del ogro se cerraban cada vez más; a veces los abría de repente, pero volvía a quedar atrapado por el sueño. Gabe se puso de pie, con gran dificultad, pues tenía los pies atados

y los brazos amarrados en la espalda, y empezó a dar pequeños saltos para llegar hasta el caldero. Hacía pausas para confirmar que Caramoho seguía dormido. Cuando estaba a punto de llegar, un fuerte ronquido lo detuvo: el ogro se sacudió, fastidiado por su propio ruido, y dejó caer una espesa baba de la boca. Gabe se siguió acercando, pero un bostezó del monstruo lo hizo detenerse de nuevo. Nancy estuvo tentada a dar un grito. Cola Roja no le quitaba la mirada al ogro. Al Fir Darrig mantuvo los ojos cerrados para no ver.

Cuando el ogro se quedó inmóvil, Gabe buscó en los bolsillos traseros de su pantalón, sacó un pequeño frasco de vidrio, se dio media vuelta y, con las manos lastimadas por las ataduras, vació su contenido en el caldero: era Lasdaly. Después volvió a su lugar.

—Eh… Hola… Disculpe, señor ogro. ¡Señor ogro!

El ogro abrió los pequeños ojos, fastidiado, se puso de pie y miró a Gabe.

—¿Qué ocurre, enano? —preguntó, dejando escapar un horrible olor de su boca.

—Debes probar el caldo. Así sabrás si ya está listo para agregarle el enano.

—Está bien. Probar el caldo.

Caramoho caminó hasta el caldero, lo tomó con las manos como si no estuviera caliente, dejó caer un largo trago de caldo en su boca y se volvió hacia el niño. Una ola de nerviosismo hizo que todos se quedaran paralizados.

—Sabe bien. Ahora debo colocar el enano —bufó.

«¿Por qué no se convierte en piedra como dijeron los enanos?», pensó Gabe. El ogro había tomado más que unas cuantas gotas y se seguía moviendo como si nada.

Gabe se sacudió, intentando zafarse. Cayó de espaldas al suelo y empezó a perder toda esperanza. Nancy intentó hablarle al ogro, pero solo fue ignorada. Al Fir Darrig se arrastró para detenerlo, pero solo se movió pocos centímetros. Cola Roja apartó su mirada para no ver el terrible final.

«Ya es demasiado tarde», pensó Gabe y cerró los ojos. Los demás hicieron lo mismo y esperaron a oír sus gritos cuando cayera al caldero hirviente.

Los segundos pasaron y no se oyó nada. La primera en abrir los ojos fue Nancy: vio al ogro con las manos extendidas hacia su hermano. El zorro y la rata fueron los siguientes y vieron lo mismo.

—Gabe —susurró Nancy—. Gabe, abre los ojos.

—¿Qué pasa? —respondió aún sin abrir sus ojos.

—Abre los ojos.

—¿Estás segura?

—Segura. Solo ábrelos.

Gabe obedeció y lo primero que vio fue el rostro sereno de su hermana. Giró la cabeza y encontró la horrible cara del ogro, con esos colmillos y esa piel gris verdosa, con un hilo de baba que caía, listo para comérselo. Gabe dio un grito y volvió a cerrar los ojos.

—Tranquilo, está petrificado. Mira.

Gabe obedeció de nuevo y detalló la piel rocosa. Sonrió, se puso de pie y se alejó dando saltitos.

—Fuiste muy valiente, niño —dijo Cola Roja—. Creí que moriríamos.

—Yo también. Eso fue muy heroico de tu parte —completó Al Fir Darrig.

—¡Eres el mejor, hermanito! Pero debemos soltarnos pronto; no sabemos cuánto dure el efecto de la poción... Tengo una idea: ¿podrías morder nuestras ataduras? —le preguntó a la rata.

—Lo intentaré.

Cada uno acercó las manos para que la rata mordiera las enredaderas y hierbas. En poco tiempo todos estuvieron libres y corrieron hacia el hoyo por sus pertenencias. Gabe tomó el guialuz, que empezó a brillar por la cara que se dirigía a los árboles, hacia el mismo camino por el que había ido el otro ogro. Se miraron un instante sin saber qué hacer, pero decidieron confiar y seguir las indicaciones. Las huellas del ogro serpenteaban por el bosque; el aparato los guiaba como si lo estuvieran persiguiendo. Caminaron en silencio, temerosos de encontrarse con Ojohumo.

Avanzaron hasta que se encontraron con una frontera de árboles tan espesa que solo el zorro y la rata podían cruzarla. Sobre las copas había una especie de techo de enredaderas imposible de atravesar. Como no podían entrar volando ni caminando, bordearon el muro para buscar algún tipo de entrada… Y en poco tiempo la encontraron: era una puerta de roble con dos aves talladas, una volaba hacia arriba, y la otra, hacia abajo. Recostado sobre el umbral, con los ojos cerrados y roncando profundamente, estaba el ogro Ojohumo.

Nancy vio brillar una hermosa llave dorada que colgaba del cinturón. Gabe la detuvo cuando ella dio el primer paso hacia el ogro.

—¿Qué haces, estás loca?

—Sé que puedo hacerlo —dijo Nancy señalando sus botas.

Gabe suspiró y la dejó ir. La niña caminó lentamente, en puntas de pies. El ogro no se movió ni siquiera cuando el arco chocó con el carcaj. Sin las botas mágicas, habría sido imposible tal sigilo. Nancy se amarró la capa y, recordando las palabras del enano, hizo una venia como antes de iniciar un baile. Las lecciones de *ballet* le habían ayudado mucho: se sentía ligera y silenciosa.

Cola Roja la observaba sorprendido; era la primera vez que veía a alguien hacer algo así frente a un ogro comeniños. Gabe le hacía señas para que dejara de bailar y fuera por la llave de una vez por todas. Al Fir Darrig suspiraba y negaba con la cabeza; tenía los pelos de punta. Nancy, finalmente, llegó de un salto hasta el ogro, hizo otra venia frente al horrible rostro dormido y se inclinó para agarrar la llave; jaló de ella y el ogro escasamente se sacudió con un poco de fastidio. Puso la llave en el cerrojo y las aves talladas movieron las alas y cambiaron de dirección: ahora miraban a la izquierda y la derecha; después: la puerta se abrió. Entonces Nancy volvió, agitada, al lado de sus acompañantes.

—Ya está abierta, pero debemos entrar con las balsas. No quiero imaginar lo que haría si lo despiertan con sus pasos.

—Tienes razón —respondió su hermano—. Debemos hacerlo sobre las balsas. —Se paró sobre la balsa y susurró—: Caballo.

—¡¿Qué?! ¿Acaso no vieron cómo mató a ese insecto solo porque le pasó cerca? No voy a hacerlo; sería un suicidio —renegó Cola Roja.

—¿Qué otra opción tenemos? No queda mucho tiempo —dijo Al Fir Darrig, cruzándose de brazos.

El zorro miró al ogro, luego la entrada y después a los niños: subió a la balsa a regañadientes y se sujetó de Gabe.

El vuelo de las balsas fue lento. Cuando estaban al lado de Ojohumo, una corriente de aire los sacudió. El ogro se movió, fastidiado por la brisa… pero no ocurrió nada más. Cruzaron la puerta abierta y continuaron un tramo más para asegurarse de salir del rango de audición del ogro; entonces bajaron de las balsas y se encontraron en medio de un jardín hermoso, lleno de árboles frondosos, la mayoría de ellos frutales, así que el ambiente estaba inundado de olores y posibilidades de sabores. Algunas frutas tenían colores que eran difíciles de describir. El pasto

era bajo y no había maleza. Los árboles eran de la misma altura y, aunque había una especie de techo, la brisa lo atravesaba con facilidad. El olor predominante era a chocolate, le pareció a Gabe. Algunas luciérnagas volaban y le daban un aire místico al bosque. La luz de la luna que se filtraba por las enredaderas del techo les permitía ver la mayoría de los detalles.

Gabe sacó el guialuz. Todas sus caras estaban encendidas; no supieron por dónde continuar. Sin soltar el aparato luminoso, dio unos pasos hacia adelante, guiado por su olfato hacia donde se hacía más fuerte el olor a chocolate: le recordaba la tienda de caramelos que visitaba con su amigo Aidan; era la mejor parte de ir a la escuela.

Nancy se dejó llevar por otro aroma: rosas. Era el mismo olor que la recibía cuando llegaba a casa, porque su madre tenía un pequeño rosal cerca de la puerta. También olía como el buqué que Declan Mcfie le había regalado en su último cumpleaños.

Cada uno se perdió en sus recuerdos mientras caminaba.

Nancy recordó la emoción que había sentido a los cinco años cuando su padre la llevó a conocer el zoológico; cuando le hicieron una gran fiesta para su cumpleaños número seis; cuando le regalaron esa hermosa muñeca de porcelana, esa que todavía guardaba como un tesoro en su habitación. También llegaron a su mente imágenes menos felices, como la de unos chicos del jardín que la hicieron llorar porque le tenía miedo a la oscuridad; o esa vez en que una niña se había burlado de ella por su estatura. Pero ahora era grande, su cabello negro era el más hermoso del colegio y era lo suficientemente fuerte e inteligente como para pelear contra ogros y duendes. Incluso podría ser reina, si así lo deseaba. Sí, se podía ver sentada en un gran trono, gobernando a una ciudad mágica como Qultre Dhagar. Nadie volvería a verla como a una niña pequeña. Se sintió grande y fuerte.

Gabe sintió alegría al recordar el balón que le había regalado su madre para que jugara con su padre; o aquella lejana tarde en la que su madre lo había acompañado al patio trasero y se habían pasado horas examinando mariposas; o cuando le ganaba a su hermana, casi siempre, a las escondidas. También pensó en ese día en el que unos chicos de la escuela lo habían perseguido para encerrarlo en un salón oscuro y alejado de todos los demás, ese en el que guardaban el esqueleto para la clase de Biología; en aquella ocasión en la que un maestro le quitó sus hormigas, las dejó encerradas en el clóset todo el fin de semana y se las devolvió muertas; en todas las veces que le dijeron «bebé» o «miedoso» porque no le gustaba trepar muros o árboles. Ese niño al que recordaba ya no era él; ahora tenía la fuerza para levantar un hacha y conducir bestias submarinas, incluso para guiar un gran ejército o ser rey. Se sintió grande y fuerte.

Cola Roja seguía su propio rumbo mientras olfateaba el suelo y recordaba. Pensó en su padre, Cola de Fuego, y en todo lo que le había enseñado, como en aquella ocasión en que le dijo: «Tu nariz es más lista que tú y te llevará a donde lo necesites». Recordó también cuando había despertado en medio de llamas y gritos, aquella noche en que los duendes entraron en la madriguera, les ataron las patas y destruyeron su hogar. Recordó el rostro del duende que se le aparecía en todas las pesadillas y que repetía el nombre de Firkling. Pero eso había sido antes; ahora era un zorro guerrero que había peleado junto con otros guerreros y hechiceros, había superado peligros mortales e incluso había descubierto las jugarretas de los pixies. Sintió que era más que un zorro normal; podría ser el líder de una manada y destruir a cualquier enemigo.

Al Fir Darrig caminaba con la vista perdida entre las hojas caídas; trataba de concentrarse, pero los recuerdos se lo impedían. Pensó en su casa, en las tardes soleadas bajo los árboles de su villa; volvió a su mente la fría mañana en que había sembrado una semilla pequeñita que se convirtió con los años en el árbol más fuerte del lugar; pensó en su hogar en el árbol, el que

llenaba con todo el alimento que recolectaba para el invierno hasta que casi no quedaba espacio para él. Entonces recordó el día en que todo había empezado a morir: las primeras hojas que cayeron, las semillas y las frutas podridas, los tallos secos... Había perdido todo. Pero ¿por qué tenía que ser así? Había combatido junto con una reina, arriesgado su vida muchísimas veces, luchado con merrows para llegar a un lugar que no era su hogar. ¿Por qué debía ser solo una rata? «Puedo ser dueño de todo este bosque… incluso de más», pensó.

Cada uno caminó por diferentes lugares, pero, sin saberlo, hacia el mismo punto: un claro en la mitad del bosque. Todos iban convencidos de merecer más, de ser más de lo que eran. Nancy y Gabe se veían como poderosos monarcas; Cola Roja se sentía como el más fuerte y fiero de todos los zorros; Al Fir Darrig se creía el dueño del bosque.

El único sonido que había era el de los pasos de los cuatro, aunque ninguno oía el que hacían los demás. Así, cada uno llegó al claro en la mitad del bosque aromático, desde cuatro esquinas diferentes. Cuando se vieron, no se reconocieron.

Nancy alistó el arco y apuntó una flecha a la cabeza de su hermano, justo en medio de los ojos.

Gabe empuñó el hacha en posición de ataque, listo para lanzarla contra Nancy.

Cola Roja gruñó erizado contra la rata.

Al Fir Darrig blandió su bastón contra el zorro como si fuera una espada.

—¡Desean robar lo que es mío! —gritó Nancy—. ¡Pero no dejaré que lo tomen!

—¿Tuyo? ¡Estas tierras, y más allá, hasta donde se pierde la vista, son mías! —respondió su hermano.

—Crédulos humanos, ¡yo soy el rey del bosque! Este es mi reino. ¡Este y el que yo desee! —bufó Al Fir Darrig.

—¡No podrían estar más equivocados! Están ciegos y no pueden ver a un verdadero rey cuando lo tienen al frente. ¡Yo, Ludcic del Sur, soy y seré amo y rey de todo! —gruñó Cola Roja.

Nadie perdió su posición; se miraban todos con sospecha, listos para atacar o defenderse.

Una ligera brisa les trajo unas palabras que habían oído no hacía mucho: «Busquen en sus corazones lo más valioso que tengan, lo que más amen en su mundo, y ténganlo presente. Eso les hará saber qué buscan en verdad… No les mentiré, pueden perder la razón, desearán que sus vidas acaben; así que tengan cuidado, porque el pensamiento más débil los hará caer en una pesadilla de la que solo ustedes podrán despertarse».

Entonces recordaron y pensaron nuevas cosas. Gabe y Nancy vieron en sus mentes una escena olvidada de la infancia: una noche en la que sus padres les habían leído un cuento y todos habían caído profundamente dormidos; también recordaron el amor que sentían el uno por el otro. Ambos pensaron: «¿Para qué tener un trono si no puedes tener una familia? ¿Acaso la fuerza y el poder son más importantes que los amigos y la familia?». Cola Roja pensó en la familia que había perdido, en la que aún vivía, aunque estuviera lejos, y en la que tenía frente a él, con la que se había enfrentado a peligros mortales. Al Fir Darrig pensó que siempre se había sentido solo, pero que esa sensación se había desvanecido desde que había empezado esta aventura. «Si fuera el dueño de un lugar tan grande, me sentiría solo de nuevo. Quizás sea más valiosa la amistad que un bosque entero».

Los cuatro bajaron las armas y la guardia. Dieron tímidos pasos para encontrarse. No hizo falta que hablaran; todos sabían que los demás habían pasado por algo similar, así que simplemente se abrazaron y sonrieron.

Entonces el guialuz alumbró por una de sus caras: apuntaba a un árbol de tronco grueso y alto, cuyas ramas parecían extenderse por todo el bosque. Sus hojas cambiaban de color y de forma cada vez que el viento lo tocaba; a veces parecían de cedro; otras, de roble, de eucalipto… Ninguno había visto nada parecido. Corrieron hacia él.

El aire era tibio y la hierba era tan verde que parecía pintada. De cerca vieron que en el árbol crecían hermosas manzanas verdes y rojas, trece en cada rama, ni una más ni una menos. Eran perfectas, lisas; la cáscara brillaba como si la hubiesen pulido.

—¡No importa si este es el fin, me alegra estar a su lado! —dijo Cola Roja.

—Ustedes son mis mejores amigos —reconoció Al Fir Darrig secándose una lágrima.

—Y ustedes, los nuestros —dijo Gabe.

—Nunca habrá mejores amigos ni una familia como esta —expresó Nancy—. ¿Están listos?

—Ahora más que nunca —respondió el zorro.

—Entonces… ¡vamos por ese fruto! —gritó la rata.

Se acercaron al tronco del árbol, pero no se atrevieron a tomar ninguna fruta.

—Myrddin dijo que podíamos comer de cualquier árbol, «pero la muerte aguardará al que busque lo que no se le haya perdido» —recordó Gabe.

—Eso quiere decir que, si tomamos el fruto equivocado, moriremos. Y si tomamos el fruto con las intenciones equivocadas, también moriremos, ¿verdad?

Nadie despegaba la vista del árbol que cambiaba de hojas.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó Cola Roja

Gabe bajó la mirada tratando de recordar las indicaciones de Myrddin, pero era difícil porque sus palabras siempre parecían ocultar más que lo que decían.

—Myrddin dijo que solo los de buen corazón podían tomar el fruto del árbol único. —Miró a sus compañeros esperando una confirmación del recuerdo.

—Creo que debo tomarlo yo —dijo Nancy.

—¡¿Qué?! ¡Podrías morir! —exclamaron los tres.

—Ya sé, pero… ¿qué otras opciones hay?

—No. Debo hacerlo yo —dijo la rata—. Ustedes deben volver con Myrddin. Y tú, Cola Roja, debes volver con tu fami…

—No. Yo lo haré —interrumpió Gabe.

—No. Lo haré yo. Ustedes deben volver para salvar a la Estrella del Sur —dijo Cola Roja.

Todos permanecieron callados. Entonces, como si hubiesen pensado lo mismo: dieron un paso hacia el árbol.

—Todos queremos hacerlo para que los demás no se arriesguen. ¿Saben lo que estoy pensando? —preguntó Gabe.

—Sí. Lo haremos al mismo tiempo —respondió Nancy.

Los niños se pararon bajo una de las ramas bajas del árbol, justo donde podían alcanzar uno de sus trece frutos. El zorro subió al hombro de Gabe, y la rata trepó por el brazo de Nancy.

Patas y manos temblorosas se unieron para tomar el fruto. La cáscara era tan suave como una seda. Ninguno dijo nada, solo observaron lo que habían arrancado. Cuando pasó la sorpresa, lo envolvieron en un pañuelo, lo guardaron y saltaron emocionados: era hora de volver a Qultre Dhagar.

Corrieron de vuelta a la puerta tallada. En el mismo lugar en que habían descendido de las balsas voladoras, se subieron de nuevo. Esta vez volaron rápido, cruzaron la puerta y despertaron al ogro, que no alcanzó a reaccionar y solo los pudo ver huir mientras Nancy le arrojaba su llave.

Se elevaron muy alto para no cruzarse con ningún duende. El guialuz ahora alumbraba, en orden, por diferentes caras para guiarlos hacia el mago. Cruzaron las mismas montañas y colinas; atravesaron el mismo bosque muerto donde antes los habían atacado. Volaron, volaron y volaron.

Vieron a lo lejos una gran torre con antorchas y atravesaron volando el último tramo. Aterrizaron en el patio de armas en medio de las ovaciones de las brujas y los animales que los esperaban.

# La luz de la Estrella y el Camino a casa

—¿Llegamos a tiempo? —Fue lo primero que preguntó Nancy mientras saltaba de la balsa.

—No lo sé. Myrddin no deja entrar a nadie en la torre —respondió Shana batiendo la cola.

—Me alegro de verlos, buscadores —dijo Salem desde la rama de un árbol seco.

—A nosotros nos alegra volver —dijo la rata.

—¡Apresúrense! ¡Hay que entregarle el fruto a Myrddin! —ordenó el zorro.

Los viajeros corrieron hasta la torre, subieron y tocaron la puerta.

—Pueden entrar —dijo el mago.

Abrieron la puerta y vieron a la reina de pie junto a la Estrella, y a Myrddin, que miraba al cielo por la ventana. Todos hicieron una venia ante la bruja.

—¡Sean bienvenidos, buscadores!

—Me alegra saber que están bien. Llegan justo a tiempo.

El mago se dio la vuelta para verlos.

—Si preguntara sobre el árbol único, sería un disparate; porque si no lo hubieran encontrado, no habrían regresado. Si no tuvieran el fruto, uno de ustedes no estaría aquí.

La niña sacó el pañuelo, lo desenvolvió frente a todos y le entregó el fruto verde al mago.

—Aun en la oscuridad más profunda, siempre hay una luz. Nunca lo olviden —dijo el mago poniendo la manzana en la mesa.

La cortó en pedacitos, los puso en un tazón de madera y lo llevó a la Estrella, que ya había perdido casi toda su luz.

El ave picoteó con lentitud, luego con un poco más de fuerza y velocidad a medida que sus alas empezaban a brillar. Cuando terminó: alumbraba como el sol; era difícil verla directamente. Myrddin la tomó y la llevó hasta la ventana. La Estrella se posó en el marco, mirando hacia adentro, disminuyó su brillo para que la pudieran ver e hizo una pequeña venia como agradecimiento.

—Fue un gusto —dijo Gabe.

—Fue un placer —respondió Nancy.

—Para mí fue un honor —dijo solemne la rata mientras se quitaba el sombrero.

—Para mí también lo fue —completó el zorro.

—Es hora de partir. ¡Vuela! —pidió el mago—. ¡Luz del Sur, vuela y da vida como el árbol único te la ha dado a ti!

El ave voló ante la mirada de los que estaban en la torre y en el patio de armas. Un grito de júbilo resonó cuando apareció en el cielo y lo vieron las brujas y los animales; sus ecos retumbaron hasta cuando se perdió entre las nubes. El sol brilló con más fuerza, las flores renacieron y los árboles reverdecieron; los jardines del castillo se llenaron de colores y el aroma

del aire fue dulce; incluso el mar y el lago recuperaron brillo y transparencia. Todo estaba volviendo a la normalidad.

—Mis queridos dhardans buscadores —dijo el mago—, no hay palabras para decirles lo que esto significa para este mundo.

—Lo sabemos. También significa mucho para nosotros —reveló Nancy.

—Es nuestro segundo hogar —completó Gabe acariciando a Cola Roja.

—Aun así, es momento de que vuelvan a su mundo —dijo Myrddin.

Los niños suspiraron y asintieron felices, pero invadidos por la nostalgia de dejar a sus nuevos amigos y ese mundo.

—¿Puedo preguntar algo? —dijo Gabe.

—Por supuesto.

—¿Qué habría pasado si hubiéramos tomado el fruto con un sentimiento equivocado?

—Habrían muerto. Solo con el corazón puro se puede tomar el fruto. Si alguno hubiera querido hacer el mal con él, no habría podido hacerlo.

Sin decir otra palabra, Myrddin salió de la habitación, bajó las escaleras y caminó hacia el patio de armas. Los demás lo siguieron.

—Yo también tengo unas preguntas.

—Responderé a tus preguntas, querida Nancy.

—¿Por qué Firkling desea la destrucción de este mundo? Y, exactamente, ¿qué son los rills?

—Firkling fue mi aprendiz en los secretos de las artes. Creí que sería mi sucesor, pero su cordura fue cegada por la ambición y el poder. Él deseaba que le diese los secretos más antiguos de la naturaleza para beneficio propio —explicó suspirando.

—Entonces, ¿qué hiciste? —preguntó Nancy.

—Le ordené que se alejara, pues no era digno del conocimiento. Ese día juró que acabaría con todo lo que yo amaba.

—Un rill es un protector de la naturaleza y sus secretos —recordó Gabe.

—Así es —dijo una voz tras los niños.

Se dieron media vuelta y vieron un caballo pardo. Cornelius, el hombre que había ido a visitar al abuelo, bajó de la montura. Vestía una capa azul oscuro que le cubría todo el cuerpo y aún usaba aquel gorro aplastado.

—¡Oh, Cornelius! Has llegado —exclamó Myrddin mientras le daba un abrazo—. Espero que no haya sido desdichado tu camino.

—Fue un viaje largo. Todos los caminos están vigilados por rondadores y duendes. Además, los espejos no funcionan aún y tuve que cabalgar durante tres días para poder llegar a las montañas bajas; tengo buenos amigos gnomos en aquellas tierras, gracias a Serefell. —Cornelius se volvió hacia los niños y con una sonrisa de oreja a oreja les dijo—: Veo que por fin Angus ha decidido entrar en razón. Es bueno ver hombres en tierras antiguas.

Los niños se quedaron confundidos en silencio.

—¡Oh, no! Él no sabe que están aquí, ¿verdad? ¿Cómo han llegado hasta aquí, mis queridos niños?

—El elemental fuego, Cornelius. Han llegado aquí gracias a la misma luz —respondió Myrddin.

—Pero, ¿y Angus? ¡Él debe haberlo descubierto!

El gesto de Cornelius era de preocupación. Caminaba nervioso de un lado a otro.

—Hay algo que no entiendo: ¿cómo es que conoces a mi abuelo? —preguntó Nancy con los

brazos cruzados.

—No sé si deba decir una palabra sobre su abuelo, mis queridos niños —susurró Cornelius.

—Cornelius… No hay manera de que no se enteren —lo conminó Myrddin, sacando una larga pipa.

La parte de la pipa en la que se cargaba la hierba era de madera oscura y tenía tallado el mismo símbolo que las cartas que habían recibido para entregar a su abuelo. Gabe lo notó, pero no quiso interrumpir la explicación. Cornelius dejó escapar otro suspiro.

—Hablaré, pero de lo que se diga aquí nada será repetido —dijo mientras se sentaba en una roca en el patio de armas.

Gabe y Nancy asintieron, observando con atención el pensativo gesto de Cornelius.

—Mis queridos dhardans buscadores, ahora veladores de la orden de los rills. —Soltó esa información como si no tuviera importancia, como si los niños entendieran el significado de esas palabras—. Hace cientos de años se creó una orden dedicada a la conservación y búsqueda de magia y criaturas fantásticas: los rills, protectores de las artes. Fueron siete los hechiceros con mentes libres del mal encargados de mantener la magia más oscura y poderosa bajo control. Desde aquellos días siempre se eligen siete magos. Hace muchos años, yo fui elegido como uno de ellos. Myrddin guiaba esta orden y escogió a uno de nosotros como el encargado de proteger artefactos mágicos. Ese hechicero, aquel mago, fue su abuelo Angus.

Un largo silencio se instaló en el ambiente. Les parecía imposible que su abuelo, un hombre huraño y enojón, estuviera relacionado con aquel mundo mágico y menos que tuviera un cargo tan alto. Myrddin dejó escapar el humo de su pipa, que tenía una pequeña tapa tan brillante como la plata, y miró a los hermanos, que aún no podían articular ninguna palabra por la confusión.

—Pero ¿por qué se alejó de ustedes? —logró preguntar Gabe—. En casa, tú y el abuelo hablaron. ¿Qué te dijo?

—Lo siento, Gabe, pero el mismo Angus me pidió callar. Sobre ese asunto no diré ninguna palabra. Su abuelo les dirá cuando él lo crea necesario.

—¡Pero él es tan diferente de todo esto! ¿Cómo puede guardar tal secreto? —replicó Nancy.

—Mis buscadores, hay ciertas cosas que deben esperar —dijo Myrddin con voz grave—. Todo está escrito para cumplirse… algún día.

Ninguno dijo nada; solo sopesaron las palabras de ambos hechiceros. Entonces Myrddin sonrió y observó el hermoso sol que brillaba sobre ellos.

—Es hora de partir.

—¿Te irás? —preguntó Cola Roja.

—Así es. Sílgard necesita ayuda y he estado ausente bastante tiempo. Buscaré ayuda de los enanos en los bosques del este.

El mago caminó hacia la reina y le hizo una venia de despedida.

—Su majestad, enviaré noticias de Sílgard cuando encuentre al rey Eurrig.

—Prepararé todo para ayudar. Qultre Dhagar luchará contigo, Myrddin, primado de los rills —contestó la reina.

—Gracias, majestad.

Caminó hacia un caballo y tras él fueron los animales para despedirlo.

—Mis queridos amigos, partiré —dijo fuerte para que lo escucharan—. Vendrán momentos difíciles, pero no pierdan la esperanza: siempre habrá una luz.

Después bajó la voz para dirigirse solo a los niños:

—Gabe, Nancy, nunca olviden lo que aprendieron aquí, porque eso los hará fuertes. Muy

pronto vendrá un carruaje para llevarlos a casa.

—Gracias —dijeron ambos mientras le abrazaban una pierna.

El mago sonrió.

—Nunca te olvidaré —dijo Nancy.

—Ni yo a ustedes.

Algo apareció brillante en el hombro de Myrddin: la salamandra de fuego.

—¿Te irás también? —le preguntó la niña—. Gracias por tu ayuda.

—Gracias, amiguito —dijo Gabe.

Cornelius, también sobre su caballo, repitió la venia de despedida, se hizo al lado de Myrddin y les dijo:

—Fue un placer conocerlos, dhardans buscadores. Recu-erden: aún no es momento para hablar con su abuelo.

—Así será —contestó Gabe.

Los dos magos galoparon y se alejaron entre la espesura del bosque.

Esa noche, la reina ofreció una cena para los niños, las brujas y los animales en el salón más grande del palacio. Fue servida sobre una mesa de más de veinte metros de largo, con todos los manjares imaginables. La decoración con flores blancas era hermosa. Para que estuvieran a la altura de la invitación, la reina les dio ropas hermosas hechas con telas muy suaves y bordados espléndidos. Gabe tenía una capa y chaleco rojos, unos pantalones azules con bordados dorados y unas botas oscuras. Nancy, un vestido blanco que llegaba hasta el suelo, con volados y flores, y una capa del mismo color que terminaba en un bordado plateado. Al final de la velada, se dirigieron a la hermosa habitación en la que habían guardado sus pertenencias. Estaban exhaustos, pero no se acostaron, se hicieron uno al lado del otro en el balcón con vista al lago. Se quedaron en silencio viendo cómo la luna se reflejaba en las aguas y los merrows nadaban como en una danza.

—Siento tristeza y felicidad a la vez, Nancy.

—Igual yo. Volver a casa será más difícil de lo que creí.

—De seguro el abuelo ya habrá llamado a papá y a mamá para contarles de nuestra desaparición. No podemos permanecer aquí más tiempo; ellos nos necesitan.

—Lo sé… Además, aún no entiendo nada de lo del abuelo. No puedo creer que sea un mago ni que haya tratado de ocultarnos la existencia de este mundo. Nada tiene sentido.

—¿Por qué crees que no nos ha dicho nada? —preguntó Gabe.

—Solo sé que tiene que ver con la visita de Cornelius.

—No sabremos la verdad hasta que él decida contárnosla. —Hizo una pausa larga—. También estoy preocupado por la guerra; quisiera saber qué ocurrirá con Sílgard y los enanos. Son demasiados contra ellos.

Durante la cena se habían enterado de las enormes proporciones de la guerra y del verdadero peligro que representaban Firkling y sus rondadores, que cada día se multiplicaban.

—Sí, son muchos, pero Sílgard será defendida por los mejores: la reina de las brujas y el más talentoso de los magos, Myrddin. —Gabe sonrió viendo hacia el lago.

Sin decir más, entraron a la habitación, se pusieron las pijamas y cayeron profundamente dormidos.

La mañana siguiente, mientras se despedían de brujas y animales en la puerta del castillo, llegó el carruaje que los llevaría a su hogar.

—A todos ustedes, gracias por su apoyo. ¡De seguro no estaríamos aquí sin su ayuda! —gritó

Nancy a la multitud.

—¡Nunca olvidaremos su compañía y siempre recordaremos su cariño! —gritó Gabe.

—Y nosotros nunca dejaremos de recordar a los dos dhardans buscadores que salvaron nuestras vidas —contestó la reina mientras todos a su alrededor hacían una venia—. Gracias.

—Siempre que lo necesiten, estaremos con ustedes —dijeron los dos niños.

Shana y Salem se acercaron.

—Estamos orgullosos de haber peleado con dos grandes caballeros como ustedes —les dijo Nancy con una sonrisa.

—Nadie nunca tuvo tan valientes caballeros. Gracias —dijo Gabe acariciando primero a Shana y luego a Salem.

—El placer fue nuestro —dijo el gato agachando la cabeza—. Siempre estaré aquí para ayudar a los dos buscadores.

—Que mis palabras perduren en el tiempo y el mundo sepa que existen feroces y gentiles hombres —dijo Shana—. Prometo, mientras mi vida perdure, que haré saber al mundo lo valerosos que han sido. Siempre estaré lista para luchar junto a ustedes.

Perra, gato, niño y niña se abrazaron.

Entonces se acercaron Cola Roja y Al Fir Darrig, con la cabeza gacha y los ojos llenos de lágrimas.

—Esta es la despedida —dijo Nancy—, pero no hay que estar tristes. No, esto no significa que no podamos volvernos a ver.

—Es verdad —dijo Gabe tratando de no llorar—. No es necesario decir adiós…

—Entonces, será un hasta pronto —completó Cola Roja.

—¡Hasta pronto! —exclamó Al Fir Darrig, abrazándolos.

—Hasta pronto —repitió Cola Roja con la voz quebrada.

—Nunca los olvidaremos. Siempre serán nuestros amigos —dijo la rata.

Zorro, rata, niño y niña se abrazaron.

Entonces la reina los interrumpió para guiarlos hasta el vehículo, en medio de una gran ovación animal y de una lluvia de pétalos que las brujas lanzaban desde las torres. Los hermanos subieron al hermoso carruaje que jalaban dos caballos blancos, escoltado por un grupo de brujas a caballo. Empezaron el camino a casa y se asomaron por las ventanas para ver una última vez el castillo.

—¿Crees que volveremos alguna vez? —preguntó Gabe con la mirada perdida en las altas torres.

—No lo sé, pero estará siempre en mi corazón.

Después de algunas horas de tranquilo camino, llegaron a un campo abierto. En el cielo trinaban aves de muchos colores. Se dieron cuenta de que era el mismo lugar donde habían encontrado a Cola Roja. Bajaron del carruaje y, después de despedirse de las brujas, caminaron por la misma ruta por la que habían llegado, iluminada por la luz de la Estrella del Sur, que les mostraba el camino a casa. Llegaron al círculo hecho de árboles. Gabe y Nancy se pararon en medio, se tomaron de la mano y el cielo empezó a cambiar: diferentes lugares y colores; la oscuridad de la noche, el gris de la lluvia y el azul de los días soleados.

—¿Listo? —preguntó Nancy.

—Sí, ¿y tú?

—También.

Tomaron aire, saltaron y gritaron:

—¡Al bosque de Áradien!

El paisaje fuera del círculo empezó a cambiar: de un hermoso campo pasó a un desierto, los árboles crecían y desaparecían, el viento, la nieve y el sol seguían uno después del otro. Al final, un hermoso bosque verde apareció y el sol brilló por entre las hojas. Mientras esto pasaba, su ropa volvió a ser la de siempre: el hermoso vestido de Nancy se convirtió en el que su madre le había regalado; Gabe se encontró con los pantalones marrones y la gorra que llevaba el día en que había salido de la casa. Salieron del círculo y corrieron hasta llegar al hogar de las dríadas, pero no había más que árboles. Árboles verdes y saludables, cubiertos de musgo. Todo había vuelto a renacer. Siguieron corriendo hasta la casa del abuelo, que los esperaba sentado junto a la puerta.

—¡¿En dónde estaban?! ¡Llevo toda la mañana buscándolos! —gritó enojado.

Los niños se miraron un segundo: después de todo lo que habían vivido, no era descabellado pensar que el tiempo se comportara distinto en los diferentes mundos.

—Jugábamos en el bosque a las escondidas —mintió Gabe sonriendo.

—Esto no volverá a ocurrir, abuelo —dijo Nancy con voz fingida.

—Claro que no volverá a ocurrir: están castigados. Vayan a su habitación; solo bajarán cuando sea hora de comer —ordenó.

Los niños lo abrazaron al entrar. No querían ser castigados, pero sabían que lo merecían por haber desobedecido. Estaban muy felices de verlo. Nunca lo habían extrañado tanto. Angus los miró de reojo un segundo, sospechando que le estaban ocultando algo, pero no hizo más que eso.

Los niños subieron a la habitación y se sentaron en la cama, en silencio. Gabe vio el frasco en el que había guardado la pequeña mariposa que su abuelo había golpeado: estaba viva. Abrió el frasco y la ventana para liberarla de su cárcel de cristal.

De repente ambos empezaron a reír a carcajadas. Sabían que la aventura no había sido un sueño, que todo había sido real, que la amistad con Al Fir Darrig y Cola Roja seguiría tan fuerte como el recuerdo en sus corazones.

Los días pasaron sin sobresaltos. Algunas veces, a escondidas, volvieron al bosque para ver a las dríadas o el portal, pero nunca los encontraron. Muchas veces buscaron en la estufa a la salamandra, pero no la vieron más.

En las tardes, antes de que los obligaran a encerrarse en la habitación, Gabe y Nancy se sentaban frente al bosque para pensar en sus amigos; en su abuelo, un rill que guardaba un gran secreto, y en la horrible guerra de Sílgard.

También se preguntaban, aunque nunca en voz alta, si algún día volverían a ese mundo mágico.

## ¿FIN?

# Ar Agor

Llovía y una espesa niebla cubría el bosque, dejando todo en penumbra. Los árboles ocultaban las ruinas de la ciudad. Solo se escuchaban los pasos rápidos de alguien que se escondía de las bestias que rondaban en el bosque.

Entre los árboles sonó el pesado caminar de la criatura que custodiaba las ruinas.

El hombre de la capa se deslizó por el suelo, corriendo para dejar atrás al ser que lo perseguía. Avanzó hasta el castillo derruido, entró y se detuvo en la antigua sala del trono. Sentía su energía: liberadora y poderosa.

El fuerte movimiento de los árboles tras él hizo que se volviese. Un gran dragón blanco de alas anchas se alzó en vuelo; sus garras rasgaron el suelo de piedra y tierra. El hombre le devolvió la mirada sin sentir ni el más mínimo temor.

—Guardián —dijo suspirando—, no podrás contra mí. El destino ya ha sido escrito y una nueva era está por comenzar.

El dragón rugió, abrió las fauces y se lanzó a atacar. El hombre retrocedió al ver los ojos del dragón, voraces, brillantes y profundos. Las pisadas hicieron temblar el suelo, mientras su larga cola golpeaba los árboles. El hombre se movió rápidamente entre las ramas y troncos que caían del cielo y, con un rápido movimiento de muñeca, elevó su mano enguantada.

—*Atrium profeza* —dijo, y de la mano salió un rayo que golpeó un ala de la bestia.

El dragón rugió y de su piel salieron chispas, pero no retrocedió. Arrastrando el ala, continuó su ataque escupiendo fuego. Las llamas se abrieron paso entre los árboles hasta casi llegar al hombre, pues con su mano enguantada frente a él logró repeler el ataque. El invasor corrió en zigzag, apuntó con su mano derecha al guardián y gritó:

—*¡Somniatis!*

Una luz tan blanca como el día alumbró el bosque y encegueció a la bestia, que cayó dormida profundamente.

Había pasado tanto y por fin estaba allí. Ahora las cosas serian diferentes.

El hombre caminó hasta una puerta en la sala del trono y apoyó la mano en la puerta con cadenas y un cerrojo en forma de puño. Reconoció la magia que la mantenía cerrada. «Ha sido creada por el mismo Myrddin», se dijo. Entonces sacó un pequeño frasco y vertió su contenido sobre el cerrojo; luego fue hasta el dragón, le hizo un corte en una de las patas y se humedeció la mano con la sangre del animal. Volvió a la puerta y elevó la mano hacia el cerrojo. Sonrió agradecido y con voz clara dijo:

—*Ar Agor.*

Lentamente, el cerrojo con forma de puño levantó el dedo índice apuntando al cielo, luego giró hacia la izquierda y cayeron las cadenas. El hombre dio un paso atrás e hizo una venia.

Desde el interior oscuro y frío se escuchó una voz seca, casi desgarrada:

—Es hora de tomar lo que es mío. Gracias, Firkling.

—Gracias, mi señor. Es un honor poder servirle.

# Agradecimientos

A mi padre, José Moreno, porque sin tu ayuda esta historia no se habría publicado. A mi madre, Yamile Mayorga García, porque siempre has confiado mis sueños. A mi hermana, Andrea Moreno Mayorga, por tus ideas y gran apoyo en los momentos más difíciles. A mi hermano, Christian Moreno Mayorga, por tu ayuda cuando la necesité. A Elkin Naranjo, porque en los días lluviosos fuiste un rayo de sol, gracias por tu amistad. A Leonardo Ruiz Bayona, porque tus lecturas me ayudaron a no perderme entre los bosques y montañas de historias. A mi profesor, Jaime Echeverry Jaramillo, quien borró mis miedos cuando empecé a escribir, gracias por darme la llave para ser libre. A todas las bandas que me inspiraron para escribir esas magnificas ideas: Regina Spektor, Imogen Heap, Harry Gregson Williams, Emilio Villalba y Sara Marina, Howard Shore y, sobre todo, a John Williams: su maravillosa música ha hecho que escribir sea una gran aventura.

No tengo más que agradecimientos con Grupo Editorial Planeta por iniciar este viaje en español conmigo, ha sido en verdad un viaje de dedicación y amor hacia mis historias; a Cristiam Camilo Muñoz Diaz, mi editor en Colombia: por darme la mano desde el inicio y apostar por mí y por las *Crónicas mágicas*, sin tu ayuda esto no sería una realidad. A Carolina Venegas Klein, gerente Literatura Infantil Juvenil: el arte que ustedes hacen es oro, no tengo palabras para describir lo mágico de su trabajo.

A todos: mil y mil gracias.

Atentamente,
David J. Moreno.



## David J. Moreno

Es el menor de tres hermanos. Estudió Música en la Universidad Pedagógica de Colombia y su instrumento preferido es el violín. Durante su pregrado descubrió una nueva pasión: la literatura.

Debutó en Italia con L'Albero Unico (Giunti, 2019), la primera entrega de la trilogía Crónicas Mágicas, que ahora es publicada en español con el título El árbol único. Ha sido invitado a la Feria del Libro Infantil de Bolonia, al Festival Internazionale del Fumetto, Animazione, Cinema e Games (ROMIC's) y la Feria del Libro de Turín.

Tuvo dos mascotas llamadas Salem y Shana, que aparecen en esta novela para que lo acompañen por siempre. Actualmente vive con su familia en Bogotá, donde se dedica a escribir nuevas historias.

Foto del autor: © Cortesía del autor

Diseño e ilustración: Ma. Alejandra Bueno



Los hermanos Gabe y Nancy visitan a su abuelo cada primavera, aunque este año, por primera vez, deben hacerlo sin la compañía de sus padres.

El abuelo Angus siempre ha sido gruñón y estricto, pero después de una inesperada visita está más irritable que nunca. Su comportamiento extraño intriga a sus nietos, quienes buscan respuestas en todos los rincones de la casa... Una noche encuentran una salamandra de fuego que los guía a un bosque cercano. Allí descubren que un mundo mágico, desconocido para los humanos, está en peligro, pues la Estrella del Sur, fuente de luz, vida y equilibrio, ha desaparecido. El poderoso mago Myrddin es la única esperanza para encontrarla, pero él también está perdido.

Esta aventura fantástica llevará a dos niños humanos por lugares llenos de animales parlantes, enanos guerreros, criaturas acuáticas, brujas, duendes y hechiceros. Aunque contarán con hacha, arco y flechas, sus verdaderas armas serán la inteligencia y la valentía.

DALE LA BIENVENIDA A UN NUEVO UNIVERSO DE FANTASÍA ÉPICA CON LA PRIMERA ENTREGA DE LA TRILOGÍA *CRÓNICAS MÁGICAS.*

DESTINO
www.planetadelibros.com.co
eBook DISPONIBLE